

IDRIES SHAH

El buscador
de la verdad

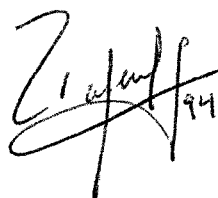
Cuentos y enseñanzas sufíes



Idries Shah

EL BUSCADOR DE LA VERDAD

Cuentos y enseñanzas sufíes

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Idries Shah', with a large, stylized flourish that loops around the text.

editorial **K**airós

Numancia, 117-121
08029 Barcelona

Título original: SEEKER AFTER TRUTH

Traducción: Francisco Martínez Dalmases

Portada: *bismu-Llâh* (*En nombre de Dios*. Caligrafía de Jalil Rassouli)

© 1982 by Idries Shah

© para todos los países de habla castellana
1988 by Editorial Kairós, S. A.

Primera edición: Diciembre 1988

Dep. Legal: B. 41 957-88

ISBN: 84-7245-185-2

Fotocomposición: Pomertext. Lepanto, 264, 3.º E, 08013 Barcelona

Impresión y encuadernación: Índice. Caspe, 118-120, 08013 Barcelona

1. CUENTOS DE LOS MAESTROS CLÁSICOS

Rezando para que llueva

Se cuenta entre los sabios que hubo una vez una gran sequía en Qasr al-Arifin, y la gente se dirigió al Maestro Bahaudin Naqshband, rogándole que orase a Dios pidiendo lluvia.

Bahaudin los condujo a través de las calles hasta que llegaron a un lugar donde una mujer estaba sentada, cuidando a un niño pequeño que tenía en sus brazos.

—Te pido que alimentes a este crío —dijo el Maestro.

—Yo sé cuándo alimentar al niño —dijo la mujer—, ya que soy su madre. ¿Por qué te ocupas de cosas que están dispuestas de un modo del cual no sabes nada?

Bahaudin ordenó que las palabras de la mujer fuesen escritas y leídas a la multitud.

El uno sin el otro

Está escrito que un hombre se dirigió a Ahmad Yasa-vi, el Maestro Sufí del Turkeistán, y le dijo:

—Enséñame sin libros, y permíte que aprenda a comprender sin la intervención de un Maestro entre la Ver-

El Buscador de la Verdad

dad y yo, porque los humanos son frágiles, y el leer libros no me instruye.

Yasavi dijo:

—¿Acaso intentas comer sin una boca, o digerir sin un estómago? Quizás te gustaría andar sin pies y comprar sin pagar... Yo podría hacer lo que tú me pides si primero pudieses prescindir de órganos físicos, del mismo modo que deseas prescindir de aquellas cosas que han sido ideadas para los órganos espirituales.

»Piensa por un momento si podrías usar alimento sin un órgano digestivo, acercarte a los Sufíes sin haber escuchado nada acerca de ellos en las palabras que tanto detestas, desear sabiduría sin una fuente apropiada a tu situación.

»Puede que sea un divertido pasatiempo pensar acerca del aprendizaje sin libros como base, y de la experiencia sin un Maestro. Así mismo es un divertido pasatiempo enjuiciar acerca de milagros y magia. Aparte de la diversión, ¿qué hay de la permanente cosecha de la actividad?

La desobediencia de Moisés

Según Abu Talib Makki, Moisés relató cuentos de cómo aprendió a ampliar su comprensión, desde estrictas suposiciones a perspectivas correctas.

Moisés estaba enfermo, y le fueron ofrecidos varios remedios para tratar la enfermedad. Pero él los rechazó, diciendo que Dios le ayudaría.

Pero Dios, se dice, ordenó a Moisés que usara las medicinas, diciendo:

—Negándote a aceptar la misión de la medicina, has

puesto en duda la sabiduría de aquél que ha dotado a los remedios con su virtud.

Por esta razón hay un dicho: «Confía en Dios y ata tu camello». Si no se esperase que actuases ¿por qué existe una rienda para el camello?

En este contexto, Hadrat Bahaudin Naqshband de Bokhara ha dicho:

—Si una hoja marchitándose dice, mediante su apariencia, que necesita agua, ya que tienes la capacidad de suministrarla también tienes el deber de hacerlo. Estas «palabras» de la hoja son la manifestación de la orden del creador de la hoja, y están dirigidas a ti. Si insistes en la orden personal del Originador, pregúntate por qué los medios de comunicación han sido colocados delante de ti. ¿Acaso están ahí para que los descuides?

Picar para curar

Había una vez dos personajes en la ciudad de Bistam que se aborrecían mutuamente debido a una vieja rivalidad. Ambos, casualmente, querían estudiar los secretos del origen y el destino del hombre con el renombrado sabio Alí Beg, cuyo domicilio estaba en un lugar lejano de Persia.

Pero Alí, antes de verlos, escribió a otro sabio, Ibn Hamza, que vivía cerca de Bistam, y le pidió que hablase con ellos en su nombre.

Pero ambos rehusaron visitar a Ibn Hamza.

El primer personaje dijo:

—Yo quiero la raíz, no la rama.

El segundo dijo:

—Ibn Hamza es un don nadie.

Entonces Ibn Hamza comenzó a esparcir rumores insultantes acerca de los dos postulantes a iluminados. Después de algunos meses, escuchando cuentos venenosos acerca de ellos por todas partes y habiéndolos seguido hasta su origen en Ibn Hamza, los dos aristócratas se sintieron ambos atacados, se reconciliaron y, unidos en su ira contra Ibn Hamza, fueron a verle llenos de furia. Descargaron su cólera en Ibn Hamza, olvidando completamente todos los consejos de sabiduría que habían escuchado a lo largo de sus vidas.

—¿Sabes por qué hemos venido a verte, mísero despreciable? —gritaron tan pronto llegaron a la presencia de Ibn Hamza.

—Sí, lo sé —contestó Ibn Hamza—, habéis venido:

»Primero, porque Alí Beg quería demostraros lo superficiales que eran vuestros “profundos” sentimientos de enemistad mutua.

»Segundo, porque era necesario que demostraseis que vuestros sentimientos superficiales podían ser manipulados fácilmente para haceros venir aquí, a pesar de que individualmente al principio habíais decidido no hacerlo.

»Tercero, porque, aunque desobedientes a las órdenes de Alí Beg, se os podía demostrar que ciertos deseos deben ser llevados a cabo.

»Cuarto, estáis aquí de modo que otras personas presentes en este momento puedan aprender, y vosotros podáis ser sus maestros inconscientes en esta transacción.

»Quinto, porque ambos, Alí Beg y yo, teníamos la necesidad de mostrar a la ingrata población local, saturada de suspicacias y deleitada en esparcir rumores tales como los que yo inicié acerca de vosotros dos, que nosotros, hombres del corazón, no somos sus víctimas inevitables,

sino que también sabemos emplear sus acciones dañinas contra su misma malicia.

»Sexto, vosotros estáis aquí porque, como consecuencia de los anteriores acontecimientos, hechos y explicaciones, existe la posibilidad de transformar una picadura en remedio, y un arma en un instrumento valioso.

Armas

Hakim al-Mansuri era un gran sabio de Balkh, en Asia Central. Tenía miles de discípulos, y su mera presencia en las cortes de los reyes se consideraba que confería legitimidad a sus reinados.

Pero él hablaba muy raramente. Cuando lo hacía, era sobre asuntos que no parecían estar conectados con materias espirituales. A pesar de eso, muchos Maestros eminentes del Camino Sufí atribuían sus logros a haberse sentado a su mesa, o haber estado en su posada, o incluso a haberse relacionado con sus discípulos, o a haber trabajado en su casa.

Un día el Hakim fue desafiado por un famoso predicador a discutir con él sobre asuntos de filosofía. El predicador sostenía que Al-Mansuri no sabía nada acerca de la sabiduría y que hablaba muy poco de asuntos trascendentales porque era un ignorante en la materia.

Al-Mansuri se dirigió a Herat, donde el desafiante, Qari Mukhtar, enseñaba en un famoso colegio. Cada uno de los contrincantes era acompañado por cientos de estudiantes que se habían reunido, junto con una multitud de ciudadanos, para presenciar el duelo de estos gigantes.

Qari —como desafiante— comenzó su diatriba con una sentencia cuidadosamente pensada, preparándose

El Buscador de la Verdad

para lanzar un ataque a toda escala. De repente, antes de que hubiese pasado un minuto, el Hakim se levantó y señaló con su dedo a Qari, que cesó de hablar abruptamente y se quedó rígido como la piedra. Luego huyó de la sala.

En el camino de regreso, uno de los discípulos preguntó al Maestro, que había sido vitoreado por la deleitada audiencia:

—¿Por qué escogiste el paralizar a ese hombre en vez de refutar sus argumentos?

El Hakim respondió:

—Si tienes una espada en tu mano, ¿acaso atacas al oponente con ladrillos de adobe? Incluso un mono no lo dudaría si pudiese hacer algo más efectivo. Ese hombre quería vencerme, no descubrir la Verdad.

Carne de elefante

Ibrahim Khawas* cuenta esta narración instructiva que se ha utilizado para evaluar la comprensión de los estudiantes del Sufismo.

* Ibrahim Khawas (Abu Ishaq Ibrahim ibn Ahmad al Khawas, El Tejedor de Palmas) murió en el año 910 de la Era Cristiana. Era compañero de Junaid de Baghdad y Nuri.

El nombre de Khawas se asocia con las narraciones instructivas que son comprendidas al nivel ordinario y también guían hacia la profundización en la comprensión del ser humano. Esta historia se conserva en el libro de Al-Tanukhi *Al Faraj ba'd al-shidda*, escrito en el siglo X, cuyo título se puede traducir como *Liberación tras Penalidades*. La historia ejemplifica esto; y aunque ubicada en el marco de un cuento de viajes, es alegoría del modo correcto e incorrecto de enfocar, y también evaluar, la intención y desarrollo humano.

»Estaba viajando a bordo de un barco en compañía de un cierto número de Sufíes cuando naufragamos, y junto con algunos otros fui capaz de alcanzar una desolada orilla.

»No sabíamos dónde estábamos, ni teníamos alimento alguno. Parecía que íbamos a perecer, ya que los días pasaban sin ningún signo de socorro.

»Discutimos la situación y decidimos que cada uno de nosotros haría voto de hacer algún bien, o abandonar algún mal que lo apartase de su Señor. De este modo, pensamos, que el ejercicio de la sinceridad podía ser el medio de encontrar escape de lo irremediable.

»Cada uno hizo su juramento; uno, que desde ese momento se dedicaría a ayunar; otro, que rezaría tantas veces al día, y otro que llevaría a cabo peregrinaciones a pie. Cada uno, de este modo, hizo su declaración y convino en que se abstendría de algunas inclinaciones, o que haría algo de mérito religioso.

»Llegó mi turno de hacer el voto, y los otros me pidieron que hablase. Yo quería hacer la promesa, y vino a mi mente, sin ninguna reflexión o consideración, que dijese: «No comeré carne de elefante».

»Los otros exclamaron: «Éste no es momento de bromas y diversiones; no es el momento para tales cosas, ya que estamos en peligro de muerte».

»Les respondí: «Por Dios, que no dije esto con esa intención. Mientras vosotros estabais hablando pensé en todas las buenas acciones que podía hacer, y en todas las malas cosas que podía evitar, y algo me impidió escoger una de ellas. Y lo que he prometido simplemente vino a mí sin ninguna reflexión y lo dije. Es posible que la Sabiduría divina haya puesto la idea en mi cabeza y me haya permitido hablar de este modo».

El Buscador de la Verdad

»El grupo decidió entonces explorar tierra adentro a la búsqueda de alimentos. Después de decidir un punto central en el cual reunirse, y que todo lo que se encontrase sería compartido, comenzaron su búsqueda.

»No habían ido muy lejos cuando mis amigos encontraron una cría de elefante y decidieron que podrían sobrevivir si la mataban para comer. El animal fue sacrificado, y la carne fue asada sobre el fuego. Aunque me pidieron que compartiese la comida, fui incapaz de hacerlo y respondí: «Todos vosotros sois testigos de que he hecho voto de abstenerme de esto que estáis comiendo, y no puedo romper ese juramento. Puede ser incluso que Dios haya causado el que pensase en este preciso voto de modo que muera. De cualquier modo, es contra la ley el romper mi juramento».

»Después de comer, todo el mundo se acostó; y no había pasado mucho tiempo cuando oímos el rugido de un elefante furioso aproximándose a nosotros. El ruido era tan grande que la tierra temblaba y todos estábamos aterrorizados. Ya que parecía obvio que todos iban a morir, se descorazonaron y murmuraron sus Confesiones de Fe, como la gente hace cuando se enfrenta a la muerte.

»El elefante, cuando nos alcanzó, extendió su trompa hacia cada uno de los viajeros, olfateándolo. Uno por uno, cuando sintió el olor de la carne asada de elefante, los pisoteó hasta matarles, hasta que llegó a mí.

»Yo yacía en el suelo, repitiendo mi *Shahada* (Confesión de Fe), aterrorizado mortalmente. El elefante me olió una vez y otra, no tan apresuradamente como había hecho con los otros. Luego me cogió con su trompa, e imaginé que iba a matarme de algún modo diferente a los otros. Pero me colocó en su espalda, donde me senté, y comenzó a moverse, algunas veces caminando,

otras veces corriendo; cubriendo una distancia muy grande.

»Yo me sentía extremadamente incómodo en la espalda del animal, pero comencé a pensar que quizás podría ser capaz de escapar de algún modo.

»Al amanecer el elefante me depositó en el suelo, alejándose en la dirección por la que había venido. No podía comprender la razón de su comportamiento y aún me encontraba atemorizado. Pero el elefante terminó desapareciendo en el horizonte.

»Agradeciendo mi salvación, ofrecí oraciones y gracias al Señor. Cuando sentí el calor del día me levanté y me di cuenta de que estaba al lado de un camino.

»Seguí el camino, y después de algún tiempo llegué a una populosa ciudad, donde relaté a la gente todo lo que había ocurrido. Se asombraron mucho y dijeron que había una distancia de varios días desde el lugar del cual el elefante me había traído.

»Después de pasar algún tiempo en esa ciudad y recobrar me de mi debilidad, fui capaz de regresar a mi propia tierra sano y salvo.

Generosidad

El gran Maestro Sahl de Tustar narra que Dios le dijo a Moisés que el verdadero autosacrificio por el bien de otros es la base de la mayor capacidad para la percepción de lo divino; el sacrificio extremo que tuvieron que soportar Mohammed y sus seguidores.

Imán Ghazzali narra, en el libro Tercero de su *Revivificación de las Ciencias Religiosas*, como un hombre que tenía fama de generoso aprendió lo que era realmente la generosidad.

El Esclavo Negro y el Perro

Abdullah Ibn Ja'afar tenía un huerto y un día fue a visitarlo. En el camino pasó a través de una viña, donde vio a un esclavo negro sentado con un trozo de pan enfrente de él y un perro cerca.

Mientras Abdullah miraba, el esclavo tomó un pedazo de pan y lo lanzó al perro, que lo comió. Luego le dio otro pedazo, y otro.

Abdullah le preguntó:

—¿Cuánto pan te dan cada día?

El esclavo respondió:

—Esa cantidad que acabas de ver, comida por el perro.

—¿Por qué —le preguntó Abdullah— se lo das al perro, en vez de atender primero a tus propias necesidades?

—No hay perros en los alrededores —dijo el negro—, y éste ha venido desde una gran distancia y está hambriento. Por esto no deseo comer mi pan.

—Pero ¿cómo te las arreglarás para comer hoy? —preguntó el generoso Abdullah.

—¡Aguantaré el hambre! —dijo el esclavo.

Abdullah pensó: «Yo soy el que tiene la reputación de generosidad, y sin embargo este esclavo es más altruista».

Abdullah compró la viña y se la dio al esclavo, así como su libertad.

Agrupando

Había una vez un rey que visitó al sabio Bahaudin Naqshband, «El Diseñador», y se sentó observando su asamblea.

Cuentos de los Maestros Clásicos

Más tarde, cuando estaban comiendo, el rey dijo:

—¡Maestro de la época! Tus discípulos, cuando estáis en sesión, están sentados en semicírculo, y ordenados de un modo muy similar a los de mi propia corte. ¿Hay algún significado en esto?

Bahaudin respondió:

—¡Rey del mundo! ¿Cómo están situados tus cortesanos? Dímelo, y te describiré la ordenación de los rangos de los Buscadores.

—El primer arco —dijo el rey— está compuesto por aquellos que gozan de especial favor conmigo, de modo que están más cerca. El segundo orden comprende los más importantes y poderosos personajes del reino, y los embajadores. El rango exterior es para los de menor importancia.

—En este caso —dijo el Shah— nuestra ordenación de la gente está lejos de la intención expresada por ti. Aquellos más cercanos a mí son los sordos, de modo que puedan oír. El grupo de en medio está compuesto por los ignorantes, de modo que puedan prestar atención a la Enseñanza. Los más lejanos son los Iluminados, para quienes la proximidad de este tipo no tiene importancia.

Perfume y realidad

El Maestro Bahaudin estaba sentado una noche después de la cena, rodeado por un gran número de recién llegados, viejos y jóvenes, todos deseosos de aprender.

Se hizo un silencio, y el Maestro requirió una pregunta.

Alguien dijo:

—¿Cuál es la mayor dificultad en el aprendizaje y en la enseñanza del Camino?

El Buscador de la Verdad

El Maestro respondió:

—La gente se rige por superficialidades. Son atraídos por el sermoneo, por rumores e informes, y por aquello que les excita, como las abejas hacia el perfume de las flores.

El hombre preguntó:

—Pero ¿de qué otro modo puede la gente acercarse a la sabiduría, o las abejas a las flores?

El Maestro respondió:

—El hombre se acerca a la sabiduría a través de rumores y ruido, sermones, lectura y excitación. Después que se ha acercado, sin embargo, se mantiene cerca demandando más de lo mismo, no lo que la sabiduría puede dar, que es por lo que está ahí.

»Las abejas se aproximan a las flores por el perfume, pero una vez que han llegado a la proximidad de la flor no siguen pidiendo cada vez más perfume. Se ajustan al néctar, que tienen que recolectar. Esto es el equivalente de la realidad de la sabiduría, de la cual el rumor y la imaginación no son más que el perfume.

»De modo que el número de «verdaderas abejas» entre la humanidad es muy pequeño. Mientras que casi todas las abejas son abejas, al ser capaces de recolectar néctar, casi todos los seres humanos no son aún seres humanos en el sentido de estar sensibilizados para percibir aquello para lo que fueron creados.

Entonces, el Maestro dijo:

—Que se levanten aquellos que vinieron aquí, a Qasr-al-Arifin, debido a la lectura.

Muchos se levantaron.

—Que se levanten aquellos que vinieron aquí porque oyeron hablar de nosotros.

Muchos más se levantaron.

Cuentos de los Maestros Clásicos

— Aquellos que están aún sentados — continuó el Maestro — son aquellos que vinieron porque percibieron nuestra presencia y autenticidad de otro modo más sutil.

» Aquellos que están levantados, viejos y jóvenes, incluyen muchos que sólo piden que sus sentimientos sean agitados cada vez más, que desean excitación o calma. Antes de que puedan aprender lo que no pueden experimentar en ninguna otra parte, necesitan conocimiento, no servicios de atracción.

Entonces dijo:

— Existen aquellos que son atraídos al Maestro debido a su reputación, y que por consiguiente viajan para verlo, para buscar aún más la misma sensación. Cuando él muere, visitan su tumba, de nuevo por una razón similar.

» A menos que sus aspiraciones se transformen, como por alquimia, no encontrarán la verdad.

» Y hay aquéllos — dijo Bahaudin — que visitan al Maestro, no porque hayan oído hablar de él como de un gran sabio viviente, no porque deseen visitar su tumba, sino porque reconocen su más profunda Realidad. Un día todos poseerán esta facultad.

Entonces Bahaudin el Diseñador, dijo:

— Pero, mientras tanto, el trabajo que se realizará finalmente a través de generaciones tiene que ser realizado en el individuo mismo. Para convertirte en Moisés tendrás que trascender tu Faraón. El hombre que se ve atraído por la reputación tiene que convertirse en otro hombre. Tiene que convertirse en un hombre que está próximo a la sabiduría porque ha sentido su más íntima Realidad.

» Éste es el propósito de este trabajo antes de que él pueda aprender. Mientras no haya aprendido esto, es un mero derviche. Un derviche desea, un Sufí percibe.

El Buscador de la Verdad

Los herejes

Se narra que Imán al-Ghazzali fue invitado un día a una asamblea de juristas, cuyo jefe le dijo:

—Eres un hombre erudito, así como también nosotros nos contamos entre los eruditos. Por lo tanto gente más humilde se dirige a ti buscando interpretaciones de la Sharia, la Ley Sagrada. Se nos ha informado de que has aconsejado a algunas de estas gentes el no observar el ayuno durante el mes de Ramadán. Se dice también que has afirmado que cierta gente no debería hacer la peregrinación a la Meca. Otros han afirmado que has reprendido a gente por decir «No hay Dios sino Allah». Palabras tan maliciosas, si son ciertas, son para nosotros prueba de infidelidad. Sólo tu reputación te ha protegido hasta el momento de la ejecución por apostasía. La gente tiene derecho a ser protegida de sujetos como tú.

Ghazzali suspiró y contestó:

—La misma Ley Sagrada del Islam dice que la gente que no tiene una comprensión plena de la Ley, y lo que significa, no es culpable bajo esa Ley, ni está sujeta a sus reglas. Esto incluye niños e imbéciles, pero también tiene que incluir a aquellos que están privados de comprensión. Si un hombre no percibe la realidad interna del ayuno, o marcha en peregrinación sólo para sufrir, o declama la Confesión de Fe y no tiene fe, él está privado de comprensión, y no debería ser alentado a continuar, sino que debe ser puesto en el camino de la comprensión. La gente, usando vuestras palabras, tiene derecho a ser protegida de sujetos como vosotros, que los premiaríais sin ningún mérito, y los perseguiríais sin haber cometido ningún crimen.

»Si un hombre no puede caminar debido a que tiene

una pierna que cojea ¿le decís que ande, le dais una muleta o le curáis la afección?

»Debido a su predicción sobre la aparición de sujetos como vosotros, el Profeta ha dicho: «Islam vino como un forastero y se marchará como un forastero», la comprensión del significado de las cosas está más allá de vuestra intención, vuestro entrenamiento y vuestra capacidad. Por esto no os queda nada sino amenazar a la gente con la muerte por apostasía. Y sin embargo no soy yo el apóstata, sino vosotros.

Vecino

Imán Abu Hanifa era uno de los grandes Sufíes, y se le reconoce como el fundador de la escuela Hanifita de la Ley. Era tan independiente que nunca iba a la corte, aunque el Califa trató por todos los medios de atraer el interés del más ilustre sabio de la época.

Abu Hanifa tenía un vecino, un zapatero, que era también un considerable borracho. Cada noche los salvajes bramidos del alcohólico perturbaban sus meditaciones, pero el Imán no se quejaba.

Una noche no se escuchó ruido alguno procedente de la habitación del zapatero, y el Imán, al ir a preguntar acerca de su estado, se encontró con que la policía imperial lo había arrestado. Inmediatamente fue a palacio a ver al Califa Mansur.

A la vista del Imán los guardias se enderezaron, los funcionarios y los cortesanos se inclinaron y los Emires se levantaron de sus lugares. El Califa fue a la puerta de la sala del trono a recibir a Abu Hanifa, lo condujo al mismísimo trono y lo sentó en él.

El Buscador de la Verdad

—¿Puedo conocer la razón del honor de esta visita?
—preguntó el Califa.

—El zapatero que vive cerca de mi casa ha sido arrestado y vengo a pedir su libertad —dijo el Imán.

—Pero —dijo el Capitán de la Guardia— ese hombre es un borracho alborotador.

—Ese hombre —dijo el Imán— no tiene amigos, y es mi vecino.

—Ilustre Imán —dijo el Califa—, tu nobleza de espíritu debe recibir su verdadero reconocimiento. Tú intercedes por un prisionero. Nuestra generosidad iguala la tuya. Por lo tanto libero a cada uno de los prisioneros en el imperio del Islam.

Enseñanza

El sabio Sufí Saadi de Shiraz se dirigía a Bagdad, cuando la caravana en la que viajaba fue atacada por los bandidos.

Cuando los ladrones le pidieron sus posesiones, Saadi le dio al jefe de los ladrones un montón de libros y algunas monedas de oro.

—Os doy esto como un regalo, de modo que no lo consideréis como robado, pero haced buen uso de ello.

Los ladrones se mofaron, y su jefe dijo:

—Supongo que estás intentando enseñarnos la bondad.

—No —dijo Saadi—, no creo que os pueda enseñar nada. De modo que espero que aceptéis estos libros y el dinero libremente, y que en compensación hagáis algo con ellos.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Encontrad a un hombre sabio, dadle estos libros y pagad su manutención. Dejad al menos que enseñe a vuestros hijos acerca de los males del robo, de modo que ellos no repitan vuestros errores.

Los cuatro tipos

Se cuenta que a Bahaudin Naqshband se le preguntó acerca de los diferentes tipos de gente que buscaban conocimiento superior.

Él dijo:

—Os contestaré por medio de una alegoría, que no se puede tomar como literalmente cierta, pero que refleja la condición del ser humano.

Entonces contó esta historia:

—Está registrado en las tradiciones de los Amantes de la Verdad que cuando las almas fueron creadas, antes que los cuerpos, se les preguntó que es lo que querían como medio para viajar en este mundo.

»Había cuatro grupos entre ellas. El primero deseó viajar a pie, como el método más seguro. El segundo deseó caballos, porque esto significaría menos trabajos para ellos. El tercero deseó viajar con el viento, para sobrepasar limitaciones. El cuarto grupo escogió la luz, por medio de la cual podrían comprender al mismo tiempo que moverse.

»Estos tres grupos aún existen, y toda la gente se rige aún por una de estas características. Aquellos que son los pedestres están limitados en espacio y velocidad; son los imitadores. Los jinetes son los que confían en libros, y de este modo son conducidos por el caballo de las creencias del autor. Los de la tercera categoría son barridos

El Buscador de la Verdad

de un lugar a otro como el viento; y los cuartos son los Sufíes.

»En términos de estudio, el primer grupo se adhiere a cultos menores y excitantes; el segundo a propagar ideas entusiásticamente; el tercero a sistemas que han escogido o ideado, tomando algo de aquí y algo de allá; el cuarto son los Sufíes.

»Podemos juzgar la habilidad de la gente por la elección que han hecho para viajar. El primer grupo está interesado en lo que ellos creen que son técnicas; el segundo en pensamientos excitantes e informes; el tercero en una cosa tras otra —y el cuarto reconoce la verdadera realidad Sufí.

Los fuegos de hoy...

Se cuenta que Bahaudin Naqshband dijo:

—Fui invitado a hablar en una asamblea acerca de los doctos y los ignorantes. Llegaron un gran número de gentes, atentos e interesados, pero cuando miré y percibí, no vi en ese momento ni tan siquiera a un solo «ser humano».

»Le dije a la gente que había traído conmigo, para demostrarles las limitaciones de la acción sobre los inadecuados:

»Un pozo no se llena por medio de rocío, y no se encontrará una hoja después de ser sumergida en el contenido de un pozo.

»Comencé diciendo a la audiencia:

»Los Sufíes son una desgracia. Tienen enseñanzas secretas que esconden de la gente ordinaria. La eminencia que muchos Sufíes alcanzan es debido al ejercicio de

poderes prohibidos. Ahora decidme, ¿queréis ser Sufíes?

»Casi todos los presentes negaron con su cabeza.

»Entonces continué:

»Tales eran las palabras pronunciadas por el ignorante, estúpido y cabeza cuadrada Gobernador de Kufa, de quien todos conocéis bastante. Como sabéis, era un fanático, un criminal y un enemigo de la humanidad. No sorprende que sintiese la necesidad de representar a los Sufíes de esta manera.

»Pero todos nosotros sabemos aquí que los Sufíes son los elegidos de la humanidad. ¿Quién de entre vosotros se atreve a llamarse Sufí?

»Ante estas palabras, todo el mundo se levantó.

»De este modo la pomposidad (*ab* o *tab*) proviene de la vanidad (*ghurur*), que es la manifestación del Yo Dominante (*nafs-i-ammara*).

»Los fuegos de hoy son las cenizas del mañana.

La ley del efecto opuesto

Una vez un hombre visitó a Al-Shah, Bahaudin Naqshband, diciendo que quería instrucciones de cómo comportarse, cómo vivir su vida, qué hacer y qué no hacer.

El Maestro llamó a algunos de sus discípulos para cenar y le pidió al hombre que hiciese las preguntas de nuevo.

Cuando esto se hubo hecho, el Sheikh Bahaudin dijo:

—Deberías tratar de vivir una vida fácil, robando como medio de vida, y trayéndome parte del dinero. Deberías olvidarte de la oración y de la pulcritud en el vestir, y siempre deberías tratar de aprovecharte de otras gentes.

El Buscador de la Verdad

Resumiendo, falta de principios y astucia te aportarán ventajas.

Mientras el Maestro hablaba, el solicitante se sentía cada vez más inquieto. Tan pronto como Al-Shah finalizó, salió corriendo de la habitación.

Algunas semanas más tarde, Bahaudin preguntó si había alguna noticia del aspirante a discípulo.

—Sí —le dijeron—, está viviendo una vida ejemplar en Samarkanda. Él dice a todo el mundo que eres Satanás y que trataste de apartarlo del Camino Recto.

Bahaudin rió.

—Si le hubiese dicho que viviese una vida sana no me habría obedecido, porque todas las admoniciones para que lo hiciese le habían sido repetidas incesantemente desde la infancia. En realidad él anhelaba algo más extraño, y cuando asaltó su ser interno con la descripción de un modo de vida extraño, se dio cuenta de que se sentiría mejor como un hombre cumplidor y virtuoso.

—Pero —preguntó un discípulo— ¿y su desacreditación de tu nombre como instigador al mal?

—Los que creen en el mal, toman parte del mal —dijo el Maestro—. Y estoy seguro de que los eruditos de Samarkanda no son gente así.

Tesoro

Se relata de los más antiguos Sufíes, y lo repiten muchos que les siguieron a través de las escuelas que se han formado, disuelto y vuelto a formar, que la anécdota del tesoro actúa dentro de la mente para traer comprensión de cosas profundas a aquellos que creen que sentimientos superficiales son profundos, y que cosas bajas son al-

tas, y que lo que hay en la superficie es lo que hay en el interior:

El Tesoro

Varios hombres se dirigieron a un Maestro que enseñaba y reclamaron su atención, cada uno compitiendo con el otro para hacer su pregunta o su declaración, u obtener una respuesta.

Cuando el Maestro logró poner orden en esta multitud, el primer hombre dijo:

—He estado buscando durante muchos años y no he encontrado nada.

El segundo hombre dijo:

—He encontrado placer en la búsqueda; ¿es éste su propósito?

El tercer hombre dijo:

—Algunas veces pienso que he encontrado, y luego siento que no, y que debo continuar.

El cuarto hombre dijo:

—Algunas veces dudo de mí, algunas veces de los Maestros, algunas veces de la Verdad misma.

El Maestro respondió:

—Puede haber cien preguntas, pero hay una sola respuesta, y ahora os la daré para información de todos. Y es:

»Había una vez un número de personas que se sintieron atraídas al propósito de excavar en busca de un tesoro. Tomaron toda clase de herramientas y fueron al lugar donde estaba enterrado y comenzaron a trabajar. Algunos se cansaron muy fácilmente, lo que les hizo sentir que la tarea quizás no valiese la pena. Algunos encontraron

El Buscador de la Verdad

pequeños fragmentos de pucheros de arcilla, y a veces pensaron que éste debía de ser el tesoro mismo. Algunos disfrutaron por vez primera los placeres del trabajo duro, lo cual imaginaron eran los deleites del buscar o el encontrar. Otros miraron al barro y las piedras y se angustiaron por su abundancia, porque eran gente que se descorazonaba fácilmente.

»Y había muchos otros hombres, y también mujeres, que sintieron diferentes cosas, porque le habían impuesto una duración o una forma al trabajo, y cuando el plazo expiraba, o la forma, como ellos pensaban, se encontraba, se veían víctimas del desengaño y la agitación.

»Aquellos que persistieron encontraron el recipiente que contenía el preciado tesoro; aquellos que fueron víctimas de la confusión y el debate no lo hicieron. Los confundidos pasaron el resto de sus días buscando información y explicaciones, pero los dedicados extrajeron el tesoro.

»De modo que los agitados y engañados se tambalearon de un sabio a otro, preguntando cómo podían conocer el tesoro, cómo podían buscarlo, cómo podían encontrarlo. Los sabios, al unísono, les dijeron que no podían hacer ninguna de estas cosas a menos que fuesen como los que habían tenido éxito. Pero la gente exigía éxito, no guía, ya que estaban convencidos de poseer, desde el principio, la mente, el cuerpo y el espíritu que les capacitaría para llevar su propósito a una fructífera conclusión.

Permiso para exponer

Debido a la naturaleza especial de los escritos Sufíes, Maestros del Camino a menudo han autorizado a indivi-

duos valiosos para que expusieran y explicaran sus libros.

No todo el mundo, por supuesto, se ha atendido a estos requerimientos, y muchos han sido los supuestos Sufíes que han hecho una carrera para sí mismos al asumir que son capaces de enseñar a través de los libros de los Maestros Sufíes.

Se relata que un derviche estaba explicando en una ocasión una de las obras del ilustre poeta Jami, cuando un recién llegado se deslizó en la sala de conferencias y comenzó a mover su cabeza en desacuerdo, mientras el erudito daba su interpretación del significado de Jami.

Todo el mundo estaba atento al forastero, y finalmente el derviche fijó en él una penetrante mirada y dijo:

—¿Acaso no estás de acuerdo conmigo?

—No —dijo el otro hombre.

—¿Y tienes tú permiso del Gran Maestro Jami para interpretar su obra? —preguntó el derviche.

—No.

—Entonces, ¿quién eres tú, y con qué derecho te comportas de esta manera ridícula, desafiando a un hombre de mi importancia?

—Mi nombre es Jami —dijo el visitante, y se marchó.

2. PREGUNTAS Y RESPUESTAS

No su modo, sino su modo

Pregunta: He oído la frase usada por los Sufíes. «No su modo, sino *su modo*». ¿Qué es lo que significa?

Respuesta: Es un término técnico extremadamente útil. Se refiere al informe de algo que tiene un significado en una dimensión que no es comprendida por los pensadores convencionales. Hay dos *sus*. La primera parte de la frase corresponde a la gente ordinaria. La segunda son aquellos que trabajan en otra dimensión.

Considere una narración como ésta:

¿Cómo pueden las acciones humanas ser divinas?

Se cuenta (y lo cita la *Revelación de lo Velado* de Hujwiri) que el Profeta dijo:

«Hay más de uno con pelo sucio, manchado de polvo, vestido con dos viejas prendas, a quien los hombres no hacen caso; pero si jurase por Dios, Dios atestiguaría su juramento».

Tal declaración parece sugerir que la persona mencionada era Dios, lo cual es imposible de acuerdo con la mayoría de la gente; o mandaba a Dios, lo cual es aún más imposible; o actuaba en directa armonía con Dios, de tal modo que conocía los decretos divinos, o iniciaba una ac-

ción terrestre de modo intervencionista; ambas posibilidades son muy remotas de acuerdo con la mayoría de las creencias humanas.

El hecho es, sin embargo, que el significado de la exacta naturaleza de las actividades de este individuo y su armonización con la intención divina no serán comprendidas a su modo (los intelectuales), sino a *su* modo (los perceptivos).

El poeta Sufí Jami, en algunas líneas especialmente hermosas, dice:

»Tanto buscador del mal como del bien.

»Tanto habitante del monasterio como del claustro.

»Desde el punto de vista de la Forma, ¡todo es otro que Él!

»Desde el punto de vista de la Verdad, ¡todo no es más que Él!

Pero recuerda, también, lo que dice Shabistari:

«A quienquiera que la Divinidad no haya enseñado el Camino,

No le será revelado a través de la lógica».

Oraciones y rituales

P: He leído que Gharib Nawaz, citando al Maestro Samnun Muhibb, dijo que los verdaderos iluminados son «la gente que no tiene ninguna relación con las oraciones externas, rituales o la vida ascética, pero son gente dada a la devoción y la contemplación». ¿Por qué no se debería rezar? ¿Qué hay de malo en los rituales? ¿Quién no debería ser ascético?

R: Cuando oración, rituales y vida ascética son sólo los medios para la autoindulgencia, son más dañinos que

El Buscador de la Verdad

beneficiosos. Esto resulta muy obvio para la gente hoy en día, cuando es comúnmente reconocido que las fijaciones no son lo mismo que las actividades valiosas y laudables. Uno no debería rezar si esa oración es vanidad, los rituales son erróneos cuando proporcionan satisfacciones bajas, como estímulo emocional, en vez de instrucción; él o ella no deberían ser ascéticos si no hacen más que disfrutar de ello.

Estos hechos se conocen desde hace mucho tiempo, y han sido aludidos por los Maestros espirituales. Frecuentemente, en incumplimiento de las estructuras de enseñanza que pueden ayudar a la gente a evitar las trampas que estas actividades despliegan para los indignos, gentes de todas las religiones han desatendido esto, y han asumido que alguien es santo si lleva a cabo alguna o todas estas actividades.

El verdadero y el falso Sufí

P: He leído que el gran Sufí Gazur-Ilahi citó, corroborándolo, a Sheikh Yahya Munir del siguiente modo:

«No hay comportamiento uniforme entre los Maestros. Uno puede comer y dormir bien, otro ayunará y velará toda la noche; uno puede emplear su tiempo entre la gente, otro se mantendrá distante. Se encontrará a uno vestido con harapos, otro con sedas y lino de la más alta calidad; uno es silencioso, el otro habla animadamente. Uno esconderá su santidad, otro la mostrará públicamente. Uno de ellos servirá a todos los seres humanos, tanto devotos como libertinos; otro no tendrá relaciones con los malvados...»

Si esto es así, ¿cómo vamos a conocer al verdadero

Sufí, y por qué los Sufíes se comportan de modo tan dispar?

R: Los Sufíes se comportan de cualquier modo que sea necesario para el cumplimiento de su función; de modo que se puede esperar una gran variedad de comportamientos. Recuerde de nuevo, que las cosas de este mundo a las que se refiere el Sheikh Yahya son superficiales, secundarias, y no esenciales para el Sufí, de modo que sólo tiene una conexión personal secundaria y relativamente poco importante con ellas. Por eso se comportan diferentemente uno del otro; o incluso el mismo individuo en diferentes momentos.

Por lo que se refiere al problema de reconocer al verdadero Sufí, éste no es un problema para la verdadera persona. Ud. ha leído el pasaje que me acaba de citar, pero quizás no haya leído suficientemente los escritos Sufíes como para retener que los Sufíes dicen que se extraviará sólo si algo indigno en Ud. le atrae hacia una persona indigna. No es tarea del Sufí el presentarse a sí mismo como digno; no es tarea de nadie el darle una prueba para distinguir a un Sufí. Es tarea para quien quiera discernir la verdad el enfocar esa parte de sí mismo que es honesta hacia el supuesto Sufí. Igual llama a igual, verdad a verdad, y engaño a engaño. Si Ud. no es fraudulento no será engañado. La suposición de que todos los buscadores son honestos y que sólo necesitan una prueba para averiguar la honestidad de un Maestro espiritual no tiene nada que ver con la verdadera situación.

El Buscador de la Verdad

Una artimaña

P: La gente dice que Ud. dice y hace cosas —tales como oponerse a los académicos— que causan confusión y enemistad. ¿Por qué lo hace?

R: Le puedo citar la historia de Saadi, en su Bostán, que ilustra un aspecto de esta situación. Había una vez un hombre viejo a quien un joven había ayudado con una pequeña suma de dinero. Un día vio cómo el joven era guiado por una escolta de soldados hacia su ejecución por algo que se suponía había hecho.

»El anciano inmediatamente gritó: “¡El rey está muerto!”. Esto causó tal confusión y pánico entre las tropas que el joven fue capaz de escapar.

»Más tarde, sin embargo, el anciano fue arrestado y llevado ante el rey, quien le preguntó: “¿Por qué hiciste tal cosa y por qué desearías verme muerto?”

»El anciano replicó: “El que yo gritase que estabas muerto no te lastimó en modo alguno, pero salvó una vida”.

»El rey se asombró tanto con esta historia que liberó al anciano.

Instrumental

P: ¿Cuáles son las funciones de rituales, creencias y estudios para el Sufí?

R: Ser un Sufí y estudiar el Camino es tener cierta actitud. Esta actitud viene producida por el efecto de los maestros Sufíes, que ejercen una función instrumental en relación con el Buscador. Rituales, creencias y estudios pueden tener un efecto instrumental adecuado para el

progreso Sufi sólo cuando los utilizan correctamente gentes que no se ven afectados por ellos del modo acostumbrado.

»Esto lo ha expuesto muy claramente Abul'Hasan Nuri, hace más de mil años:

«Un Sufi, dice, es alguien que no está atado por nada ni ata a nadie». Esto significa que lo que hace está hecho por libre voluntad y no se origina en compulsión o condicionamiento. Igualmente no se adhiere a cosas o ata a otros. Nuri continúa: “Sufismo no es una doctrina o conocimiento mundano. Si fuese ceremonial, tendría que practicarse regularmente. Si fuese enseñanza ordinaria, tendría que ser enseñado por métodos formales. De hecho es un asunto de disposición”.

»Esta disposición es la «actitud» que he mencionado, que se alcanza por la función instrumental, no por la adhesión a rituales.*

Vicisitudes de una enseñanza

P: Si es que hay una sola enseñanza original, ¿cómo es que se vuelve tan confusa y mal usada cuando pasa a través de generaciones y culturas?

R: Hay un dicho: «Cualquier cosa que se introduce en una mina de sal se convierte en sal». La enseñanza es la manifestación en el mundo de algo, y como tal manifestación se ve afectada por el carácter deformante en apariencia y operación de aquellos que la adoptan en su cultura sin comprender sus dimensiones internas.

»Escucha lo que le ocurrió a Marhuma:

* Citado por Fariduddin Attar en su *Conmemoración de los Santos*.

El Buscador de la Verdad

»Fariduddin Attar relata en su *Ilahi Nama* (Libro de lo Divino) que había una vez una mujer virtuosa llamada Marhuma, que significa «Aquella sobre quien se ejerce la Misericordia». Su destino muestra las vicisitudes de la enseñanza.

»Su esposo decidió hacer la peregrinación a la Meca, y la dejó al cuidado de su hermano más joven. Después de cierto tiempo este hombre se enamoró de ella y le hizo proposiciones. Ella lo rechazó; pero él la amenazó con ponerla en peligro si no se sometía. Cuando Marhuma, aun así, rehusó someterse, el hombre trajo cuatro testigos falsos, acusándola de adulterio. La mujer, llevada ante el juez, fue declarada culpable y llevada a un espacio abierto para ser apedreada hasta la muerte.

»Marhuma fue dejada por muerta y estuvo en ese lugar toda la noche. Por la mañana, cuando comenzó a reanimarse, y casi había recuperado sus sentidos, un árabe del desierto que pasaba por ahí oyó sus lamentos. Le preguntó quién era, y ella respondió que se encontraba enferma, de modo que el árabe decidió cuidarla.

»Después de algunos días Marhuma se recobró, y viendo su belleza, el árabe la pidió en matrimonio. “Pero yo ya estoy casada”, dijo ella. Tanto lo conmovió con sus súplicas para que la dejase en paz, que él la adoptó, haciéndola su hermana.

»El árabe tenía un esclavo, y este hombre se enamoró de Marhuma: pero ella también se le resistió. Entonces el esclavo decidió vengarse por el rechazo. El amo tenía un hermoso niño y, una noche, el esclavo lo mató y puso la daga ensangrentada que había usado bajo la almohada de Marhuma.

»Cuando la madre del niño fue por la mañana a darle leche, descubrió el crimen, y encontró el arma de Marhuma.

Preguntas y respuestas

»El árabe preguntó a Marhuma por qué había pagado su generosidad de ese modo, dando maldad a cambio de bien; pero ella fue capaz de convencerle de su inocencia.

»Pero el árabe se dio cuenta de que, después de la conmoción que había tenido, su mujer siempre asociaría la cara de Marhuma con la muerte de su pequeño, de modo que tuvo que despedir a Marhuma.

»La manifestación de la enseñanza, en la forma de cuentos y ejercicios, de acciones y pensamiento, siempre será tan vulnerable como Marhuma, y es a menudo traicionada e incomprendida por los infames e ignorantes. Son abundantes las formas de enseñanza Sufí; algunas de ellas tienen una fachada aceptable, otras están asociadas con historias inaceptables; y todo ello es el resultado del tipo de cosas que ocurrieron a Marhuma mientras su esposo estaba ausente».

Presente y ausente

P: Encuentro bastante difícil obtener respuestas a mis preguntas, tanto por parte de Ud. como de otras personas a quienes respeto. He pasado días «sentado a los pies» de alguna gente de gran renombre, y nunca les he escuchado una sola palabra. ¿Puede Ud. aclararme esto?

R: Esta pregunta se ha hecho, y contestado frecuentemente. No sólo Rumi ha dicho: «La no respuesta es en sí misma una respuesta», sino que la más pequeña lección que podemos aprender de la visita a un sabio sin obtener una respuesta es: «Un Sufí no es una máquina tragaperras, para ser activada a su voluntad y placer».

»Por lo que respecta a la respuesta: tendrá no sólo que resignarse, como lo han hecho millones de gentes mejo-

El Buscador de la Verdad

res, a las respuestas cuando las consiga; sino que también tendrá que usar del mejor modo posible cualquier respuesta que el Maestro pueda darle —y puede parecer completamente irrelevante, banal, inaceptable o insensible. Nunca es ninguna de estas cosas.

Antiguas tradiciones

P: Sé que el Sendero Sufí lo siguen los musulmanes, y también que muchos Maestros clásicos entre ellos han tenido discípulos cristianos, judíos y otros; hay suficiente evidencia de ello, lo cual coloca el Sufismo aparte del misticismo puramente atado a la teología, y le da un lugar especial en el mundo. Pero, aunque los Sufíes dicen que el Sufismo siempre ha existido, ¿hay alguna evidencia de que el profeta Mahoma aludiese a algunas de las prácticas, tales como *Taubat* (volverse atrás, arrepentirse), *Khidmat* (Servicio), o *Sabr* (Paciencia), las «Estaciones» que los Maestros y las órdenes requieren que la gente emprenda con el propósito de seguir el Sendero?

R: Por supuesto que la hay. Tiene que recordar que el Islam no se presenta como una nueva religión, sino como una continuación de la fe perenne. Hay por lo tanto una continuidad entre la antigua enseñanza, el periodo islámico tradicional, y la posteridad. Como ilustración le presento la historia, procedente de la auténtica tradición islámica, que de hecho incorpora las tres «Estaciones» de *Taubat*, *Khidmat* y *Sabr*. Se titula:

El Recital de la Caverna (Hadith al-Ghar)

En su *Discurso sobre los Milagros*, Hujwiri* contó procedente de las tradiciones, que un día algunos de los compañeros del profeta le pidieron que relatase un cuento sobre la gente de los tiempos antiguos.

El profeta narró:

Tres personas iban de viaje, y cuando llegó la noche se adentraron en una cueva para dormir. Mientras estaban allí, hubo una avalancha, y una roca bloqueó la entrada de la cueva, atrapándolos.

Decidieron que sólo un milagro podría salvarlos, y que deberían invocar a Dios, pidiendo que su altruismo fuese prueba de su mérito para salir de lo que otro modo se convertiría en su tumba.

De acuerdo con ello, uno de ellos dijo:

—Yo tenía sólo una cabra en este mundo, y solía ordeñarla para proveer algo para mis padres, y también solía reunir leña para venderla y comprar alimentos para ellos y para mí.

»Una noche, cuando llegué a casa, encontré que ambos se habían dormido. Preparé su comida y leche y me mantuve a su lado, sin comer nada, hasta que despertaron a la mañana siguiente. Después de esto, yo también comí y descansé.

»¡Oh Señor, si he dicho la verdad, ayúdanos y libéranos de nuestra situación!

Entonces, mientras miraban, la roca se movió un poco, y se pudo ver una abertura dejando pasar la luz.

Pero no podían salir a través de la pequeña grieta, y el segundo hombre comenzó su historia:

* Ali al-Hujwiri, Revelación de lo Velado, *Discurso sobre los Milagros*.

El Buscador de la Verdad

—Una vez estaba yo muy enamorado de una hermosa joven, que era ciega. Ella rehusó casarse conmigo, de modo que reuní dinero y le envié una gran cantidad de oro con el mensaje de que podía quedarse con él si consentía en pasar una noche conmigo. Ella acudió, pero el temor de Dios se apoderó de mí: renuncié a ella y le permití que se quedase con el dinero.

»Oh Señor, si he dicho la verdad, ayúdanos y libéranos de nuestra situación!»

Mientras los viajeros miraban, la roca se movió de nuevo en la abertura de la cueva, y la grieta se hizo más grande, aunque no había aún suficiente espacio para que los hombres atrapados saliesen.

Entonces habló el tercer hombre:

—Una vez contraté a varios hombres para completar cierta tarea. Cuando ésta estuvo finalizada todos acudieron por su dinero, excepto uno que se marchó, y no supe por qué o dónde.

»Puse su salario aparte, y con el dinero compré una oveja. Con el paso de los años la oveja se multiplicó, hasta convertirse en un considerable rebaño.

»Algunos años más tarde el trabajador apareció de nuevo y reclamó su dinero.

»Le dije: “Ve y toma todas estas ovejas, son tuyas”.

»Al principio pensó que me estaba burlando de él, pero le expliqué lo que había ocurrido, y él se llevó las ovejas.

»Oh Señor, si he dicho la verdad ayúdanos y libéranos de nuestra situación».

Tan pronto como hubo hablado, la roca se desplazó de la boca de la caverna y los tres hombres fueron capaces de salir.

Puede usted ver que la historia concierne al hombre

que ejerció el principio Sufí de *Sabr*, paciencia; al hombre que se volvió atrás, que estaba practicando *Taubat*, arrepentimiento; y al hombre que realizó servicio, *Khidmat*, para sus semejantes por medio de la honestidad.

La historia ilustra la relativa eficacia de tres diferentes prácticas Sufíes, que están unidas (a través de los «tres hombres») y que tienen efecto en cierto orden.

Esta historia proviene de un tiempo anterior a la promulgación del Islam como la institución histórica que conocemos. El mismo Islam se refiere y remonta constantemente a la herencia espiritual de la humanidad, y eso, por supuesto, hacen los Sufíes.

La madre de la oposición

P: Cuando Jalaludin Rumi dice que «cosas que parecen opuestas pueden de hecho estar trabajando juntas» se está refiriendo a la identidad esencial de los opuestos. ¿Acaso no es ésta una fórmula para que resolvamos los problemas de enemistad? Al no oponernos a nada seguramente nos estamos acercando a lo que es real.

R: Las palabras de Rumi podrían convertirse en un lema, algo así como «la ignorancia es la madre de la oposición».

Pero no oponerse a nada, y buscar de tal acción (o falta de acción) algún beneficio personal, está basado en una suposición incorrecta. La suposición es que este individuo, este no-oponente, es capaz de aprender de lo que pasa como consecuencia. ¿Por qué supone esto? Ciertamente la experiencia en nuestro campo nos demuestra lo contrario.

»El pensamiento mágico asume que ya que algo ocu-

El Buscador de la Verdad

re en conjunción con algo más, los dos están conectados. Así, cuando una persona de mentalidad mágica ve el vuelo de unos pájaros seguido por el resplandor de un relámpago, él o ella pueden imaginar que los pájaros causan electricidad. Sabemos que eso es absurdo, porque todos pueden comprobarlo. De forma similar, la suposición de que ya que la no-oposición se encuentra en ciertas situaciones, puede aplicarse como instrumento de cierta clase, es pensamiento mágico, ni más ni menos.

»Cosas nominalmente opuestas pueden estar trabajando juntas». Sí, y también puede que no. Además, la cooperación de cosas aparentemente opuestas puede o no implicarle. El hecho es que si Ud. fuese suficientemente sensitivo a este concepto para aprovecharse de él, no asumiría tan fácilmente que lo pueda usar. Sabría entonces acerca de las calificaciones de otros elementos que forman parte del cuadro. Para comprender qué cosas están externamente opuestas y trabajando juntas, y qué funciones —si acaso— puede Ud. tener en tal relación, primero tiene que aprender otras cosas. Rumi puede haber declarado el hecho; otros tienen que ganar la comprensión de este hecho en acción. Y ése es uno de los factores por los cuales se organiza la actividad Sufí.

Ciencia y omnisciencia

P: Ghazzali habla de la «Revitalización de las Ciencias de la Religión», y otros grandes Sufíes se refieren constantemente al Sufismo como una ciencia. Pero ya que la ciencia se ocupa de hechos conocidos y verificables, experimentos repetibles, y en la preferencia de la realidad sobre la opinión, ¿cómo pueden los Sufíes ser llamados «científicos»?

R: No sé dónde encontró sus descripciones de ciencia y científicos hoy en día, y particularmente cuando historiadores de la ciencia se esmeran en decir que cada uno de los criterios que Ud. aduce están, o han estado, ausentes de la ciencia. Muchas cosas aceptadas como hechos por la ciencia son hipótesis que se ajustan a todos o a la mayoría de los casos encontrados. Cuando aparecen nuevos casos que no se ajustan, los «hechos» son cambiados, y nuevas teorías emergen, para ser sobreesridas a su vez. Por lo que se refiere a experimentos repetibles, los Sufíes nunca hacen otra cosa que repetir lo que ya ha sido determinado. Y hay muchos ejemplos de actitudes supuestamente científicas, que al final se ven tan sólo como puntos de vista.

»El eminente científico William Thomson (que más tarde se convirtió en Lord Kelvin) declaró que la teoría de la evolución de Darwin era científicamente imposible, ya que si el mundo fuese tan viejo, el sol ya lo habría quemado. Esto era, por supuesto, una opinión. Experiencia es aquello que enseña, no la controversia basada en una supuesta lógica y en suposiciones de lo que puede ser verdad. Ambos, los científicos y los Sufíes son, en el mejor de los casos, gente de experiencia. Cuando tienen experiencia de la realidad de lo que están haciendo, ellos la aceptan. La mayor diferencia es tan sólo que los científicos aún están aprendiendo, desarrollando su conocimiento, y los Sufíes ya han aprendido. Los científicos tienen que poner al día su conocimiento con nuevos descubrimientos, y esto es lo que hacen. El conjunto de conocimiento y práctica de los Sufíes no se renueva porque sus aseveraciones y actividades no son desafiadas, han sido completadas. De modo que aquí tiene la diferencia entre las tres áreas: el culto, la ciencia y los Sufíes. En un culto la nueva información no es admitida, porque puede inter-

El Buscador de la Verdad

ferir con el culto; en ciencia, la nueva información tiene que ser incluida, porque la ciencia es incompleta; en el Sufismo no se necesita material nuevo, puesto que el cuerpo de conocimiento está ya completo. La incompreensión surge debido a que la gente sitúa todas estas cosas en las categorías erróneas. Imaginan que la ciencia es, como Sufismo, completa; que el Sufismo es como un culto, lo cual causaría el excluir «nuevo» conocimiento en vez de verificarlo; que un culto es como una ciencia, cuando está abierto a nuevas ideas, cuando lo cierto es que un culto sólo adapta, y no adopta, nuevos materiales.

»Sufismo es educación, ya que tiene un conjunto de conocimientos que transmite a aquellos que no lo tienen. La ciencia es como un culto cuando piensa que es omnisciente. La ciencia deteriorada es un culto, así como el Sufismo deteriorado o imitativo. Así, según cómo se manejan, las ideas Sufíes pueden degradarse a culto, y eso también puede ocurrir con la ciencia y la educación. El punto a recordar aquí es que cuando un culto se ha formado no estamos tratando con Sufismo o ciencia, sino con un culto. Igualmente, cuando gente que ha sido científica o cultista se aproxima a las percepciones del Sufismo, y cesa de tener las limitaciones que científicos y cultistas tienen, debe por lo tanto ser considerada, al menos incipientemente, como Sufíes.

Manteniendo alejada a la gente

P: ¿Cómo pueden los Sufíes llevar a cabo la enseñanza si se comportan como hizo el Maestro clásico Sari al-Saqqati, de quien se relata el haber orado, cuando estaba rodeado de buscadores: «¡Oh Señor! Dales conocimiento que los mantenga alejados de mí?»

R: El gran Junaid de Bagdad dijo, también: «Cuando ves al Sufí dirigiéndose a la multitud, ten por seguro que está vacío», así lo relata el autorizado compilador Kalabadhi.

»Estas declaraciones aparentemente misteriosas son en realidad muy simples de comprender.

»En el caso de Saqati, está hablando del “mi” que está atrayendo a la gente, su exterioridad, y él sabe que esto es lo que despierta la curiosidad y es lo superficial. Si la gente obtiene el conocimiento de mantenerse alejada de este “mi” —si dejan de congregarse alrededor como patanes en un circo—, entonces pueden comenzar a aprender de la interioridad de Saqati.

»Similarmente con Junaid, él está hablando de alguien que exhortará a la multitud, y por lo tanto sólo puede hablar de generalidades y de las cosas que agradarán al público. El verdadero Sufí, como un experto o persona diestra, será más capaz de enseñar a aquellos que tienen cierto conocimiento del tema.

»Personas que han hecho algún estudio del Sufismo, o que piensan que lo han hecho, están siempre tratando de enseñar. Esto es una etapa en la vida del estudiante, no del Maestro. Por eso los Sufíes han dicho: “Yo anhelaba enseñar, pero tuve que esperar a que el deseo se desvaneciera antes de que pudiese hacerlo realmente”.

»Incluso gente de gran reputación sufre de tal vanidad, que oscurece para ellos el hecho de que tratar de enseñar puede ser una trampa tendida por la vanidad.

El Buscador de la Verdad

El mendigo y la capa

Un discípulo le pidió al gran Abu-Hafs permiso para enseñar. El Maestro accedió, y se sentó entre la audiencia en su primera conferencia.

Cuando el discípulo, Abu-Uthman, hubo finalizado, un mendigo se adelantó. Abu-Uthman, antes de que pudiese decir nada, le dio su capa.

El maestro se levantó y exclamó:

—¡Mentiroso! No hables a los hombres mientras tengas esta cosa dentro de ti.

Abu-Uthman preguntó:

—¿Qué cosa?

El Maestro le dijo:

—Estás autosatisfaciéndote, y estás obstaculizando la necesidad del mendigo de pedir humildemente, por su propio bien.

El mendigo y el discípulo tienen mucho en común; ambos tienen que llegar a la etapa donde estén preparados para pedir. Y es esta postura la que les da el enfoque mental con el que serán capaces de recibir correctamente.

Parábola del rey y el joven

P: Si los Sufíes no se preocupan por las cosas de este mundo, ¿por qué tal cantidad de ellos han sido tan ilustres en arte, ciencia, gobierno y literatura?

R: Los Sufíes no se preocupan por las cosas de este mundo cuando tales cosas están adheridas a la vanidad y se las considera como vitalmente importantes más allá de su verdadero significado. Pero los Sufíes trabajan en el mundo, y por lo tanto con «cosas del mundo».

Preguntas y respuestas

»Hay muchos modos de trabajar en el mundo y con el mundo, inesperado para la gente ordinaria, que no ve todas las relaciones de causa y efecto en las personas, los acontecimientos y las cosas.

»La historia más familiar concerniente a esta cuestión es aquella en la cual Khidr enseñó a Moisés, llevándolo de viaje y realizando varias acciones inexplicables.

»Y el Sufí también tiene que ser protegido en el mundo, hasta cierto punto, por su propia consciencia: “como el camello en el desierto”, lo que indica ajuste al medio ambiente.

Hay un cuento relacionado con esto en el antiguo clásico *Laila y Majnun*, de Nizami:

»Había una vez un rey que tomó como compañero en la dicha a cierto joven, y se sentía muy apegado a él.

»Este joven, a pesar de todas las protestas del rey, se dio cuenta de que éste no era veraz. El joven solía ir cada día a alimentar a los perros reales, una manada de fieras salvajes.

»Un día el rey se enfadó con el joven y ordenó que fuese arrojado a los perros. Pero como los perros lo conocían tan bien, rehusaron hacerle daño alguno.

Biógrafos y santos

P: Muchos Sufíes, incluyendo a Jami, Saadi y Hujwiri, escribieron como meros biógrafos de los grandes Maestros. Sin embargo, ellos mismos son ahora reverenciados como santos. ¿Por qué es esto así?

R: Esto lo contesta Shah Shuja de Kirman, cuando dice: «Los grandes hombres son grandes hasta que lo saben. Los santos son santos hasta que lo saben».

El Buscador de la Verdad

P: Siento que soy un ignorante, ¿cómo puedo comenzar a adquirir conocimiento?

R: El antiguo proverbio es descriptivo de este estado: «Hay conocimiento en declarar ignorancia».

P: ¿Cómo puede uno convertirse en Sufí, sabiendo que se puede estar perdiendo algo al embarcarse en el Camino?

R: El dicho Sufí que corresponde a esta pregunta es: «Un hombre pobre no teme a los ladrones: un Sufí no teme las privaciones».

P: Mucha gente que está perturbada busca paz.

R: Puede que nunca la encuentren, porque con razón se ha dicho: «La preocupación es una nube de la que llueve destrucción».

P: ¿Cuál es el error fundamental del hombre?

R: Pensar que está vivo, cuando simplemente se ha dormido en la antesala de la vida.

P: ¿Cómo puedo combinar diferentes métodos de estudio, reteniendo los que he encontrado útiles en el pasado?

R: Del mismo modo que puedes tratar de encontrar dos amaneceres en un solo día.

P: ¿Debe un estudiante ocuparse siempre de trivialidades, como se menciona a menudo en los escritos Sufíes?

R: Hay un dicho: «Si buscas pequeñas cosas que hacer, y las haces bien, grandes cosas te buscarán y exigirán que las realices».

P: ¿Por qué debería variar uno sus intereses, de acuerdo con sus instrucciones, en vez de concentrarse sólo en lo espiritual?

R: Esto se resume en el consejo: «Si tienes dos camisas, vende una y con el dinero compra una flor».

Preguntas y respuestas

P: No tengo idea de lo que puede traer el mañana, y por lo tanto deseo prepararme para ello.

R: Tú temes el mañana, pero el ayer es igual de peligroso.

P: ¿Es el diálogo el mejor modo de comunicación?

R: Algunas veces, pero no siempre. Hazrat Alí, en un dicho que se le atribuye, dice: «El hombre está disfrazado, cubierto por su lengua»; y eso se refiere a tales casos.

P: ¿Pueden programas intensivos de estudio e investigación capacitarnos para absorber la enseñanza Sufí?

R: Hafiz dijo: «Grandes edificios y colegios, claustros y salas universitarias: ¿cuál es su ventaja si el corazón no es sabio y el ojo de la visión está ausente?».

P: He aprendido mucho y obtenido grandes beneficios de lo que he estudiado. ¿Qué puede Ud. comentar a esto?

R: Jami, en su *Baharistán*, se refiere a este estado cuando dice: «Ahora que te he encontrado, sé que con la primera pisada que di me alejé de ti».

P: ¿Cómo puedo ayudarme a mí mismo?

R: Recordando el proverbio de Saadi: «El Sendero no se puede encontrar en lugar alguno sino en el servicio humano».

P: ¿Cuál es el valor de lo externo?

R: Hay cierto valor, si te das cuenta al mismo tiempo de la verdad del aforismo de Saadi en su *Bostán*: «El Sendero no se encuentra en el rosario, la alfombra de oración y el manto».

P: Prudencia requiere el mirar antes de saltar.

R: Prudencia requeriría el no saltar en modo alguno. Hariri dice en su *Maqamat*: «La seguridad está en las orillas del río».

Zorro y león

P: ¿Cuál es el primer paso en «aprendiendo cómo aprender»?

R: Indudablemente es abandonar el intento de aprender enteramente a través de las propias suposiciones. Mucha gente está intentando aprender por medio de conceptos que han adoptado, pero no tienen la menor sospecha de que no funcionarán.

»Hay una historia, narrada por Saadi en su *Bostán*, acerca de personas que diagnostican erróneamente sus capacidades y situación.

»Un día un hombre vio a un zorro sin extremidades y caviló cómo podía mantenerse vivo, de modo que decidió observarlo. Al poco tiempo un león llegó con un trozo de carne, comió algo de ella y abandonó el resto. De esto el zorro hizo su comida.

»El observador decidió, sobre las bases de este incidente, que él haría lo mismo, ya que la Providencia, con seguridad, le concedería tratamiento similar.

»Esperó un largo tiempo, pero lo único que ocurrió es que se volvió cada vez más débil. Pero al fin una voz le dijo: «¡No te comportes como un zorro lisiado! ¡Sé como un león, de modo que puedas obtener algo y dejar algo para otros!»

»La enseñanza Sufí, en disparidad con la que otros siguen, no asume que conozcas cómo acercarte a algo de modo que puedas aprender de ello. Los Sufíes se aseguran primero de que el estudiante se acerque al asunto del modo correcto para él.

El efecto del conocimiento místico

P: ¿Por qué no se les puede dar a las personas los hechos completos y el poder del conocimiento que tradicionalmente los místicos sólo conceden un poco cada vez, y eso tan sólo a discípulos seleccionados?

R: En las palabras de Ibn Hazm al-Tahiri, de Córdoba:

«Ciencias abstrusas son como medicinas poderosas, que curan cuerpos fuertes y matan organismos débiles. Similarmente, ciencias abstrusas perfeccionan el pensamiento que puede comprender, y mejoran sus defectos. También matan la débil comprensión de alguna gente».

«Este pensador del siglo XI que he citado^{*}, de acuerdo con el juicio de eruditos occidentales es el fundador de la ciencia de la religión comparativa. Escribió el primer libro sobre este tema.

P: ¿Cuándo fue escrito el segundo?

R: No hasta setecientos años después —lo cual es un indicador útil acerca de la supuesta continuidad de la actividad académica.

P: Yo creo que Ibn Hazm es un necio.

R: Yo sólo estoy citándolo. Pero démosle una oportunidad de responderle: ¿cree Ud. que alguien puede escapar a la oposición o a la maledicencia?

P: Sí.

R: Entonces, le cito a Ibn Hazm de nuevo: «Cualquiera que piense que puede escapar a la crítica y la vituperación está loco».

^{*} De su *Kitab al Akhlag wa'l sir fi adawat al Nufus*. (Título abreviado: «Comportamiento y Medicación de Almas».)

Conservación de museo

P: ¿Cómo podemos aprender más acerca de los Sufíes de los tiempos antiguos, antes del período clásico, cuando todos los mayores clásicos Sufíes se escribieron? ¿Acaso no eran esos tiempos y gentes igualmente importantes?

R: En *Fihi ma Fihi* (En Él lo que hay en Él), Rumi trata uno de estos puntos cuando dice que, aunque una sombra puede entrar en una casa antes que un hombre, en realidad no es la sombra lo más importante, y se puede decir que el hombre ha entrado primero si Ud. no se ocupa de las sombras sino que se ocupa de los hombres. De modo que primero deberíamos preguntarnos cuál es el verdadero propósito de la pregunta.

»Si está hambriento o necesita nutrición, puede preguntarme acerca de la piel fosilizada de banana que hay en el suelo. Si yo tengo o conozco cómo conseguir una banana fresca, ¿cuál es el propósito de la discusión en la línea que ha iniciado? Si no estuviese hambriento y fuese el conservador de un museo, podría haber alguna razón para la pregunta. De todos modos puede que no fuese razón suficiente para preguntarme, si yo sólo me ocupase de las bananas frescas. Nos ayudaría a ambos si Ud. decidiese cuál es su función en la situación.

»Este punto ha sido algunas veces contestado por personas en el sentido de que quieren ambas cosas, comer las bananas y también mirar los fósiles. Si alguna vez encontramos a alguien que sea capaz de ambas cosas, la observación podría ser digna de posterior debate. Recuerde al hombre que dijo que quería agua más húmeda. Puede que la quisiese, pero nunca la obtuvo. Y si la hubiese obtenido, ¿acaso le habría aprovechado, ya que su propio organismo estaba perfectamente adaptado al agua convencional?

Comportamiento subjetivo

P: ¿Por qué los maestros Sufíes muestran un comportamiento que parece contradecir el de gente de percepción y santidad?

R: Uno también puede preguntar por qué los diccionarios tienen tantas palabras con significado contradictorio. Le presento aquí una ocasión clásica de enseñanza a través del comportamiento:

Uva robada

Abu Uthman narra* que una vez se encontraba junto con Abu Hafs, que tenía algunas uvas. Abu Uthman cogió una de ellas y se la puso en la boca. El otro hombre lo asió por la garganta, gritando:

—Ladrón, ¿por qué estás comiendo mi uva?

Abu Uthman explicó:

—Yo creía en tu liberación del apego a las cosas del mundo, y sabía de tu generosidad, de modo que tomé una uva.

Abu Hafs dijo:

—¡Hombre idiota! Estás confiando en mí, cuando yo no puedo confiar en mí mismo (en ser generoso).

Abu Hafs estaba demostrando que uno no puede confiar en la reputación, sino que debe desarrollarse hasta el punto de percibir interiormente cuál es el verdadero estado del otro individuo.

* En el *Kitab al-Taarut* de Kalabadhi.

El Buscador de la Verdad

Causa y efecto

P: ¿Por qué mi vida es tan miserable? A menudo me siento desesperado, y entonces parece que ocurren cosas que hacen que me sienta aún más preocupado. Pienso que otra gente no tiene nada igual a los problemas que me agobian.

R: Cualquiera que tenga su actitud probablemente tendrá problemas similares a los suyos. ¿No se le ha ocurrido que, contrariamente, otras gentes no tienen sus dificultades porque no reaccionan como Ud. lo hace a lo que le ocurre?

»¿Ha escuchado el relato de la experiencia de Farisi y la serpiente?

Sed y serpiente

Farisi le contó al Sufí Kalabadhi:*

—Iba a través del desierto cuando quedé tan sediento que no podía caminar. Me senté y, recordando que ha sido dicho que antes de morir de sed los ojos se humedecen, esperé a que eso ocurriese.

»De repente oí un sonido y vi a una serpiente plateada deslizándose hacia mí. Me asusté tanto que salté y huí, a pesar de mi debilidad, con la serpiente persiguiéndome, silbando mientras me seguía.

»Al final llegué a un lugar donde había agua y cesé de escuchar el silbido de la serpiente. Cuando me volví vi que la serpiente había desaparecido. Bebí y mi vida fue salvada.

* Abul-Hassan al-Farisi en el *Kitab al-Taarut* de Abu Baler al-Kalabadhi.

Farisi, cuando se sentó, no estaba completamente desvalido, aunque lo creyese así, hasta que la serpiente apareció. Y la serpiente, la segunda calamidad, fue el medio para su salvación.

Atracción e importancia

P: Se cuenta que el gran Sufi Bayazid dijo: «Todo lo que deseo es no tener deseo». Esto parece el tipo de comentario místico que ha dado fama a los pensadores orientales. ¿Tiene algún significado realmente? Si lo tiene, ¿cuál es?

R: Deseo significa, para la gente ordinaria, querer algo, y está siempre conectado con egoísmo, sin importar lo escondido o socialmente aceptado que esté. Se ha señalado a menudo, por ejemplo, que gente aparentemente altruista está de hecho derivando satisfacciones de esta postura. Ahora bien, de acuerdo con los Sufíes, no puedes ser pagado dos veces por la misma cosa. En este contexto, esta declaración significa que si deseas algo y derivas placer al sentir ese deseo, ya has sido pagado. Incluso si estás profundamente excitado emocionalmente por tu deseo de un modo que no sea placentero, aún de este modo estás siendo pagado por el estímulo emocional.

Los Sufíes también aseguran que el deseo de este tipo mantiene a la gente apegada: obtienen satisfacciones o alimentan su deseo hasta que están satisfechos o crónicamente insatisfechos. Sin embargo, los Sufíes dicen que más allá de esto existe un camino de progreso, comprensión, percepción, que está «velado» (oscurecido) por el deseo. Por esta razón, Bayazid busca evitar el deseo.

«Cosas mundanas, y esto incluye estímulos emociona-

El Buscador de la Verdad

les que a menudo se imaginan como religiosos las gentes devotas, se persiguen por medio de este deseo, esta codicia. Ello se muestra por el hecho de que el objeto deseado adquiere una gran importancia en la mente de la víctima, del mismo modo que uno desea posesiones, importancia, reconocimiento, honores, éxito. Para distinguir objetivos reales de los secundarios, los Sufíes han dicho: «La importancia de algo está en proporción inversa a su atractivo». Éste es el paralelo de la negligencia con la cual a menudo la gente falla, en el mundo ordinario, al reconocer hechos importantes, invenciones o descubrimientos. Que esto se aprecia en los asuntos cotidianos queda quizá demostrado por la aparición reciente de esta declaración en un periódico londinense:* «La importancia de una materia se puede juzgar por la falta de interés hacia ella».

* *Daily Mail*, 17 de marzo de 1979, p. 7 col. 4, citando a P. Butler de Sussex.

3. HISTORIAS SUFÍES

Rico y Pobre

El Profeta Moisés iba en camino a ver a Dios, para pedir guía acerca de su trabajo futuro.

En el camino se encontró con un mendigo que le dijo:

—¿Adónde vas, Moisés?

El Profeta dijo:

—Voy a ver a Dios.

—Cuando le veas, ¿le dirás que soy pobre y no sé cómo mejorar mi condición?

Moisés accedió a preguntarlo.

Más tarde se encontró con un hombre muy rico, quien le preguntó:

—¿Adónde vas, Moisés?

—A ver a Dios.

—Cuando le veas, ¿le preguntarás qué debo hacer? Tengo demasiado dinero, y Él aún lo sigue derramando sobre mí.

Moisés aceptó hacer la pregunta.

Al fin Moisés se encontró con Dios, y dijo:

—¡Señor! He venido a preguntar cómo debería llevar a cabo mi trabajo. Y también a pedir consejo acerca de dos hombres que he encontrado en el camino.

Y le habló a Dios acerca del hombre rico y del hombre pobre.

Dios dijo:

El Buscador de la Verdad

—¡Oh, Moisés! Me pides que te diga cómo continuar tu trabajo. Pero en el caso del hombre rico y del hombre pobre no hiciste lo que ya sabías que era equitativo: darle al pobre lo que le sobraba al rico. ¿Cómo puedo decirte que hagas más, cuando no haces lo que se supone que ya deberías estar haciendo?

Manipulado

La generosidad de mente, que tan a menudo se presenta como una virtud, es en un sentido la forma más pura de egoísmo; en el sentido de que capacita a la gente para alcanzar alturas denegadas a los míseros e intolerantes.

Temor a la pérdida y exaltación ante la ganancia son métodos de estímulo emocional que proveen excitación temporal (lo cual la gente ansía), y al mismo tiempo bloquean el camino a la comprensión más profunda.

Mucha gente es manipulada por otros, por sus propias ideas, por el entorno, hasta tal punto en que a menudo no son conscientes de que haya ningún tipo de experiencia aparte de estas superficialidades.

El poeta persa Liwani ha ilustrado esta circunstancia en su versión de un cuento tradicional, tan ameno como instructivo:

Había una vez un hombre rico sentado al lado del sendero para comer y descansar en su camino de regreso a casa después de un largo viaje. Estaba disfrutando de la comida, pensando en sus ganancias, y contemplando con placer el momento en que llegaría a su hogar.

Mientras comía, un viajero llegó de la dirección opuesta. El comerciante lo saludó, y le preguntó cómo andaban las cosas en su ciudad.

- Todo está bien.
- ¿Conoces mi casa? ¿Cómo están mi esposa e hijo?
- Sí, tu hijo está bien, y su madre prosperando.
- ¿Qué hay de mi camello?
- Sano y satisfecho.
- ¿Está mi perro guardando la casa?
- Como siempre, leal y esperándote.

Con la última ansiedad posible borrada de su mente, el mercader comenzó a comer con renovado apetito.

No ofreció nada al otro viajero, el cual pensó que quizás podía darle una lección.

Una gacela pasó corriendo, y el viajero suspiró profundamente.

- ¿Cuál es el problema? — preguntó el comerciante.
- ¡Estaba pensando que si tu perro no hubiese muerto, habría sido capaz de alcanzar a esa gacela!
- ¿Mi perro muerto? ¿Cómo ocurrió?
- ¡Comió demasiada carne de tu camello!
- ¿Mi estimado camello también muerto? ¿Cómo ocurrió eso?

— Fue sacrificado para proveer la comida en el funeral de tu esposa.

- ¡Mi esposa! ¿Cómo puede ella estar muerta?
- ¡Ella murió de pena cuando tu hijo murió!
- ¡Mi hijo! ¿Qué le ocurrió a él?
- ¡Tu hijo no sobrevivió al derrumbamiento de tu casa!

Ante esto el mercader se levantó, hizo trizas su ropa y corrió llorando hacia el desierto.

Si el mercader le hubiese dado al viajero algo de su comida, no habría tenido que pasar por tan espantosa experiencia como es escuchar todos estos falsos informes. Por otra parte, se ha dicho que si no hubiese sido tacaño, no

El Buscador de la Verdad

habría tenido la oportunidad de ver su propio comportamiento cuando se encontró con las «noticias» del viajero. Pero, si no hubiese sido tacaño, ¿acaso habría necesitado el tratamiento de shock que le dio la oportunidad de observarse a sí mismo?

El derviche y su deseo

Cuando a los seres humanos se les estaban dando sus características, uno de los ángeles se dirigió a un hombre que iba a ser derviche y le preguntó:

—¿Qué es lo que quieres?

El futuro derviche respondió:

—Nada.

Y continuó sentado en contemplación de la Verdad.

El Ángel se dirigió a los futuros humanos, uno tras otro, y les preguntó cuáles eran sus deseos.

El futuro rey dijo:

—Pompa e importancia.

El futuro campesino dijo:

—Trabajo que hacer.

El futuro guerrero dijo:

—Gloria.

Y así sucesivamente.

Entonces una voz le dijo al futuro derviche:

—No has pedido nada para ti y aún no es tarde para escoger. Sin embargo, debido a tu deseo de Verdad, tendrás una vislumbre de cómo la humanidad usará a los tributos...

Mientras el futuro derviche miraba en un espejo que se mantenía delante de él, vio reyes con su pompa y ceremonias, campesinos trabajando sin cesar, soldados luchando constantemente...

Entonces el futuro derviche dijo entrecortadamente:

—Pero, ¿cuál será el futuro de la Gente Instruida?

La imagen del espejo cambió, y vio sacerdotes, académicos y expertos de todas clases. Habían deseado opiniones, convicciones y erudición. El resultado, por supuesto, era que a menudo se extraviaban, y guiaban a otros tan lejos de la Verdad como iban ellos mismos.

El futuro derviche exclamó:

—Pero ¿por qué no hay un medio de buscar conocimiento sin opinión, verdad sin obsesión, hechos sin identificación personal con ellos?

—De algún modo es demasiado tarde para que estas cosas sean dadas a los tipos existentes —dijo el Ángel—, y por lo tanto la gente considerará hechos como conocimiento, opinión como sabiduría, dedicación como piedad y mérito.

—Pero —dijo el futuro derviche—, ¿cómo llegará la gente a conocer que la verdad no es opinión, que los hechos no son conocimiento, que la creencia no tiene valor?

—Porque —dijo el Ángel— cuando la opinión se toma como hecho no encaja perfectamente. Cuando se cree que los hechos son conocimiento, hay una irregularidad en la persona que trata de integrar esto en sí misma. Y del mismo modo la obsesión dejará un hueco cuando se confunde con el deber.

—Y ¿qué ocurre entonces? —preguntó el futuro derviche.

—Entonces, la gente que trata de encajar uno en el lugar del otro se vuelve vana, se enfada, se ve lo mezquinos que son, y la demás gente, observándolos, comenzarán a buscar el conocimiento real.

El futuro derviche preguntó:

El Buscador de la Verdad

—¿No habrá nada que obstaculice a la gente para ver las limitaciones de los especialistas?

—Sólo —dijo el Ángel— si hay demasiada vanidad, emoción y mezquindad por parte del observador.

Haz lo que tus amigos desean

Cierto Sufí estaba visitando la ciudad de Samarcanda, cuyo gobernador declaró:

—No tiene sentido ni realidad la alegación Sufí de «Verdad más allá de las apariencias». Una cosa es, sin embargo, verdad, es que la gente encuentra amigos, y los amigos hacen lo que sus amigos desean.

—¿Se tomaría su Alteza la molestia de nombrar a tres de sus amigos? —preguntó el Sufí.

—Ciertamente. Está el Juez Afifi, Qabil el Cazador, y Salim, el Sultán de los Comerciantes.

—Puedo probar que los amigos no hacen lo que los amigos quieren —dijo el Sufí—, pero me tendrás que conceder tres semanas.

—Tres semanas. Pero si no lo pruebas tu cabeza rodará —respondió el Khan.

Tres semanas más tarde, el Sufí condujo al Khan a una habitación. Tres hombres estaban sentados allí, el Juez Afifi, el Cazador Qabil, y Salim, el Comerciante.

—Así está la verdadera situación —dijo el sabio—, contraria a tus imaginaciones. Afifi ha jurado matar a Salim, y Salim quiere destruir a Afifi. ¿Cuál tiene tu apoyo? ¿Ambos? ¿Cómo puedes hacer lo que tus amigos desean?

—¿Y Qabil? —preguntó el Khan.

—Qabil quiere matarte a ti. Sin duda alguna, como buen amigo, le ayudarás.

Hipócrita

Anwar Abbasi relata:

—Vi a un derviche, intoxicado por la Divinidad, sentado al lado del camino, cubierto sólo con un andrajososo manto.

»Un hombre caritativo, un rico comerciante, viéndole también, se apresuró a ir a su tienda, y de regreso trajo un valioso manto de Cachemira. Puso éste gentilmente sobre el derviche mientras dormía, esperando hacer méritos, y feliz de ser de alguna utilidad a los sirvientes de la divinidad.

»Mientras continuaba mirando, algunos soldados del rey se aproximaron por la carretera; estaban en animada conversación con un erudito a quien habían encontrado en el camino.

»Vieron al derviche durmiendo. El erudito gesticuló y los soldados comenzaron a abusar del pobre hombre. Le arrancaron el manto de sus hombros y lo tiraron a un arroyo cercano.

»El derviche, por su parte, no se quejó. Me aproximé a él para ver si tenía algo qué decir.

—Amigo mío —dijo—, no culpes a la gente de este mundo si ven a un derviche vestido con ropas preciosas y se echan sobre él con imprecaciones. Si ellos no fuesen así, no habría derviches, mantos, eruditos o soldados en este mundo...

El monstruo

Ésta es una antigua historia, contada una vez por gentes que se esforzaban por llegar a la sabiduría. Como los

El Buscador de la Verdad

miembros de esa comunidad ahora ya no atienden a significados, realmente importa poco si se les cuenta la historia o no, o si la conservan o no.

Pero procedamos: la historia concierne a cuatro hombres que vivían en la misma vecindad, y todos habían estudiado las artes teóricas y prácticas, hasta tal punto y bajo tan grandes maestros de conocimiento que todo el mundo estaba convencido de que habían alcanzado el apogeo del conocimiento.

Ocurrió que los cuatro llegaron a la conclusión de que deberían viajar y ejercitar su conocimiento, porque, ¿no se ha dicho que «Aquel que tiene conocimiento y no lo usa, es como si fuese un necio»?

Abreviando, los amigos se convirtieron en viajeros, buscando oportunidades para ejercitar su conocimiento. También ocurría, como siempre ha ocurrido, que tres de los eruditos estaban profundamente versados en artes y ciencias, en teoría y práctica, mientras el cuarto, aunque menos renombrado en términos familiares, estaba muy bien dotado de comprensión.

Después de algunos días, durante los cuales llegaron a conocerse entre sí cada vez más, y cuando ya habían tenido muchos debates y discusiones, los tres académicos bien emparejados sintieron que su compañero no estaba de ningún modo tan bien dotado de erudición como ellos lo estaban, y trataron de alejarlo de su compañía y hacerle regresar a casa. Cuando él rehusó hacerlo dijeron:

—Es típico de un insensitivo como tú, privado de la apreciación de las grandes capacidades que otros poseen, el persistir en presentarte como nuestro igual.

Pero le permitieron que les acompañase, aunque desde ese momento le excluyeron de sus importantes deliberaciones.

Ocurrió que un día, mientras los cuatro estaban caminando, se encontraron con una pila de huesos y otros restos de un animal, al lado del camino.

— Ah —dijo el primer erudito—, puedo percibir a través de mi conocimiento que esto es el cadáver de un león.

— Y yo —dijo el segundo erudito— tengo el conocimiento con el cual reconstruir su cuerpo en forma viable.

— Por lo que a mí respecta —dijo el tercer erudito—, tengo la capacidad de reanimar cosas, y puedo conferirles vida.

Entonces decidieron aplicar sus respectivos poderes de ese modo.

El cuarto erudito, sin embargo, los cogió por la manga y dijo:

— Debo informaros que, aunque tenéis objeciones para mi destreza y habilidades teóricas, soy un hombre de comprensión. Éstos son, ciertamente, los restos de un león. Reavivadlo y nos destruirá a todos si puede.

Pero los otros tres eruditos estaban demasiado interesados en ejercitar sus teorías y llevar a cabo sus prácticas. A los pocos minutos el montón de piel y huesos fue reconstituido como un vivo, palpitante y claramente peligroso león.

Mientras los practicantes de la erudición estaban ocupados con sus operaciones, el cuarto erudito se subió a un árbol muy alto. Mientras miraba, el león se lanzó sobre sus compañeros y los devoró. Entonces se alejó rugiendo entre la maleza; y el único superviviente de la expedición se bajó del árbol y regresó a su país.

El Buscador de la Verdad

Dormido y despierto

Había una vez, en el Viejo Bagdad, un hombre llamado Hasán, que vivió durante mucho tiempo conforme con su suerte. Vivía una vida armoniosa, atendiendo a sus asuntos y cuidando de su pequeña tienda, que su vieja madre le ayudaba a manejar.

Pero, con el paso del tiempo, se sintió incierto acerca del sentido y dirección de su vida. «¿Acaso no hay algo más?» se preguntaba a sí mismo, y se preguntaba, especialmente cuando se sentaba en contemplación al atardecer, si no podía experimentar más y alcanzar lo que era posible para él.

Debido a que dio voz a estos pensamientos, ciertos hombres religiosos de su localidad no dudaron en calificarlo como librepensador y descontento, diciendo:

—Insatisfacción es otra palabra para ingratitud, y aspiración es un término velado para avaricia. ¡Hasán debería ser denunciado por todos los hombres de pensamiento recto!

La gente escuchaba a los clérigos de mente estrecha, y estaban molestos con las preguntas de Hasán, y llegó el momento en que Hasán no pudo encontrar muchos que soportasen su compañía por largo tiempo. Incluso aquellos que escuchaban sus ideas se sentían confundidos por ellas, y Hasán de todos modos los consideraba como gente superficial.

De modo que Hasán se acostumbró a alejarse de su tienda y sentarse, hacia el atardecer, en el cruce de caminos al final de su calle, para meditar sobre sus deseos y considerar la hostilidad de los supuestos hombres sabios.

Ocurrió un día que el Califa Harún al-Rashid, Comendador de los Creyentes, iba disfrazado en sus rondas

nocturnas, acompañado por su fiel ministro Ja'afar y su ejecutor negro, el eunuco Masrur, cuando se encontraron con la acurruçada figura en el cruce de caminos.

—Tiene que haber algo de interés para nosotros en este hombre —dijo el Califa a sus compañeros. Y a Hasán le dijo: —¿Podríamos acaso pasar algún tiempo conversando contigo, ya que somos viajeros que han completado su trabajo en esta ciudad, y no tenemos amigos?

—De buena gana —dijo Hasán—, y ya que sois forasteros vendréis a mi casa, donde puedo atenderos mejor que en un cruce de caminos.

Los cuatro se dirigieron a la casa de Hasán, que había sido equipada bastante lujosamente para la recepción de invitados —aunque raramente tenía alguno— y pasaron una noche amena.

—Amigo Hasán —dijo el disfrazado Califa—, ahora que somos buenos conocidos, cuéntanos algo de tus deseos, de tus gustos y aversiones, para pasar el rato...

—Honorable Señor y amable viajero —dijo Hasán—, realmente soy un hombre más bien simple. Pero es cierto que desearía una cosa, y le tengo antipatía a otra. Me gustaría ser el Comendador de los Creyentes, el Califa mismo, y siento aversión sobre todo hacia los desdeñosos e intolerantes hombres llamados religiosos, que se ocupan de instigar a todos aquellos que no son tan hipócritas como ellos mismos...

Cuando se presentó la oportunidad, el Califa deslizó una dosis de un poderoso narcótico en la bebida de Hasán. En pocos momentos estaba inconsciente, y el poderoso Masrur cargó con él hasta el palacio.

Cuando recuperó el sentido, Hasán se encontró vestido con ropas imperiales, recostado en un sofá de seda en el palacio del Califa, con esclavos masajeando sus pies y manos.

El Buscador de la Verdad

—¿Dónde estoy? —exclamó.

—En tu palacio, ¡Oh Comendador de los Creyentes!
—exclamaron a coro los sirvientes, porque esto es lo que les había ordenado hacer el mismo Harún al-Rashid.

Al principio no pudo creer que él fuese el Califa; y Hasán mordió su dedo para ver si aún estaba dormido. Entonces pensó que debía de haber sido hechizado por algún genio, algún rey de los genios, por lo menos. Pero, poco a poco, así que sus órdenes eran ejecutadas y todo el mundo se comportaba hacia él con el mayor respeto, quedó convencido de que él era, ciertamente, Harún al-Rashid.

Dio órdenes de que los corruptos y autoproclamados clérigos fuesen azotados, que toda la paga de los soldados fuese doblada, que todo el mundo debería ser eximido del servicio de armas, que en el río Tigris se construyese una presa, que a la gente que quisiese salir de la ciudad se les debería impedir hacerlo, y aquellos que querían entrar deberían verse obstaculizados... De hecho, fue tal el efecto sobre su entorno y tal la falta de instinto de dirección en él, que si sus órdenes se hubiesen ejecutado, el buen orden del reino se hubiese visto seriamente afectado.

Los consejeros políticos sugirieron que debería establecer alianzas; los comandantes militares requirieron que se preparase para la guerra; los comerciantes enviaron delegaciones presionando por un aumento en los precios; los ciudadanos pidieron una administración más liberal; los sabios aconsejaban cautela y una acción tras otra. Hasán escuchó a todos ellos y fue unas veces influenciado por unos y otras veces por otros.

Todo ello ocurrió en el espacio de un solo día, entre su despertar por la mañana temprano, después de la bebida soporífera, y el atardecer del mismo día.

Historias Sufíes

Durante todo el tiempo el Califa, Ja'afar y Masrur observaron a su inconsciente invitado desde un lugar escondido, que había sido construido especialmente para este propósito.

Finalmente Harún reunió a sus amigos y dijo:

—Éste no es el hombre que buscamos; uno que responda a las dificultades y oportunidades del poder de tal modo que obtenga el mayor provecho de la vida humana, desempeñando funciones y llevando a cabo empresas para el bien de todos, incluyéndose él mismo. ¡Liberadlo!

De modo que Hasán fue de nuevo drogado, vestido con sus ropas, y llevado al cruce de caminos cerca de su casa, donde se despertó algún tiempo después gritando: «Soy el Califa, y exijo que me obedezcáis».

Cuando estuvo completamente despierto, sin embargo, se convenció de que todo había sido un sueño. De vez en cuando, después de esto, solía pensar que había sido un sueño de lo más asombroso, y que de hecho había vivido en otra realidad. Pero nunca fue capaz de retornar a ella.

El Gran Mundo

Había una vez un hombre que se cansó de la vida en su aldea. Cuanto más escuchaba de boca de los viajeros que pasaban a través de la ciudad vecina acerca del «Gran Mundo», mayor era su deseo de entrar en él, y escapar así de las limitaciones que sentía que le rodeaban por todas partes.

Finalmente tomó una decisión y se puso en camino, alejándose de su aldea en busca del Gran Mundo.

Pronto se encontró en la carretera con otro viajero.

El Buscador de la Verdad

Conversaron, y nuestro amigo tuvo la impresión de que su compañero conocía bastante acerca de este Gran Mundo; de modo que cuando fue invitado, aceptó acompañar al otro hombre —a quien llamaremos el Sabio— en su viaje.

Cuando llevaban caminando algún tiempo, el sabio dijo:

—¿Qué es eso que hay al lado del camino, y qué se podría hacer con ello?

El viajero miró y vio que era un enjambre de abejas, que estaba adherido al tronco de un árbol. Dijo:

—Es un enjambre de abejas. Creo que lo tomaré conmigo, puede que sea capaz de venderlo.

De modo que se quitó el manto, y usándolo como un saco provisional, recogió a la mayoría de las abejas y colgó el manto sobre su hombro. Algunas de las abejas se escaparon del manto y zumbaron irritadamente alrededor durante un rato. Luego picaron al viajero en la mano. Él saltó de dolor y dejó caer su bulto. Entonces, tomando el manto lo sacudió contra una roca, hasta que todas las abejas se desprendieron de él.

El sabio dijo:

—Sentémonos aquí y meditemos acerca de esto. ¿Qué es lo que has estado haciendo?

—Algunas de las abejas me picaron, y yo reaccioné normalmente.

—¿Es normal castigar a todas las abejas por lo que algunas de ellas hicieron?

—¡Tú sabes que cualquiera se habría comportado de este modo! —dijo el otro hombre, pensando en lo fastidiosos que son estos filósofos.

—Pero ¿qué piensan las abejas? —preguntó el sabio.

Hizo una misteriosa señal, y el viajero vio que había

tres o cuatro abejas en el suelo, cerca de donde se sentaban. Mediante el poder de la señal del Sabio, supuso, pudo entender lo que estaban diciendo entre sí.

Una de las abejas dijo a otra:

—Maestro, como la Abeja Sabia de la Época, quizás tú puedas explicarme lo que acaba de ocurrir.

La Abeja Sabia contestó:

—Sí, ciertamente. Algunos seres procedentes del Gran Mundo llegaron y decidieron capturarnos. Algunas de nosotras les picaron, como acción refleja, ¡y uno de ellos entonces nos sacudió contra una roca, enfurecido!

Otra abeja le preguntó:

—¿Acaso ellos se comportan siempre de este modo?

—Siempre se comportan del mismo modo bajo circunstancias similares —dijo la Abeja Sabia—; pero eso se debe a que tantos miembros de nuestro enjambre querían entrar en el Gran Mundo, sin conocer nada acerca de él, que fuimos apresadas en primer lugar.

Otra de las abejas dijo:

—Bien, si el Gran Mundo es así, yo finalizo aquí mi búsqueda, y no me considero miembro de tu escuela ni un minuto más, sin importar lo sabio que tú puedas ser...

—Y tú —dijo el Sabio, volviéndose hacia su compañero—, como las abejas, has estado tratando de entrar en el Gran Mundo: pero tan pronto como comienzas el camino, haces algo de lo que te lamentas...

La joya perdida

Había una vez un hombre que perdió su posesión más preciada, una joya de valor inestimable. Había estado profundamente ligado a su gema, y estaba dispuesto a en-

El Buscador de la Verdad

contrarla si había algún medio de que esto pudiese realizarse en esta vida. Haciendo investigaciones por todas partes, fue enviado en diferentes direcciones por adivinos y falsos profetas, por astrólogos y quirománticos, por mendicantes y magos. Después de un largo tiempo, cuando aún no había perdido la esperanza, alguien sugirió que debería preguntar a cierto Sufí, quien tenía la reputación de realizar milagros.

Cuando hubo explicado su problema al Sufí, el sabio dijo:

—Resolveré tu problema, con tal de que hagas algo para mí.

—Haré cualquier cosa —dijo el hombre, excitado.

—Muy bien —dijo el Sufí—, encuentra y tráeme aquí a un hombre que nunca haya perdido nada.

El hombre preguntó a todo el mundo en su aldea, luego en la ciudad cercana, luego en el país, y más tarde viajó de país en país, buscando a un hombre que nunca hubiese perdido nada. Dondequiera que fuese, por supuesto, la gente no sólo decía que habían perdido cosas, sino que insistían muy a menudo, cuando recordaban su pérdida, en contarle lo que habían perdido, y cuánto les apenaba.

Finalmente sintió que había escuchado tantas cosas acerca del dolor y la pérdida que realmente le preocupaba muy poco su propio problema. Pero ahora estaba obsesionado por encontrar a alguien que no hubiese tenido pérdida alguna.

Después de años de esta búsqueda, escuchó que ciertamente había tal persona, y se las arregló para encontrarla en una cueva inaccesible de la montaña.

—¿Has perdido alguna vez algo? —le preguntó.

—Nunca —dijo el recluso.

—¿Cómo es eso?

— Porque nunca he tenido nada.

— Entonces debes venir conmigo, porque me ha dicho cierto eminente Maestro Sufí que tengo que llevarte ante él.

El sabio inhaló profundamente y suspiró.

— ¿Cuál era tu problema? — preguntó.

— Recuperar mi joya.

— ¿Lo conseguiste?

— No, encontré tanta gente en estos años que han perdido cosas y sufrido, que ya no me importa recuperar la gema.

— Entonces, ¿qué es lo que quieres?

— Llevarte al Sufí.

— ¿Por qué te importa eso todavía?

Ahora el hombre no podía pensar por qué, cuando su problema ya había sido resuelto, debería importarle aún lo que el Sufí le había pedido.

— Y, lo que es más — dijo el ermitaño —, ¿qué es lo que le hace pensar al Sufí que yo iré contigo?

— Tienes razón — dijo el otro hombre —, esto prueba que el Sufí no sabía de lo que estaba hablando.

— ¿Estás ahora preocupado por llevarme de regreso al Sufí? — preguntó el ermitaño.

— De ningún modo.

— Entonces, ¿no fue sabio el Sufí habiendo ingeniado toda esta serie de experiencias?

— No — dijo el hombre —, si alguien fue sabio, ése fui yo, porque fui yo quien comenzó la búsqueda de la gema.

Y, por supuesto, nunca se volvió sabio; pero eso no era lo que él había querido desde un principio.

El Buscador de la Verdad

El banquete del mago

Había una vez un mago que construyó una casa cerca de una aldea grande y próspera.

Un día invitó a toda la gente de la aldea a un banquete.

—Antes de que comamos —dijo—, tenemos algunas diversiones.

Todo el mundo se alegró, y el mago les proporcionó un espectáculo de magia de primera clase, con conejos saliendo de sombreros, banderas apareciendo de la nada, y una cosa convirtiéndose en otra. La gente estaba encantada.

Entonces el mago preguntó:

—¿Queréis comer ahora, o queréis más entretenimientos?

Todo el mundo pidió entretenimientos, porque nunca habían visto nada igual; en casa había comida, pero nunca tanta emoción.

De modo que el mago se transformó en paloma, luego en un halcón, y finalmente en un dragón. La gente se volvió salvaje de excitación.

El mago les preguntó de nuevo, y ellos querían más. Y lo tuvieron.

Entonces les preguntó si querían comer, y le dijeron que sí.

De modo que el mago hizo que se sintieran como si estuviesen comiendo, dirigiendo su atención por medio de ciertos trucos, mediante sus poderes mágicos.

La imaginaria comida y el entretenimiento duraron toda la noche. Cuando llegó el amanecer, algunas de las gentes dijeron:

—Debemos ir a trabajar.

De modo que el mago hizo que imaginasen que iban a

casa, se preparaban para el trabajo, y trabajaban todo el día.

Resumiendo, cuando alguien decía que tenía que hacer algo, el mago le hacía pensar primero que iba a hacerlo, luego que lo había hecho, y finalmente que había regresado a la casa del mago.

Finalmente, el mago había tejido tales hechizos con la gente de la aldea que sólo trabajaban para él, mientras pensaban que continuaban con sus vidas ordinarias. Si alguna vez se sentían intranquilos les hacía pensar que estaban de regreso al banquete en su casa, y eso les daba placer y les hacía olvidar.

—Y ¿qué les ocurrió al mago y a la gente al final?

—Bueno, eso no se lo puedo decir, porque él aún está muy ocupado haciéndolo, y la mayoría de la gente aún está bajo su hechizo.

Los astrólogos

Había una vez un rey que había subido al trono y decidió que debía ser coronado. Cuando la cuestión de la fecha se estaba discutiendo en la Corte, los astrólogos se adelantaron y dijeron:

—La fecha se debe fijar sólo después de que el horóscopo para la ocasión se formule. Cuando un acontecimiento ocurre sin haberse hecho el horóscopo, puede traer mala suerte.

—Muy bien —dijo el rey.

Entonces un Sufí se levantó.

—Majestad —dijo—; de acuerdo con ese principio, seguramente primero se debe formular un horóscopo para el momento en el cual el horóscopo para la corona-

El Buscador de la Verdad

ción sea formulado. De otro modo quizás los astrólogos hagan su trabajo en un momento desafortunado.

—¿Es eso cierto? —preguntó el rey a los astrólogos.

—Sí, puede ser cierto —admitieron.

—Pero —dijo el Sufí—, ¿cómo se hará ese horóscopo del horóscopo de la coronación?

Ya que, después de considerables disputas, nadie podía responder a esa pregunta, los astrólogos decidieron cambiar las reglas, de modo que pudiesen proceder con su trabajo. Y así, de este modo, al final el rey fue coronado.

En el desierto

Transmitida desde tiempos remotos existe la historia del hombre del desierto y su búsqueda, que fue llevada a las ciudades y aldeas, y ha conducido a la comprensión Sufí, incluso cuando se relata en condiciones muy diferentes de aquellas en las cuales se dice que se originó.

Es el cuento de:

El santo y el halcón

Un cazador del desierto llegó donde se encontraba un contemplativo, sentado en el yermo arenoso, con su mano en el bastón y su brazo alrededor de un halcón de apariencia salvaje, que se acurrucaba a su vera.

El cazador dijo:

—¿Cómo puede ser que un hombre como tú, dedicado a asuntos del Mundo del Más Allá, pueda considerar a un depredador, una cosa tan trivial como un ave, de importancia alguna?

El hombre sabio respondió:

—Contéstame una pregunta, y tu respuesta será la misma que mi respuesta. ¿Cómo es que puedes llevar en tu costado un cuchillo asesino como el que llevas, cuando deberías sentir respeto hacia tu prójimo?

El cazador dijo:

—Este cuchillo está aquí para defenderme contra la malicia de los leones del desierto, que más de una vez han saltado sobre mí desde los matorrales, y sólo a través de su instrumentalidad he sido capaz de sobrevivir hasta este momento, de modo que pueda contestar a tu pregunta.

El santo le dijo:

—Si yo ocupase todo mi tiempo en la contemplación y ninguno en confortar a las criaturas de Dios, me podrías considerar un santo, aunque me habría vuelto incapaz de cualquier otra cosa, de modo que los impulsos superiores no me alcanzarían. Si tú cazases leones desde la mañana hasta la noche, la gente te llamaría cazador valeroso, aunque esta dedicación te volvería inútil para cualquier otra cosa. Por tu parte te volverías incapaz de experimentar cosas del mundo. Yo me volvería incapaz de experimentar el otro mundo.

4. MAESTRO Y DISCÍPULO

Respuestas

Un grupo de gente que sufría de lo que se denomina «pensamiento limitado» se dirigió a un Sufí. Le preguntaron:

—¿Por qué nunca contestas preguntas de una manera simple y lúcida, como se nos ha enseñado a hacer?

El Sufí dijo:

—Porque mi trabajo es transmitir lo que tengo que transmitir. Cualquier cosa que digo, y muchas de las que hago, deben seguir un patrón. Si no cumplo mi deber, y en vez de eso hago lo que estáis intentando obligarme a hacer, me convierto en *vuestro* instrumento, no en instrumento de la Verdad.

Un transeúnte comentó:

—Pero la última vez que se te hizo la misma pregunta en mi presencia, tu respuesta fue: «¡Por que no quiero ser como vosotros!».

El Sufí levantó la cabeza y dijo:

—Si te molestases en ponderar las dos respuestas, quizás vieses que las respuestas pueden parecer diferentes mientras que en realidad tienen el mismo significado.

Presente y ausente

Se cuenta que uno de los grandes Sufíes del Khorasán trabajaba durante largas jornadas como cocedor de ladrillos, y cuando la gente le ofrecía dinero lo rechazaba. Solía tener largas conversaciones con diferentes personas, animándoles, y luego no se le veía durante largos períodos, algunas veces meses y meses. Esto confundía a la gente que trataba de aprender de él.

Un día, un hombre a quien había dejado a su albedrío protestó amargamente y pidió una explicación de su conducta, diciendo:

—Si he fallado en comprender, dímelo, de modo que pueda tomar el Sendero de nuevo.

El Sufí respondió:

—Lo siento, pero no puedo decirte nada acerca de esto.

El hombre habló con otros, y éstos añadieron sus protestas a la suya, y gradualmente comenzaron a perder interés en el Sufí, adhiriéndose a toda clase de cosas más frívolas y excitantes.

Algunos de ellos se encontraron en la compañía de un venerable derviche, a quien le confiaron su desilusión. Él les dijo:

—¡Oh, infortunados! Él estaba trabajando como cocedor de ladrillos porque de tomar vuestro dinero, tan inmaduros y vulnerables como erais, os habría hecho daño, y tomó el daño para sí, prefiriendo trabajar encorvado en el sol ardiente por tres monedas al día. Cuando os dejó a vuestro propio albedrío algunas veces fue porque su atención, actuando sobre vuestras propias debilidades, os habría inflado y empeorado vuestra condición. Otras veces os dejó porque tenía que hacer súplicas, pidiendo que no

El Buscador de la Verdad

murieseis antes de que él os pudiese ayudar. Otras veces os dejó porque gente aún en mayor necesidad debía recibir atención. ¡Sois de la clase de gente que ve todas sus acciones, todas las cuales son valiosas, como faltas, porque no podéis percibir bondad y realidad, y porque pensáis sólo en alimentar la fealdad de vuestras falsas identidades!

La gente se avergonzó, y dijeron:

—¡Danos permiso, oh gran sabio, para retornar a nuestro Maestro y disculparnos con él!

El derviche respondió:

—Daros permiso es sencillo, y lo tenéis, pero hacer eso es imposible. Él está muerto, porque su vida terrestre tenía que finalizar en el momento en que desertasteis: cuando no tuvo a nadie que le atendiese tuvo que continuar su viaje.

Ellos dijeron:

—¿Cómo ganaste este conocimiento?

El sabio dijo:

—¡Soy el único discípulo que queda de ese mismo Maestro vuestro! Sólo una entre mil personas quiere aprender. Éramos, al principio, mil personas. El resto de ellos no están muertos, pero ellos, como vosotros, hace mucho tiempo que decidieron que nuestro fallecido Maestro era insuficiente para sus necesidades. La consecuencia de esta creencia, nacida de la locura del mundo, es que todos ellos están aún vivos, y más orgullosos que nunca de sí mismos, y todos ellos están prosperando en el mundo, y todos ellos están condenados a la perdición.

Ten cuidado...

Había una vez un hombre que quería convertirse en discípulo de cierto Sheikh Sufí. De hecho, no estaba preparado para recorrer el Sendero en el correcto orden de acontecimientos, siendo excitable y codicioso; tenía, de hecho, las características que incapacitan a la mayoría de la gente para completar el Viaje.

El Sheikh, sin embargo, le dio una oportunidad, ya que existía la posibilidad de que pudiese ver, a través de las consecuencias de sus propios defectos en acción, que tendría que adoptar un acercamiento completamente diferente, y volverse más calmo y considerado.

Después de algún tiempo, sin embargo, este discípulo se sintió bastante frustrado con el Sheikh, ya que éste le ponía en situaciones donde nada parecía ocurrir, y decidió que el Maestro era por lo tanto inútil.

De modo que miró alrededor en busca de otro Maestro, uno que encajase mejor con sus propias suposiciones acerca de sí mismo. Naturalmente, encontró uno. Este segundo Maestro no era más que un maníaco que odiaba al primero. Cuando hubo ganado la confianza del discípulo y lo hubo inflamado con promesas de secretos y éxito, le dijo:

—Ahora te probaré. Si pasas la prueba, serás capaz de escalar las mayores alturas de comprensión espiritual.

El discípulo rogó ser probado, de cualquier modo.

—Muy bien —continuó el falso Maestro—. Ve y tráeme el corazón de tu primer Maestro.

El discípulo, con la cabeza completamente llena con la maravillosa naturaleza, así lo imaginaba, del nuevo Maestro, fue y mató al Sheikh, y le extrajo el corazón. Desbordado por la excitación, lleno de codicia hacia los secretos

El Buscador de la Verdad

y la realización mística, estaba corriendo hacia la casa del falso Maestro con el corazón, cuando tropezó y casi cayó.

Y entonces, como si proviniese del corazón que llevaba, se oyó la voz del Sheikh asesinado:

—¡Con gentileza, hijo mío; supera tu negligencia y tu codicia!

Midiendo la lealtad

Cierto Maestro Sufí estaba rodeado por discípulos que llenaban su casa noche y día. Su reputación era tal que se escribían odas en su honor, desde Alejandría a Samarcanda, y los más grandes nobles de los siete climas afirmaban que él era la estrella Polar de la Era, y el más importante Maestro sobre la Tierra.

Un día, en conversación con el rey de Bokhara, el Sufí dijo:

—Los hombres no tienen lealtad, incluso cuando creen que la tienen. Mientras que por el mantenimiento de buenas relaciones sociales uno tiene que transigir con la adulación humana, no hay tal cosa en realidad.

El rey, sin embargo, imaginó que el Sufí estaba tratando de adularle al sugerir que la gente no le seguía, y dijo:

—¡Oh, derviche! Vanidad, egoísmo y duplicidad están marcados en la naturaleza de los cortesanos y otros que rodean a reyes temporales como yo. Pero en el caso de los Sublimes Reyes del Cosmos, tales como tú, esas gentes no se pueden encontrar. Sólo los verdaderamente devotos te siguen, porque no hay estímulo material para ellos al hacerlo, por lo tanto su devoción manifiesta tiene que ser real.

El derviche dijo:

—En la ciudad entera, y entre todas las gentes que profesan apego a mí, y a través de mí a principios superiores, hay, que yo sepa, sólo una persona y media que no son temerosas o cobardes, si se llevase a cabo la prueba.

Para hacer la prueba de esta dudosa teoría, el rey dispuso que el Sufí fuese arrestado por blasfemia, y que marchase a través de las calles bajo sentencia de muerte, como un ejemplo para la gente.

Cuando fue arrestado, ni una sola persona en su séquito resistió. Multitudes se reunieron mientras era paseado de una calle a otra, pero nadie levantó la voz. Después de varias horas, un hombre corrió hacia los guardianes y gritó:

—Él es inocente.

Después, desde otro barrio de la ciudad, un segundo hombre fue a la corte y dijo:

—Arrestadme, yo soy el culpable de la blasfemia, y lo que fue atribuido al Sufí lo dije yo. ¡Él sólo estaba citando mis palabras para poder refutarlas!

Cuando el rey y el Sufí se reunieron privadamente para discutir los acontecimientos del día, el Sufí dijo:

—Lo ves, es como predije. El hombre que dijo que yo era inocente era la media persona que no era cobarde. Y la persona entera fue aquel que estaba preparado para cambiar su vida por la mía.

Envenenando a los ignorantes

Cierto famoso erudito se sorprendió y deleitó cuando comenzó a recibir, como alumnos, cantidades de discípulos de un Sufí cuyas consideraciones liberales estaban en total contraste con sus puntos de vista. Durante veinte

El Buscador de la Verdad

años nadie más pudo ganar acceso a las conferencias del erudito, de tan llenas como estaban con los estudiantes del Sufí.

Cuando hubo llegado al final de su vida de enseñanza, el erudito viajó a la casa del Sufí y le dijo:

—Durante todos estos años me he complacido constantemente al notar que tienes en tan alta estima mis enseñanzas que continuamente me has enviado grupos de estudiantes. Mis conferencias han estado llenas durante dos décadas como resultado.

El Sufí dijo:

—Me satisface saber que has estado contento con mis acciones. Por mi parte, te agradezco el que suspendieses tu campaña contra mí tan pronto como mis estudiantes comenzaron a asistir a tus conferencias.

El erudito, sin embargo, quería saber más.

—Pero dime, ¿qué te hizo actuar como lo hiciste? ¿Cuáles de mis discursos te impresionaron más? ¿Cómo llegaste a comprender mi importancia y respetar mi función?

El Sufí dijo:

—Tu función se cumplió, y eso seguramente debería ser suficiente para cualquier hombre.

—No —dijo el erudito—, no es suficiente. Dime, sin omitir detalle, ¿qué fue lo que te decidió a enviarme gente?

—Por segunda vez te lo pido, no me presiones —dijo el Sufí.

—Insisto —dijo el erudito—, y no cesaré de presionarte hasta que me hayas confesado el motivo.

—Bien —dijo el Sufí—, algo había que hacer para prevenir que los ignorantes fuesen envenenados por tus prejuicios. Yo sólo podía suministrar mis estudiantes.

Pero ellos no perdieron con esto; fueron capaces de completar su educación al observar cómo no pensar.

La promesa

Los Sufíes dicen que la mayoría de la gente durante la mayor parte de sus vidas son incapaces de aprender cosas más profundas. Esto se debe al modo en que interpretan lo que otros están intentando enseñar. Dos de las debilidades que se manifiestan una vez y otra son aceptar las palabras demasiado literalmente, e interpretarlas demasiado superficialmente.

Esta historia muestra las dos tendencias: el discípulo representa la primera, su amigo la segunda:

Un derviche le dijo a un discípulo:

—Prométeme una cosa, y haré cualquier cosa por ti.

El discípulo estuvo de acuerdo.

El derviche dijo:

—¡Debes prometerme que nunca pedirás que haga algo por ti; entonces haré cualquier cosa que necesites!

Un día un amigo le preguntó al discípulo:

—¿Qué es lo que estás aprendiendo de tu Maestro derviche?

El discípulo le dijo:

—Me ha instruido en que nunca le pida nada.

—Eso no es un Maestro —dijo su amigo—; ¡eso es un avaro!

Idolatría

Alguien le dijo a un Sufí:

—Enséñame a rezar.

El Buscador de la Verdad

El Sufí dijo:

—No sólo estás ya rezando, sino que una parte de tu mente está constantemente ocupada en la oración.

El hombre respondió:

—No te comprendo, porque he sido incapaz de rezarle a Dios muchos meses, por una razón u otra.

El Sufí le dijo:

—Tú dijiste: «Enséñame a rezar», no mencionaste a Dios.

»La oración en la que has estado ocupado durante todo este tiempo es oración hacia tus vecinos, porque constantemente te preocupa lo que puedan pensar de ti. Es oración permanente a un ídolo de dinero, porque eso es lo que quieres. Es también una oración hacia una imagen de seguridad y otra de abundancia. Cuando tienes tantos dioses y tanta oración como una parte permanente de tu ser, ¿acaso es sorprendente que no haya sitio para otra clase de oración?

Comprensión

Se le preguntó a un Sufí:

—¿Cuál fue la experiencia más conmovedora, la más instructiva, o la más verdadera de tu larga vida?

Él dijo:

—Lo que voy a relatar me enseñó mucho acerca de lo que ya conocía, pero no comprendía qué es, para mí, la lección de las lecciones. Antes de ella, aunque creyéndome erudito y sabio, yo era uno de los «ignorantes instruidos». Tras ella, me convertí en alguien dotado de comprensión.

»Ocurrió cuando fui a ver al gran sabio de Chihil Tan.

Cuando llegué, se encontraba rodeado por una multitud aullante, cuyas mentes habían sido envenenadas contra él debido a las intrigas de hombres intolerantes. Estaba de pie en su porche, sin responder, pero había salido porque la multitud aullaba como una jauría.

»Entonces, un hombre comenzó a injuriarle más ruidosamente que los demás, y lo hizo con tal efecto que la multitud primero se calló, escuchando a su chacal líder, luego se incomodaron, horrorizados ante tanta violencia, más tarde, mientras el sabio estaba aún de pie, silencioso, comenzaron a murmurar contra el hombre que había sido su portavoz unos minutos antes.

»Yo pensé: “Seguramente esto es un milagro, por el cual Dios hace que sus enemigos sean los medios para ayudar a sus amigos. Pero, ¿qué ocurrirá con el líder, que ahora se está convirtiendo en la víctima de la multitud?”.

»Entonces, mientras la masa comenzaba a gritar contra su efímero líder, vi al sabio de Chihil-Tan que le daba un puñetazo. Pensé: “Él al cometer una mala acción, no pudo contenerse en el momento de la victoria”.

»Pero la multitud se deshizo, y yo me marché, sin visitar al sabio, porque no sabía qué pensar. Después de una hora o dos vi a un pobre derviche, con un cuenco de cuajada frente a él, al lado del camino, y me senté cuando me ofreció algo de su comida.

»Él leyó mis pensamientos mientras comía, ya que después de algunos minutos dijo:

—¡Infel e implacable! Te preguntas por qué el Sabio de Chihil-Tan no pudo contenerse, y por qué golpeó a su atormentador, anulando a tu parecer su fama de moderación. ¡Comprende, oh ignorante medidor de superficialidades, que la realidad es diferente de la imaginación, porque lo que a ti te parece un hecho es verdaderamente imaginación!

El Buscador de la Verdad

»El sabio golpeó al hombre, éste es el único hecho; su intención, por el contrario, no es un hecho visible, sino que es imaginación de tu mente diabólica! Él golpeó al hombre para dispersar a la muchedumbre; si no lo hubiese hecho, un instante más y habrían atacado a su atormentador. Al golpearlo dio satisfacción a la sed de la multitud por un castigo visible. El atacante no fue herido, sino más bien protegido de la furia de la multitud, que lo habría despedazado. De modo que ya ves; lo que parecía un asalto, y de hecho fue un golpe, fue el medio de proteger al agresor.

»Mientras no puedas ver estas cosas, y verlas en tu corazón, no serás uno de los elegidos, y jugarás con nueces y pasas como un niño, y a esto le llamarás aprendizaje, estimación y conocimiento. Pero no tendrás comprensión, y permanecerás como un animal para siempre, a menos que aprendas, y aprendas, y aprendas.

Pero inmediatamente repliqué:

—Si este principio fuese adoptado entonces nos refrenaríamos antes de juzgar por las apariencias, y toda clase de cosas irresponsables se harían en nombre de la santidad, y cada villano tendría así licencia para hacer lo que quisiese, ¡y el mundo llegaría a su fin!

El pobre derviche me miró y rió, y luego lloró, y luego dijo:

—¡Oh hermano de rostro brillante! ¿No has notado que el mundo está llegando a su fin, y que la gente que cree que está haciendo el bien, y que le falta la percepción y el entendimiento, es la que lo está llevando a su final? Y tú no miras eso, sino que de hecho deseas ayudar en el proceso. No te ocupes con eso, desarrolla más bien la comprensión del significado de los acontecimientos, ¡no la especialidad en el escrutinio de las apariencias!

Cómo el mundo ayuda al Sufí

Uno de los Maestros del Sendero estaba un día sentado en su asamblea cuando un estudiante se adelantó y preguntó:

—¿Qué analogía puede haber de la posición que el Maestro ocupa en este mundo? Quiero decir, ¿cuál es su relación con los acontecimientos mundanales?, ¿acaso depende de ellos?

El Maestro respondió:

—El mundo está ahí, y el Maestro también. El Maestro está dentro de él y trabaja fuera de él. El mundo lo rechazará, y también le ayudará, debido a sus cualidades insólitas. Esto está registrado en el cuento del joven cuyo secreto no podía ser divulgado. Es como sigue:

Había una vez un joven que quería servir a la humanidad. Contrariamente a la mayoría de la gente, no deseaba hacerlo con propósito de vanidad; lo cual significaba que su servicio podía ser aceptado, y que él podía ciertamente desarrollar la función de la cual tan necesitada está la humanidad.

Una noche tuvo un sueño, y en el sueño fue advertido de que si comenzaba a tratar de ayudar a la gente, al final sólo los dañaría, porque se opondrían a él, y al hacerlo sólo incrementarían su propia crueldad. Se le dijo en el sueño que debería ocultar la gente el hecho de que quería ser útil, hasta cierto momento. Mientras tanto, sin embargo, fue autorizado a decir que tenía un secreto que no podía divulgar.

El joven primero habló con sus padres acerca de la existencia del secreto. Se llegaron a enfadar tanto con él que no le prestaron más atención, y no opusieron resistencia cuando decidió marcharse de casa para buscar fortuna.

El Buscador de la Verdad

El joven obtuvo empleo por un tiempo, hasta que un día su amo le oyó decir que tenía un secreto que nadie podía conocer.

—Dímelo o te daré una paliza.

El joven rehusó, y su amo comenzó a golpearle con una vara hasta que un comerciante que pasaba por allí lo rescató y le dio empleo.

Juntos viajaron mucho, y al final llegaron a la capital del país. Un día el joven mencionó que tenía un secreto que nadie debía conocer hasta llegado cierto momento. De nuevo el mercader trató de saber lo que era, y cuando su empleado se negó a decírselo, lo echó a la calle como un villano desleal y probablemente trastornado. Justo en ese momento el Primer Ministro del país pasaba por allí. Su Majestad se estaba muriendo y, de acuerdo con la costumbre del país, el Ministro tenía que salir disfrazado a la calle y encontrar a un joven acerca del cual los hombres sabios de la Corte habían adivinado alguna peculiaridad. Él sería el próximo rey.

Mientras estaba al lado de la casa del mercader, vio cómo echaban al joven a la calle, y le oyó decir: «¡No contaré mi secreto hasta el momento oportuno!».

Y ésta era exactamente la frase que los videntes reales le habían dicho al Primer Ministro que buscarse.

Llevó al joven junto a la cama del rey moribundo, y el rey le preguntó si aceptaría la corona.

—Lo haré, Majestad —dijo el joven— porque el secreto es éste: que no seré capaz de ayudar a la humanidad adecuadamente hasta que me convierta en materialmente poderoso, ¡como rey del país!

La barra de pan

A un Sufí de gran sabiduría se le pidió una parábola del trabajo de los Maestros y la naturaleza de los discípulos, y al instante respondió:

—Había una vez, en tiempos pasados, un hombre que quería proteger un tesoro del alcance de un ladrón, de modo que pudiese compartirlo con los que lo merecían en este mundo. El ladrón era fuerte y violento, y el hombre generoso no tenía nada que lo ayudase, tan sólo una barra parlante.

El ladrón llegó a la puerta de la casa y la abrió de un empujón. Dentro, en una mesa pequeña, reposaba la barra parlante.

»La barra dijo:

—Honorable amigo, ¿cuál es tu misión, cuál es tu intención, cuál es tu propósito?

El ladrón, a pesar de ser rudo y avariento, era (como la mayoría de nosotros) también intensamente curioso por naturaleza; y además estaba bastante sorprendido por la presencia de una barra que podía hablar.

El ladrón dijo:

—¿Cómo es que eres capaz de hablar, y qué puedes comunicarme?

La barra replicó:

—Puedo hablar porque estoy en esta casa, que es una casa mágica. Si entras, tú también desarrollarás poderes mágicos.

—Eso es exactamente lo que quiero —dijo el ladrón.

—Antes de que entres —continuó la barra—, tienes que darte cuenta de que tendrás que pasar a través de lo que yo he pasado, lo cual no es una menudencia.

—¿Y qué es lo que tú, una barra de pan, has pasado, que yo, un ladrón experimentado, no pueda pasar?

El Buscador de la Verdad

—Yo no he dicho que no puedas —dijo la barra—; pero aludiré a mis experiencias, de modo que puedas escoger.

—Entonces, cuéntamelas —pidió el ladrón.

—Para comenzar —dijo la barra—, yo era una planta y crecía en el campo. Luego una parte de mí se volvió seca, como muerta, y cayó. Fue enterrada en el suelo frío, donde estuvo hasta que se abrió. Entonces fue remojada en agua hasta que se hinchó y salieron brotes de ella. Creció hasta convertirse en otra planta, que fue asida y apaleada hasta que su cáscara se separó de su parte interna. La médula interior fue molida hasta convertirse en polvo, que fue mezclado con otro polvo y almacenado. Luego fue sacada, machacada con agua y otras cosas hasta convertirse en pegajosa, y colocada en un calor terrible hasta que se tostó; y he aquí que yo aparecí...

Cuando la barra levantó la vista después de esta disertación, vio que el ladrón había huido, y podía ser oído en la distancia, sollozando temerosamente.

El Sufí continuó:

—La codicia del ladrón por robar la casa es el deseo del discípulo antes de que sepa que el tesoro está ahí para ser servido, no para ser robado. El pan es el proceso en que esto se descubre; pero la mayoría de los discípulos no son verdaderos Buscadores, porque huyen de la Verdad al imaginar otras cosas acerca de la Enseñanza.

Inteligencia y obediencia

Había una vez un Maestro Sufí que fue abordado por dos hombres, que le suplicaron les permitiese convertirse en sus discípulos.

Él aceptó, con la condición de que estuviesen a prueba por tres meses.

Durante casi noventa días el Maestro no les dio tareas, no les contó historias, no les invitó a reuniones.

Entonces, cuando el período estaba casi terminado, llamó a los dos al patio de su casa y dijo:

—Quiero que cada uno de vosotros vaya afuera, donde hay camellos. Cada uno tiene que tomar las riendas de un camello y traérmelo aquí, escalando la pared, y haciendo que el camello la escale también.

El primer discípulo dijo:

—Maestro, está escrito que el hombre debe ejercitar su inteligencia. Mi inteligencia me dice que lo que usted pide es imposible, y mi buen sentido me dice que usted ha pedido esto sólo para juzgar si soy inteligente o no, y si puedo usar mi sentido común o no.

—Entonces —dijo el Maestro—, ¿no intentarás traer el camello por encima de la pared?

—No lo haré —dijo el discípulo—, pidiendo perdón por mi aparente desobediencia.

Entonces el Maestro se volvió hacia el segundo discípulo y dijo:

—¿Cuál es tu respuesta a mi petición?

Sin una palabra, el segundo discípulo comenzó a salir del patio. El Maestro le siguió, indicando al primer discípulo que le acompañase.

Cuando todos estuvieron fuera del alto muro donde se encontraban los camellos, el segundo discípulo tomó las riendas de uno de los animales y caminó con él hacia la pared. Entonces intentó escalar el muro, con las riendas del camello aún en sus manos, dándole gritos de aliento.

Cuando fue obvio que no iba a conseguirlo, el Maestro dijo:

El Buscador de la Verdad

—Devuelve el camello a su lugar y seguidme adentro.

Unos minutos después, cuando los tres hombres estaban de nuevo en el patio, el Maestro dijo:

—Todo el mundo sabe, desde los primeros días de la humanidad, que el Sendero implica varias capacidades. Éstas incluyen el uso de inteligencia y la aplicación del sentido común, y también obediencia.

»La obediencia es tan importante como la inteligencia y el sentido común. Todos los que alguna vez han enseñado saben que casi todo el mundo tratará de usar la inteligencia y el sentido común con preferencia a la obediencia, poniendo de este modo estas tres cualidades en desequilibrio. La vasta mayoría de la humanidad considera que obedecer es menos importante que el discurrir una salida a una situación. Pero de hecho se sabe que ninguna de estas cosas es más importante que otra, excepto en su forma de operar. Podemos encontrar hombres de inteligencia en todas partes, pero ¿dónde podemos encontrar gente obediente?

»El primer discípulo es despedido, porque le dio demasiada importancia al intelecto. El segundo es aceptado, ya que no saltó a la conclusión obvia, que tan a menudo los hombres aceptan como la mejor opción, y que les priva de una capacidad plena.

El Maestro se volvió hacia el segundo discípulo y le preguntó por qué había tratado de hacer lo imposible.

El discípulo dijo:

—Sabía que usted sabía que era imposible, de modo que no había daño en obedecer, para ver adónde conducía. Sabía que la salida fácil era decir: «Es imposible, no lo intentaré porque es de sentido común», y que sólo una persona superficial pensaría de ese modo. Todo el mundo tiene el sentido común que se necesita para rehusar obe-

decer. Por lo tanto, sabía que estaba probando mi obediencia y rechazo a escoger opciones fáciles.

Cómo hacer que escuchen

Un derviche, instruyendo a un discípulo, dijo:

—Sólo hay un modo de hacer que la gente te escuche. Debes saber lo que estás diciendo, y debes observar la necesaria conducta para que la gente te escuche...

El discípulo, irritado por el largo tiempo que este anciano Maestro se tomaba para impartir su sabiduría, decidió que ya había escuchado suficiente, y siguió su camino.

Durante algunos años estudió el arte de saber lo que estaba diciendo, y cultivó la conducta del hombre bondadoso. La gente comenzó a respetarle, y pocos dejaron su presencia sin hacer comentarios acerca de su pureza de alma.

Un día un joven llegó a la ciudad donde el discípulo iba a dar una conferencia.

El joven estuvo gritando escandalosamente, y todo el mundo le prestó atención. Casi nadie fue a la conferencia del discípulo del derviche.

De modo que él regresó a su viejo Maestro, ahora con más de cien años, y le pidió que le diese una explicación.

—Ah —dijo el anciano—, tú eres el hombre que no esperó a escuchar el final de la enseñanza. Tienes que ser la clase de santo que la gente quiere en este momento. Si quieren un hombre real, no irán a un hombre en busca de la enseñanza simplemente porque parezca un santo. Las calificaciones para un Maestro no son que tenga cierta apariencia, sino que tenga cierto efecto.

Hipocresía

Yahya, hijo de Iskandar, relata:

Durante muchas veladas me senté en la casa del Sufí Anwar Alí Jan. La gente le llevaba regalos, que él convertía en alimentos y hacía servir cada noche antes de la hora de meditación.

El Sufí no dejaba que nadie se acercase a él, y se sentaba en una esquina, con la mano moviéndose de su taza a su boca. Muchos de aquellos que lo visitaban decían:

—Este hombre es altivo, le falta humildad, porque se mantiene aparte de sus invitados.

Cada noche yo movía mi lugar imperceptiblemente más cerca de él, hasta que pude ver que, aunque hacía los movimientos de comer, no había comida en su tazón.

Al final no pude refrenar mi curiosidad y le dije:

—¿Cuál es la causa de su extraño comportamiento? ¿Por qué pretende comer y por qué permite que la gente diga que usted es altivo, cuando de hecho es modesto y abstemio, y no quiere molestarles o avergonzarles? ¡Oh usted, el más excelente de los hombres!

El Sufí respondió:

—Es mejor que piensen que me falta modestia a través de la observación de lo externo a que puedan pensar que soy virtuoso a través de la mera observación de exterioridades. No puede haber mayor pecado que atribuir mérito a través de apariencias. Hacerlo insulta a la presencia de la virtud interior y verdadera, al imaginar que no existe para ser percibida. Hombres externos juzgarán mediante factores externos; pero al menos no estarán contaminando cosas internas.

Susurrando

Había una vez un Maestro Sufí a quien se le acercó uno de sus discípulos.

— Maestro —dijo—, estoy siendo intimidado constantemente por los otros miembros de la comunidad. Ellos hacen mi vida miserable. A menos que sea su deseo que lo soporte, me gustaría que me apartasen de ello.

— No hay nada más sencillo —dijo el Sufí—, todo lo que tienes que hacer es acercarte a mí cuando estemos en contemplación y susurrar en mi oído. Entonces yo susurraré en el tuyo.

Tan pronto como esto ocurrió por primera vez, el discípulo oprimido se convirtió en el más favorecido en la comunidad. Después de todo, ¿acaso no le era permitido hablarle al Maestro en susurros?

Un día, sin embargo, uno de los discípulos más atrevidos dijo:

— Maestro, ¿acaso no podemos escuchar lo que le dice a este compañero nuestro? Después de todo, somos tan disciplinados y dóciles como pueda serlo él.

El Maestro estuvo de acuerdo, y la siguiente vez que hubo una asamblea llamó al discípulo anteriormente oprimido y le dijo en voz alta:

— ¿Puedes atrapar ojos saltones?

— Sí —dijo el hombre.

— Bien, ¿cuánto ganas?

— Diez.

— ¿Y cuánto gastas?

— Cinco.

— ¿Qué les ocurrió a los treinta y dos?

— Veintinueve están en casa.

Los otros discípulos se quedaron con la boca abierta

El Buscador de la Verdad

ante esto, y cuando el Maestro salió discutieron vivamente acerca del significado interno de la conversación mística.

Finalmente, sin embargo, sus opiniones eran tan diversas que decidieron preguntar el significado.

El discípulo favorecido dijo:

—Es todo muy sencillo. El Maestro quería mostrar que os sentís fácilmente impresionados por trivialidades, de modo que me susurró. Vosotros decidisteis que esto era un signo de favor, y comenzasteis a tratarme bien.

—Pero, ¿qué hay de la conversación críptica?

—No tiene nada que ver con vosotros. Yo gano diez monedas de plata. «Gasto cinco» en la educación de mi hijo.

—Pero los «treinta y dos» seguramente deben ser gente de importancia o mérito espiritual.

—Los treinta y dos son mis dientes. Aún tengo veintinueve, de modo que se puede decir que están «aún en casa», en mi boca.

—Ah —dijeron los discípulos—, está tratando de despistarnos, porque la clave está probablemente en la cuestión que no hemos preguntado, ésa será la que tiene verdadero significado interior.

Entonces le preguntaron al discípulo:

—¿Qué es lo que el Maestro quiso decir cuando te preguntó si podías atrapar ojos saltones?

—Dadme una moneda de oro y os lo diré.

Tan pronto como tuvo la moneda, respondió:

—Ésta fue una demostración de que se pueden atrapar ojos saltones: los ojos son los vuestros, haciéndose grandes por avaricia: son atrapados por la curiosidad estimulante, porque en todas las mentes triviales se manifiesta la curiosidad.

—¿Qué es lo que deberíamos aprender, entonces?
—exclamaron angustiosamente.

—La enseñanza es: la codicia, tanto en cosas materiales como espirituales, guía al placer en trivialidades. Esto os impide que alcancéis un entendimiento superior y bloquea vuestro progreso. Y esto sólo puede resolverse mediante una demostración de cuán triviales son realmente vuestros pensamientos.

Autoobsesionado

Un hombre fue al lugar de residencia de un derviche y le dijo:

—Quiero discutir mi problema contigo.

—Y yo —dijo el derviche— no lo quiero discutir.

El hombre estaba molesto.

—¿Cómo puedes decidir eso, cuando no conoces mi problema?

El derviche sonrió.

—¿Por qué deberías traerme un problema si no sé nada acerca de él, y no tengo mayores percepciones que otros?

Ante esto el visitante se quedó confuso y ansioso:

—Dime cuál es mi problema, y entonces esto me vencerá.

—¡Oh ser humano! —dijo el derviche—, estás casi completamente al revés. Si muestro que conozco lo que hay en tu mente, desviaré tu atención hacia «los milagros», y fallaré en mi deber de Servicio, así como contra la actuación teatral.

—Bien, entonces —dijo el hombre—, dame tan sólo la solución al problema, cumpliendo de este modo los requisitos de Servicio.

El Buscador de la Verdad

—Eso ya lo he hecho —dijo el derviche.

—Pero no puedo comprenderte en modo alguno —dijo el visitante—. No soy consciente de que me hayas dado ninguna solución.

—Entonces, toma tu camino y busca la respuesta en otro lugar.

Durante varios meses después de esto, el hombre viajó y habló con mucha gente, describiendo su encuentro con el derviche.

Un día se dio cuenta de que su problema había sido el estar centrado en sí mismo, y que el derviche había estado indicándoselo. Éste era su verdadero problema, no el que había imaginado que era. Poco después, en una ciudad distante del primer encuentro, vio al derviche de nuevo. Le dijo:

—Ahora me doy cuenta de la sabiduría de tus palabras, y quiero recompensarte por el servicio que me hiciste.

—Ya me has recompensado —dijo el derviche— porque al contarles a todos nuestra conversación has estado ayudando a enseñar, aunque no desearas hacerlo, contigo mismo como la ilustración viva de la ignorancia y la perplejidad, como un hombre con una flecha clavada en su cabeza que todos, excepto él, pueden ver, y con un dolor de cabeza que únicamente él atribuye a las dificultades de manejar pensamientos profundos.

»Éste fue tu Servicio. Pero, aunque aparentemente estabas tratando de servirte a ti mismo, en realidad estabas sirviendo a la sabiduría, como te he indicado. En consecuencia, la sabiduría se ha manifestado parcialmente, capacitándote para verte a ti mismo un poco mejor.

»Sin embargo, no sólo has servido a la sabiduría, sino también a la autoobsesión, no a ti mismo. De hecho, cual-

quiera puede hacerte servir a otra persona o cosa, por el simple método de convencerte de que te estás sirviendo a ti mismo si actúas de un modo que de hecho está planteado para servir algún otro propósito. ¿Quién se beneficia de tal transacción?

Punto de vista alternativo

Cierto Sufí accedió a tomar a una persona ordinaria en un viaje para ver la vida y la muerte desde otro punto de vista.

Llegaron a la tumba de un hombre santo alrededor de la cual la gente caminaba y oraba. El hombre ordinario dijo:

—Mira cómo la memoria de ese hombre es bendecida por estas multitudes, que rodean su lugar de descanso día y noche.

—La realidad —dijo el Sufí— es que ese santo es reverenciado porque gastó todo su tiempo con la gente, de modo que no hicieron nada en este mundo, y les permitió que se agrupasen a su alrededor y le hiciesen preguntas, hasta que murió de fatiga, desperdiciando su posible utilidad de otros modos y en otros lugares del mundo.

Tras esto llegaron al palacio de un hombre que era seguido constantemente por personas que entonaban sus alabanzas noche y día.

—Evitemos a este hombre —dijo el hombre ordinario—, porque tiene que haber algo desagradable acerca de él, ya que permite que la gente se comporte de este modo repugnante.

—La realidad —dijo el Sufí— es que, debido a que los que son como tú lo evitan, está a merced de los idiotas

El Buscador de la Verdad

aduladores. Sería mucho mejor que descubrieses por ti mismo si realmente se complace con esta adulación, y si no es así, ayudarle, enseñando a esta gente que se está comportando de modo incorrecto.

Luego llegaron a un lugar donde un hombre estaba hablándole a una multitud, y ellos estaban escuchando muy atentamente.

—Qué reunión de gente tan disciplinada y valiosa —dijo el hombre ordinario—, seguramente aprenderíamos algo si nos uniésemos a ellos.

—La realidad es —dijo el Sufí— que esta gente ha formado tal hábito de escuchar que no puede pensar o actuar. Sería mejor si les ayudásemos a pensar y actuar al mismo tiempo que escuchan, y no convertirnos simplemente en oyentes nosotros mismos.

El hombre ordinario le dijo al Sufí:

—Pero si no se puede juzgar por lo exterior ni por los sentimientos interiores de uno mismo, ¿qué es lo que se debe hacer en ausencia de un hombre de percepción que nos diga qué hacer?

—Yo no he dicho que no se pueda juzgar por lo exterior en absoluto —dijo el Sufí—. Pero imaginar que todo lo que parece lo mismo es lo mismo no es una base para aprender. Se puede confiar en lo externo o no. El Maestro puede ayudarte a alcanzar el entendimiento que interprete lo externo al mismo tiempo que perciba lo interno. Mientras busques información a través de exterioridades, no estás buscando la comprensión. Si quieres cerezas, ¿por qué buscas diamantes?

Disfraz

Un estudiante viajó a un lejano país. Un día fue invitado a la casa de un hombre rico; y se asombró y alarmó al encontrar, entre los consentidos invitados, a su propio Maestro Sufí, vestido como el líder de un culto. Tan pronto como pudo hablar con él privadamente, el estudiante dijo:

—Honorable Señor, ¿qué le ha ocurrido? Este pelo enmarañado, estas campanas y recitaciones, esta vestidura grotesca... fue usted quien nos enseñó a rehuir tales cosas como una plaga.

—Silencio —dijo el Sufí—, porque no es «lo que me ha ocurrido a mí», sino ¿qué les ha ocurrido a estas gentes entre las que estoy trabajando? ¿No ves que si creyesen que no soy un fraude nunca me habrían admitido en su compañía? Me di cuenta de que me dejarían venir aquí si podían reírse de mí. Ahora está en mi mano el usar esta ventaja para ayudarles a comprender.

Seguidor

Un hombre se dirigió a un Sufí y dijo:

—Deseo convertirme en tu seguidor.

El Sufí preguntó:

—¿Te convertirías en el seguidor de un perro?

—No —dijo el hombre.

—Entonces no puedes seguir nuestro Sendero, porque yo mismo soy el seguidor de un perro, y deberías considerar a mi Maestro como superior a mí.

El aspirante a discípulo preguntó:

—¿Cómo puedes ser el seguidor de un perro?

El Buscador de la Verdad

—Porque una vez vi a un perro tratar amablemente a otro que se había rendido a él.

El visitante dijo:

—Pero tú tienes un sistema regular de enseñanza, un centro de estudios, gente yendo y viniendo, y tratándote con el mayor respeto. Has alcanzado un estado superior al de observar cómo se comportan los perros.

—Tú estás describiendo lo que quieres —dijo el Maestro—. Quieres entrar en una enseñanza con rituales regulares, con gente que muestra respeto, con un centro de estudios visible. No buscas ser un Sufí, buscas pertenecer a tal comunidad. No es lo mismo.

—Pero si he sido atraído por tu forma exterior, seguramente es culpa tuya, por consentir en presentarte al mundo de este modo —dijo el otro hombre.

—Lo que el mundo hace de ello es una cosa, lo que el discípulo entiende mediante ello es otra —dijo el Sufí—. Si estás buscando un ritual, una comunidad, música, trabajo, servicio, etc., como tú entiendes estas cosas, estarás en gran necesidad de aquellos que pueden enseñarte a través de otros métodos. El gratificar tus requerimientos externos no es Sufismo, aunque todos en el mundo puedan creerlo.

El ignorante

Se le preguntó a cierto Sufí:

—¿Por qué toleras preguntas desaconsejables?

Él sonrió y dijo:

—Para ganar para nosotros las ventajas de observar indagaciones tales como la que tú acabas de hacer.

Otro Sufí presente recitó:

—Sin la noche, ¿quién conocería el día? Melocotones amargos son desdeñados, sin embargo son ellos los que ayudan a aceptar los dulces.

»El niño se encariña con nosotros mediante equivocaciones, y nos da una clave para lo que deberíamos hacer, tanto como podamos admirar un prodigio.

1001 días

Un aspirante a discípulo visitó la casa de un Maestro Sufí.

Se le dijo:

—Tienes que tratar de contestar a una pregunta. Si lo consigues, él te aceptará para la enseñanza dentro de tres años.

La pregunta se hizo, y el Buscador trabajó en ella hasta que tuvo la respuesta.

El representante del Maestro tomó su respuesta para el Maestro, y volvió con el mensaje:

—Tu respuesta es correcta. Ahora puedes alejarte por el período de 1001 días, después de los cuales te será permitido volver aquí para recibir la Enseñanza.

El aspirante estaba deleitado. Cuando le hubo dado las gracias al otro hombre, preguntó:

—¿Qué habría ocurrido si hubiese fallado en dar la respuesta correcta?

—Oh, en ese caso habrías sido admitido inmediatamente.

Encuentro clásico

El tipo de encuentro clásico, familiar para los lectores de la gran literatura Sufí del pasado, aún continúa produciéndose en todo el mundo.

Su valor tanto para los participantes, como para los observadores y para aquellos que leen o se interesan por oír hablar acerca de ellos, continúa también del mismo modo...

Estaba yo una vez hablando con un famoso teólogo de Bagdad y toqué el tema de los derviches y sus costumbres. Sin tomarse la molestia de preguntar si yo quería una arenga o no, se lanzó a una tremenda disertación. Ellos eran fraudulentos, impostores y autoengañados. Querían que la gente les siguiese y alcanzar una suntuosa posición sin hacer nada más que exhibirse. Sus misterios y los así llamados procesos psicológicos eran tonterías, y estaban en oposición al Islam en todo caso. El único trabajo bueno conectado con este repulsivo culto era el de algunos inteligentes y sacrificados musulmanes que pretendían ser Sufíes, y conducían a la gente atraída por ellos de retorno a la salvación en el Islam...

No sólo los Sufíes eran horrorosos, sino que me llevaría en ese mismo instante a un lugar donde estos locos irreligiosos estaban reunidos, y me demostraría su charlatanería sin ningún miedo a la contradicción, como un servicio a la verdad.

Lo seguí a través de las calles hasta una casa donde, al llamar, la puerta se abrió, y un joven nos condujo al patio de atrás, ante la presencia de un grupo de personas de aspecto normal que estaban sentadas, en el frescor del atardecer, alrededor del borde de un plácido estanque de agua. Se levantaron educadamente cuando el enfadado

teólogo se les aproximó, y le indicaron que se acomodase con murmullos de bienvenida.

Mi compañero no se impresionó. Comenzó a gritar:

—¡Fuera con la hipocresía, la vanidad y la avaricia!
—en voz muy alta, alarmando a una bandada de palomas blancas que levantaron el vuelo y dieron vueltas en derredor.

—¡Fuera con la hipocresía, la vanidad y la avaricia!
—comenzó a sonar como una letanía, mientras él repetía la fórmula una vez y otra, saltando y apuntando con su cara y luego con su dedo índice extendido a los rostros de los derviches.

Al principio no dijeron nada. Luego me di cuenta de que ellos también estaban repitiendo el canto «¡Fuera con la hipocresía, la vanidad y la avaricia!».

Este nuevo acontecimiento enfureció tanto al supuesto hombre de Dios que dio un grito salvaje, golpeó la palma de su mano contra su frente, y dejándome sentado allí salió apresuradamente del patio. Escuché sus gritos procedentes de la calle, más allá de la tapia del jardín, haciendo eco en la distancia.

Las figuras sentadas continuaron repitiendo las palabras de su crítico algunas veces más, en tono cada vez más bajo, hasta que el sonido se desvaneció.

Pregunté a su líder, sentado en una piel de cordero en el centro del grupo, por qué repetían el grito de un detractor.

Él dijo:

—El hombre que vino aquí es un teólogo y doctor de la Ley bien conocido y altamente respetado. Muchas de las cosas que dice, aunque sean sólo citas y no reflejo de su propio estado, son amonestaciones valiosas y adecuadas. Todos somos conscientes de que es necesario desprender-

El Buscador de la Verdad

se de la hipocresía, la vanidad y la avaricia; y por supuesto estamos agradecidos a aquellos que nos lo recuerdan, de modo que nosotros también nos podamos concentrar en esta necesidad por un espacio de tiempo.

»De modo que adoptamos el buen consejo de este hombre, para reflexionar sobre el tema que nos ha traído. Sin duda nos será “beneficioso”.

—Pero —comenté yo—, ya que él piensa que vosotros sois los hipócritas y los descreídos que hay que combatir, y ya que no imaginaría que estáis aceptando la lección, y ya que ha considerado vuestra repetición como una provocación, ¿qué bien le ha hecho a él todo esto?

Uno de los otros Sufíes levantó la cabeza.

—Si estaba tratando de hacer el bien, no debería haber buscado ninguna ventaja en ello. Verdadero bien es sólo aquel que se hace sin expectativa de premio o sin temor al castigo si no se realiza. Pero si realmente no has observado qué ventaja obtuvo este teólogo, te lo diré. Ganó la satisfacción de convencernos imaginariamente de que éramos malos e inasequibles a la Verdad. Esto, en su propia mente, le hizo por el momento sentir que de algún modo él era bueno. Y ya que ordinariamente está en gran duda acerca de ello, tiene que buscar pruebas y provocar incidentes que sostengan su vacilante fe.

Los marcos de las puertas

Narrado por Nurjan Alibay.

—Estaba yo bajando la escalera de un colegio cargado con un montón de marcos de puerta, entre el segundo y el tercer piso. Un hombre bien vestido, sentado en una de

las salas que daban al corredor, me llamó, y fui a la sala a ver qué quería.

—Llévate estas cosas de aquí al momento —me dijo.

Le contesté que eso era exactamente lo que estaba haciendo.

—Pero —dije— creo que tienen su importancia; vea lo bien que están hechos y cómo encajan uno con el otro al transportarlos; y qué ligeros son. Debe de haber una docena.

Los admiraba porque los había hecho el gran Maestro Masoumi. Yo conocía su trabajo, los había encontrado en el colegio, me di cuenta de que no estaban permitidos allí, y los estaba llevando a un lugar seguro. Tenía la intención de informarle de que estaban en mi poder, para evitar que fuese criticado, porque sabía que Masoumi era distraído.

El otro hombre dijo:

—¿Cómo puedes estar usando palabras dulces acerca de trivialidades, hombre insignificante?

Yo dije:

—Estos marcos de puerta los hizo Usted Masoumi.

Casi sin pausa, él respondió:

—¡El trabajo de Masoumi es tanto simbólico como funcional! ¡El que él deje tantas de sus obras aquí es una bendición para nosotros! Sabía que estuvo aquí la otra semana, pero pensé que estaba visitando a un colega nuestro. Pero... ¡pensar que estaba trabajando! ¡Y esos marcos, es cierto que se ajustarán a nuestras puertas! ¡Qué madera tan maravillosa y ligera! Es mejor que los tomes de regreso a los pisos de arriba y los dejes allí. Por supuesto que podemos hacer una excepción en el caso de Hadrat Masoumi.

La siguiente vez que vi a Masoumi, le dije:

El Buscador de la Verdad

—¡Tu inmortalidad está garantizada en la tierra! Valoran tus marcos más que sus almas.

Masoumi dijo:

—Nurjan, sabes que fue tu difunto padre —la misericordia sea con él— quién colocó este manto sobre mis hombros, para que se me aceptase como su sucesor en la Enseñanza. Cuando lo hizo, dijo: «Dale este manto a mi hijo Nurjan cuando él tenga que sucederte. Ese día será cuando la gente piense que tus marcos son mejores que su compañía».

Más tarde descubrí que los marcos ni tan siquiera habían sido hechos por Masoumi. Pero desde ese día, con la recomendación de Masoumi, me convertí en un respetado Maestro.

Deseando ser sabio

A menudo la gente confunde a los derviches, que están caminando por el Sendero Sufí, con los Sufíes, que ya lo han recorrido.

Hay un cuento, narrado por un derviche, que ayuda a fijar esta distinción en la mente.

»Había una vez un joven, narró el derviche, que buscó a un derviche y le preguntó: “Deseo ser sabio, ¿cómo puedo alcanzar mi deseo?”

»El Derviche lanzó un gran suspiro y respondió:

—Había una vez un joven como tú. Deseaba ser sabio, y este deseo era muy poderoso.

»De repente, un día se encontró sentado, como yo lo estoy, con un joven como tú sentado frente a él, preguntando: “¿Cómo puedo ser sabio?”.

Atado de pies y manos

Un discípulo preguntó a un Maestro Sufí:

—Se dice que «el Mundo es engaño», y al mismo tiempo que «las cosas del mundo ayudan en el camino hacia otro Mundo». ¿Cómo puede el engaño ayudar en el camino del bien?

El Sufí respiró profundamente y respondió:

—Moscas inofensivas con bandas te recuerdan la picadura de la avispa, y eso ayuda a la mosca. ¿Es eso engaño? Cuando el depredador ve las manchas en las alas de las mariposas imagina que son los ojos de un tigre mirándolo, y huye: ¿es eso engaño? Algunas veces, ciertamente, no hay otro medio de tratar con los hombres que el parecer ser algo que les hará actuar de cierto modo, para su propio beneficio.

—Si sólo pudiese tener un ejemplo de eso —dijo el discípulo.

—Lo tendrás —respondió el Sufí—. ¿Acaso no has escuchado la verdadera historia de un gran sabio de tiempos pasados?

El rey y el doctor

Él era un doctor, y el rey de cierto país le llamó para que tratase su enfermedad. El sabio rehusó. Entonces el rey ordenó a los soldados que aprehendiesen al doctor y lo llevasen a su presencia.

Cuando estuvieron cara a cara, el rey dijo:

—Te he traído aquí, atado de pies y manos, para que me cures, porque sufro una inexplicable parálisis. Si me curas, te recompensaré, si no, haré que te corten la cabeza.

El Buscador de la Verdad

El doctor dijo:

—Trasladémonos juntos a una habitación de la que todas las otras personas sean excluidas.

Cuando estuvieron solos, el sabio sacó un cuchillo y dijo:

—Ahora me tomaré la revancha por tu insulto al haberme tratado con tal violencia —y avanzó hacia el rey.

Aterrorizado y sin saber qué hacer, el rey saltó y comenzó a correr alrededor de la sala, olvidándose de la parálisis en su ansiedad por escapar del Sufí.

Mientras llamaba a los guardias, el Sufí corrió hacia una ventana y escapó. El rey fue curado por el único método que podía dar resultado. Pero se sintió despechado con el Sufí durante muchos años.

Tal es la peculiaridad de los hombres que piensan que el «engaño» es siempre malo.

Valor de las parábolas

P: ¿Cuál es el valor de las parábolas en «aprendiendo cómo aprender»?

R: Esta debería decirle por sus propios medios cuál es su uso:

El hijo de mi padre

Había una vez un Sufí que fue abordado por un posible discípulo.

El Sufí le dijo:

—Si digo: «El hijo de mi padre no es mi hermano», ¿quién quiero decir?

El discípulo no lo pudo averiguar.

El Sufí le dijo:

— ¡Quiero decir yo, por supuesto! Ahora, regresa a tu aldea y olvídate de tus deseos de ser discípulo.

El hombre volvió a casa, y la gente le preguntó qué había aprendido.

Él dijo:

— Si digo: «El hijo de mi padre no es mi hermano», ¿quién quiero decir?

Los aldeanos a coro dijeron:

— ¡Tú!

— ¡Estáis equivocados! —contestó—, el hijo de mi padre es el Sufí de la aldea vecina; ¡él me lo dijo!

Atendiendo y desatendiendo

Dos discípulos estaban una vez hablando en una escuela Sufí.

Uno dijo:

— Yo moriré si nuestro Maestro persiste en ignorarme, como ha hecho durante los últimos diez años: porque vine aquí para aprender y siento que se me impide hacerlo.

El otro era igualmente enfático:

— Yo moriré sin duda alguna a menos que el Maestro me continúe alentando: porque cada vez que lo hace me doy cuenta de mi ignorancia más profundamente, y de este modo avanzo hacia la sabiduría.

Los restantes miembros de la comunidad discutieron animadamente cuál de ellos estaba en lo cierto, hasta que el Maestro apareció para la comida semanal.

Un miembro de la comunidad se sentó entre los dos y

El Buscador de la Verdad

levantó su mano para mostrar que tenía una petición que hacer.

—Procede —dijo el Maestro.

—Deseo pedirle que continúe ignorando a este hombre de mi izquierda hasta que muera y comience a ignorar a este otro de mi derecha, por la misma razón, de modo que el resto de nosotros pueda hacerse receptivo para sus deseos. De este modo espero que podamos aprender, así como vernos libres de la pesadez de la teatralidad de unos aficionados.

Disputa

Se cuenta que dos estudiantes del Camino Sufí estaban discutiendo acerca del hombre.

El primero dijo:

—El hombre llega a la Verdad a través del esfuerzo personal y la búsqueda, y comenzando con ignorancia, alcanza el conocimiento.

El segundo dijo:

—El hombre llega a la Verdad sólo a través de la guía de Maestros expertos.

Llegaron casi a las manos, y estaban lejos de resolver sus argumentos cuando un verdadero Sufí pasó por casualidad. Los dos decidieron referirle la cuestión.

—Pronúnciate en este asunto, por favor —le urgieron.

—Muy bien. ¿Acaso cada uno de vosotros ha visto dos perros disputando acerca de un hueso?

—Sí, lo hemos visto —dijeron.

—¿Y habéis visto alguna vez al hueso unirse a la disputa? Pensad en ello.

5. ANÉCDOTAS Y NARRACIONES

Relevante

P: Una de las visiones más impresionantes que he tenido fue la de una masa de gente en el lugar del entierro de un santo, con tal emoción que me sentí apresado por ella como si fuese una fuerza física. Usted dice que los Sufíes prohíben tales cosas. ¿Cómo puede negar la importancia de un hecho como éste?

R: Quizás no haya escuchado el cuento de Mulla Nasrudin, que puede considerarse una analogía de su experiencia y su pregunta.

En caso de que no lo haya escuchado, aquí está.

«Nasrudin estaba conduciendo a un amigo en su coche a una velocidad alarmante. De repente, vislumbrando una señal de carretera, el amigo exclamó:

— ¡Mulla, vamos en dirección contraria!

— ¿Por qué no piensas alguna vez en algo bueno? ¡Mira, por ejemplo, a la velocidad que vamos!»

Emoción y bebida

Se me pide que ilustre la diferencia entre el proceso de aprendizaje y su contenido emocionalmente estimulante.

El Buscador de la Verdad

Hay una historia de un Maestro que gastaba gran parte de su salario en bebidas alcohólicas.

Cuando eso se supo, los estudiantes le abandonaron diciendo: «A duras penas podemos comprender lo que dice».

Otro erudito amigo suyo le sugirió que, ya que ahora tenía tan pocos discípulos, debería abandonar la bebida.

El borracho respondió:

—Trabajo para obtener dinero para la bebida. ¡Ahora quieres que pare de beber de modo que pueda trabajar!

Ésta es una antigua parábola acerca de Maestros y estudiantes que «beben» porque usan la situación de enseñanza/aprendizaje para la estimulación del individuo y el grupo. Como el Maestro en el ejemplo, el aprendizaje se vuelve secundario ante su principal motivo, la excitación.

Ghalib y Qalib

No hace mucho tiempo estaba escuchando una entrevista por radio entre el representante en los Condados del Norte de una estación de radio y un emigrante ucraniano, en Gran Bretaña. El ucraniano, aunque había dejado su país en 1944, tenía un fuerte acento extranjero, pero yo podía comprender todo lo que decía. Pero la pronunciación del inglés norteno era tan regional que sólo con dificultades se podía seguir. Y sin embargo el ucraniano, que había vivido en el norte durante muchos años, comprendía claramente cada palabra del entrevistador.

El persa clásico proporciona el mismo tipo de contraste, especialmente donde hay un ingrediente regional. En una reciente discusión con un profesor iraní tuve la desagradable sorpresa de descubrir que no sólo pronunciaba

la letra *q* como *gh*, como hacen la mayoría de los persas modernos, sino que cuando cierta frase de Rumi fue recitada, confundió la palabra *qalib* (molde, forma) con *ghalib* (abrumador, conquistador). El resultado fue que la frase *Qalib az ma hast na ma az u*, que significa «La forma/modelo proviene de nosotros, nosotros no provenimos de ella», él imaginó que significaba: «El conquistador proviene de nosotros, nosotros no provenimos de él». Esto último puede significar algo, pero la mala traducción supuso que el profesor fuese incapaz de comprender, al escuchar la frase, que su significado era: «La mente no proviene de la materia, la materia proviene de la mente». Son este tipo de cosas las que a veces hacen que los orientalistas y otros creen que algunos poetas Sufíes no son Sufíes, sino eruditos sociales.

El problema regional se presentó de nuevo cuando expliqué que *Qalib* aquí significa «forma». El profesor no estaba aparentemente acostumbrado a este uso, ya que para él esta palabra significaba «molde». El persa clásico quizás use esta forma frecuentemente. Pero el persa khorasaní (donde el persa clásico se originó) aún entiende *Qalib* como molde, forma o modelo. No sólo Rumi procede de esta área (el moderno Afganistán) sino que su uso aún se comprendería allí. Es algo así como la frecuente declaración de que el mejor inglés se habla en Inverness, en Escocia. Lo que casi puede llamarse tribalismo surgió en mi amigo cuando me acusó de usar una ventaja injusta al conocer varios significados alternativos para palabras clásicas, ya que mis antecedentes lingüísticos provienen del aún vivo «lenguaje clásico» de Afganistán. Cuando dije que no lo había hecho a propósito, él tan sólo respondió: «No estoy convencido».

*Un principio de organización humana
virtualmente desconocido: paradoja de
los grupos de estudio*

La tradición afirma, y la experiencia verifica, uno de los factores menos conocidos y extraños acerca de los estudios de grupo.

Grupos de aprendizaje se reúnen alrededor de un individuo o doctrina, o ambos. Debido a que virtualmente todas las acciones humanas son motivadas por la codicia o el temor (látigo o zanahoria), éstas son las mayores fuentes de todos los grupos de estudio. Pero estas características negativas, aunque fueron las causantes de que el individuo encontrase, entrase y persistiese en el grupo, son una clara barrera para el aprendizaje. El nivel de codicia y temor, ya que estas emociones interfieren en el proceso de aprendizaje y «digestión», tiene que quedar reducido a una proporción tolerable. Es siempre difícil, y algunas veces imposible, conseguir este objetivo sin introducir gente nueva que tenga un promedio más bajo que el normal de estas dos características. Tal gente casi siempre se encuentra entre la población general, no particularmente interesada en el propósito «espiritual» del grupo al que su presencia puede contribuir. El único medio de atraerlos al grupo de modo que puedan cumplir su función es que sean contactados e interesados de un modo «humano» ordinario, cuya base no esté fundada en la codicia o temor.

Esto es una paradoja. Esto también, es una razón real para que la gente «magnetizada» por un grupo esotérico o espiritual establezca líneas de contacto con la población en general, en áreas y temas libres de las tendencias del grupo. El grado en que esto se pueda hacer determinará

el futuro del grupo y la interacción del comité «grupista» y los miembros de la población en general. Cada uno aporta algo que al otro le falta. A través de su interacción se puede formar una comunidad sana. Ninguno, en solitario, será capaz de moverse en su desarrollo hacia un organismo más avanzado.

Si unos miembros del grupo son incapaces de aceptar que su progreso depende de aquellos a quienes a menudo tienden a mirar como inferiores a la élite, se convertirán en un pequeño grupo sociológico, con su potencial altamente atenuado o incluso perdido. Si los miembros de la población en general (la otra categoría en este proceso ambivalente que se discute) miran con desdén a la gente con mentalidad de grupo, se incrementará su propio aislamiento y se deteriorará su potencial para mantener incluso su situación. La razón es que, como si se tratase de un proceso químico, la influencia ejercida en cada elemento al establecer contacto no puede quedar abolida por el fracaso en simpatizar o continuar en contacto.

El rechazo a aceptar que puede haber mérito, o incluso valor decisivo, en otros fuera de sus filas puede envenenar las posibilidades de aquellos que rechazan esta información. El fracaso en tomar con suficiente seriedad el valor inherente de un grupo espiritual (que se ha desprendido de los factores que lo agruparon en primer lugar, en favor del factor de unificación más profundo y real) tiene un efecto adverso similar en el «exterior» o en el espectador cínico.

Muchos grupos, ya que están demasiado enraizados en el egoísmo, la esperanza y el temor, y ya que casi nunca están organizados por especialistas, fracasan en alcanzar la etapa donde la transformación ya mencionada puede ocurrir, y producir el grupo que ahora podemos llamar un organismo de aprendizaje.

Cómo aprender lo que ya es conocido

Alguien dice: «Si las personas necesitan algo en el sentido del conocimiento, y si por alguna circunstancia no pueden aprovecharse de la enseñanza, ¿se las puede ayudar dándoles enseñanza indirecta? ¿O puede incluso ser éste el único modo de enseñar a tales personas?».

Ésta es una pregunta que hace alguien que ha leído todos mis libros.

La situación exacta, y su respuesta, está en *El Camino del Sufí*¹, en una cita de Al-Ghazzali.

¿Por qué, entonces, se formuló la pregunta?

Otra persona quiere saber si las creencias o experiencias pueden tener significados aparentemente diferentes de acuerdo con la diferente etapa psicológica o espiritual de uno, y si este hecho puede ser la causa de las aparentes contradicciones de la enseñanza metafísica.

Esta misma pregunta, incluso el hecho de que se ordene en dos partes y se encuentren en este orden, está entre los *Consejos de Bahaudin*, traducido por mí, y reproducido en *Pensadores del Oriente*²; sólo que se da en forma de respuesta, de afirmación.

El cuestionante ha leído ese libro. ¿Por qué, entonces, recibimos la pregunta?

El tercer cuestionante pregunta si los verdaderos Maestros místicos pueden ser «invisibles» para algunos, en el sentido de que tal gente no pueda darse cuenta de su valor. Se puede considerar que están involucrados en alguna otra actividad. Lo que están enseñando y sus métodos puede incluso que se piense que son actividad mundana.

1. *El Camino del Sufí*, p. 71, Ed. Paidós.

2. *Pensadores del Oriente*, p. 188 (Octavo Consejo).

Esta materia queda explicada, en casi los mismos términos, en el ejemplo de Charkhi y su tío, en mi *Sabiduría de los Idiotas*.*

Me he asegurado de que nuestro cuestionante ha leído en realidad ese libro. Entonces, ¿cómo es que la declaración se vuelve pregunta?

Esto señala hacia cierta característica común de gran parte del comportamiento humano. La gente escucha, lee, experimenta cosas (como estos fragmentos de información), y no los digieren. En consecuencia, como en ciertas condiciones de la indigestión física, el material sale a la superficie de nuevo. Lo que la mente de estas tres personas está realmente diciendo al repetir esta información en una especie de sueño despierto es: «No has prestado atención a esta información... mírala». Pero se lo está diciendo a la misma persona, a él, o a ella; no a mí. Debido, sin embargo, al fallo de no volver a la literatura para encontrar respuestas a las preguntas, y aplacar estos fantasmas de ideas, esta gente sucumbe a la compulsión de plantearles la pregunta a otros.

Se puede observar este comportamiento en los niños: cuando hacen preguntas que podrían responder ellos mismos con un poco de reflexión. En el adulto es un síntoma de que alguien no se está tomando la molestia de tratar de pensar por sí mismo. En el proceso, por supuesto, de hecho está usando a la persona a quien pregunta como un sustituto de su propia tarea. La experiencia muestra (ésta es la razón por la cual pongo tanto énfasis en ello) que la gente que no se ha tomado la molestia de absorber información de fuentes accesibles, y que en vez de eso continúa haciendo preguntas a otros, no se benefician de las

* *Sabiduría de los Idiotas*, p. 57-58; «Charkhi y su tío».

El Buscador de la Verdad

respuestas. La razón es que el esfuerzo de buscar la respuesta y registrarla es parte del proceso de aprendizaje. Pedir una respuesta, y el obtenerla demasiado fácilmente, casi siempre resulta en que este individuo falle de nuevo al digerir el material.

Si alguien te hace una pregunta, y le ayudas a que la encuentre por sí mismo, o si es un estudiante y lo envías a un diccionario o fuente de investigación, lo haces porque sabes que este principio es correcto, no porque estés har-to de decirle cosas. Al contribuir a su propio esfuerzo inteligente, él aprende.

Pobre asno

P: He oído hablar de gente que ha estado durante un tiempo con Sufíes y no ha hecho ningún progreso con ellos. Dejando a los Sufíes, se han asociado con otros Maestros espirituales, donde han encontrado felicidad. ¿Qué significa esto?

R: Hemos oído hablar... ¡Que frecuentemente he oído eso!

»Muy bien: ¿ha escuchado acaso un cuento de Rumi, que describe una situación tal como la que menciona?

»Había una vez un pobre asno, que vivía con un hombre humilde y trabajaba para él. El asno estaba pobremente alimentado, pero estaba vivo. Un día el jefe de los establos del rey se apenó del pobre asno, e hizo que se lo llevasen para su cuidado durante un tiempo, de modo que pudiese ser alimentado y cuidado junto con los caballos reales.

»El pobre asno no podía evitar el contrastar su miserable estado con la espléndida condición de los nobles caba-

llos árabes del Sultán. Invocó a Dios, preguntando por qué había tal diferencia en sus respectivos estados.

»No mucho después, sin embargo, vino una guerra. Los caballos árabes fueron sacados del establo, y retornaron terriblemente mutilados, con flechas clavadas y cubiertos con vendajes. Algunos nunca volvieron.

»Este espectáculo, por supuesto, fue la respuesta a la pregunta del asno.

»Usted no puede juzgar nada sin tener en cuenta el contexto en el que ocurrió.

¿Clavo o tornillo?

Continuamente llega gente diciendo que ha estudiado esto y lo otro, y que no le ha satisfecho. Trabajaron con tal persona, pero resultó ser inadecuada —o murió—, y se enrolaron en algo diferente. Así pensaron y probaron, y (finalmente, por supuesto, aunque no sé cómo con tal historial esperan que nadie les crea) han llegado a mi puerta.

Consideran que todas estas pruebas y tribulaciones, todos estos problemas y falsos comienzos, forman un todo más o menos coherente: todos se estaban dirigiendo hacia lo mismo. Bueno, puede que sea cierto. De todos modos es bastante asombroso (si no están racionalizando su ineficiencia e inhabilidad para aprender) que algo les haya guiado de tal modo que no admitan que ni siquiera tomaron una sola decisión errónea. Algunos de ellos se han visto severamente dañados por sus experiencias.

Por lo que respecta a los otros, parece que nadie les haya contado el viejo chiste:

«Hay un modo de descubrir si necesitas un clavo o un

El Buscador de la Verdad

tornillo en una tabla. Clava el clavo; si parte la madera, ¡necesitas un tornillo!»

Viejas chismosas

Dos eruditos estaban hablando. Uno dijo:

—¿Conoces a ese Sufí que vive en la otra ciudad? Mi opinión es que no nos visita porque teme que nuestras mentes superiores refuten sus vanidades.

El otro dijo:

—Puede que así sea, pero no puedo evitar el pensar que de hecho vendrá aquí, porque tratará de engañarnos, y así ganar más adeptos.

Decidieron visitarle por curiosidad, de modo que a la semana siguiente asistieron a sus reuniones nocturnas. El Sufí, sin embargo, había sido advertido acerca de su conversación.

Cuando los dos eruditos entraron, el Sufí les dijo:

—Me alegra que hayáis venido a verme, porque quizás seáis capaces de ayudarme con un problema que ha estado ocupando mi mente.

—¿Y cuál es? —preguntaron.

—Bien —dijo el Sufí—, he estado dándole vueltas a la cuestión de la viuda que vive en la otra calle. Ella no se deja ver, y puede ser que tema que su vista nos haga darnos cuenta de que está tratando de atraer nuestra atención. Por otra parte, y éste es mi problema, no puedo estar seguro de que su ausencia no esté calculada para incrementar nuestra curiosidad, y que ahora esté planeando el emerger para hacernos hablar de ella.

—¿Qué desagradable chismorreó es éste? —balbuceó el primer erudito, mientras su compañero quedaba demasiado sorprendido para hacer comentario alguno.

—No puedo ver por qué tomáis mis preocupaciones tan mal —dijo el Sufí—, porque están específicamente planteadas para ajustarse a vuestra mentalidad de viejas chismosas.

Capacidad de conocimiento de la audiencia

Predicadores deshonestos o autoengañados, propagandistas y Maestros dependen para su éxito de la relativa ignorancia de sus audiencias.

Nuestro mayor problema, sin embargo, es la relativa «capacidad de conocimiento» de la audiencia; ya que conocen algunas cosas, selectivamente enseñadas, están forzados a juzgarnos por esas cosas.

De modo que tenemos que enseñar hechos básicos, información, posibles puntos de vista, sin que seamos capaces de darlos como garantizados, debido a que son tan escasos.

Algunas veces me siento como un mecánico a quien el dueño de un vehículo le dice: «Quiero que haga funcionar este coche», y tengo que cargar con la desagradable tarea de decirle: «Su problema es que tiene que aprender a conducir».

¿Cómo son ellos?

Cierto rey estaba confundido por el aumento en número y variedad de derviches en su reino. Llamó a su Consejo de Ministros y los envió, convenientemente disfrazados, a que viviesen entre la gente de filosofía Sufí, para que los estudiasen e informasen acerca de ellos.

El Buscador de la Verdad

Sus instrucciones eran: «Descubrid cómo es esta gente».

Disfrazados como clérigos, soldados, frailes, comerciantes, estudiantes y granjeros, los miembros del Consejo de Ministros (y una multitud de sus agentes) estuvieron investigando cinco años.

Cada uno informó separadamente, por escrito, directamente al rey.

Cuando abrió las cartas, encontró que cada una de ellas contenía las palabras: «Usted pregunta cómo es esta gente. Tengo que informar que son como ninguna otra persona o cosa en este mundo».

Muestras

La gente no sólo tiende a estimar cosas poco familiares con referencia a su propia experiencia, sino también con referencia a partes de su experiencia que imaginan que deben ser relevantes para el caso. Obran así porque quieren ganar algo, no porque quieran aprender algo.

Éste, ciertamente, es el mejor método para evaluar a estas gentes. ¿Quieren coger, o quieren conocer?

Esto queda ilustrado en la anécdota del Sufí que fue abordado por un hombre de negocios, que quería que se le mostrasen milagros.

—Yo soy un comerciante —dijo—. Y, por supuesto, si voy a aceptar algo, quiero ver una muestra primero. ¿Por qué no me muestras uno de tus milagros?

El Sufí dijo:

—No es posible poner con exactitud lo que estamos haciendo en términos comerciales, pero podemos aproximarnos a tus ideas y aun mostrarte que eres codicioso, no estudioso.

—Lo nuestro, en tu lenguaje, es un «negocio no mercantil». Esto significa que puedes tener referencias que atestiguan la veracidad de nuestro servicio, pero no muestras.

El camino al Khorasán

Hubo un tiempo en el Oriente Medio en el cual los descendientes del profeta eran perseguidos como animales salvajes, sospechosos de traición, eran capturados y ejecutados, sin más razón que su linaje.

Se cuenta la historia de un familiar nuestro de esa época que era un Sufí de alta reputación, y un hombre cuyo honor era respetado en todas partes. Desafortunadamente, por supuesto, sus orígenes eran tales como para atraer el odio y la oposición activa de las autoridades de la época.

Decidió que no iba a esconderse, y que no era apropiado huir, por ser contrario a las costumbres de los derviches. De modo que se presentó ante la corte del Califa.

El Califa al principio quedó sorprendido ante tan dócil rendición; pero al final firmó la orden de ejecución, que entregó al capitán de la guardia, diciendo:

—Vosotros, Seyeds, sois un curioso grupo, pero si buscas el martirio, estoy satisfecho en concedértelo.

El Seyed dijo:

—Me he rendido por mi propia voluntad, ahorrando de este modo a tus hombres el esfuerzo de buscarme. ¿Me permitirás, a cambio de ello, el presentarme por mí mismo ante el ejecutor?

El Califa lo despidió, acompañado de un par de fornidos guardianes. El grupo se dirigió al gran *caravanserai* al

El Buscador de la Verdad

descubierto, donde el verdugo público estaba sentado con sus ayudantes alrededor de un inmenso fuego.

El Seyed dijo a los guardias:

—Ahora dejad que me presente por mí mismo ante el verdugo, porque no es apropiado que un hombre de mi rango, que se ha rendido por propia voluntad, deba ser tratado sin dignidad en un momento como éste.

Los guardias estuvieron de acuerdo, y esperaron hasta que vieron que el Seyed se presentaba ante el ejecutor. Entonces se retiraron.

El ejecutor, reconociendo a su cautivo, dijo:

—De modo que tengo un cliente esta noche, por orden del Califa.

El Seyed tiró su orden de ejecución al fuego sin mostrarla al otro hombre. Luego exclamó:

—He venido por mi propia voluntad, como ves, sin escolta. Y he estado ante el Califa. Y he tirado la orden al fuego. ¡Me puedo haber rendido, pero rehúso ser exiliado al Khorasán!

—¡Tú no puedes rehusar nada! —rugió el Verdugo—. ¡No fallaré en cumplir el deseo de mi amo!

Y en vez de ejecutar al Seyed, lo entregó a los establos Reales para que le fuesen dados caballos y una escolta. Por el sistema de relevo de animales y guardias más rápido posible fue llevado desde la tierra de los árabes, en los bordes más lejanos del Khorasán, moderno Afganistan, donde fue abandonado a su exilio.

Servicio

En la corte del Khan de Paghman un noble le preguntó a un hombre humilde (a quien envidiaba porque el Khan lo había honrado):

—¿Es acaso tradicional en vuestra familia el servir a soberanos ilustres, o eres tú el primero de tu línea en gozar de esta distinción?

El hombre replicó:

—Mis antepasados eran hombres de honor; ellos no tenían aspiraciones tan bajas como el desear la compañía de monarcas.

El noble insistió:

—Nuestros Khans son Sharifs (descendientes del Profeta) y Sufíes. ¿Acaso vuestra gente no se siente honrada, como nosotros nos sentimos, por la mera oportunidad de servir a los elegidos?

El hombre humilde dijo:

—Nuestra familia no ha tenido hasta ahora tan altas aspiraciones. Yo soy el primero de mi línea que tiene la temeridad de aspirar a servir a tal gente.

Tan rico como tú...

Uno de los Nababs de Sardhana del siglo diecinueve estaba enseñando sus caballos a un visitante, cuando el hombre dijo:

—¡Ojalá fuese tan rico como tú!

Aunque era un extranjero, y por lo tanto no era consciente del código de los Seyeds, el Nabab, cuando partió, le hizo regalos que representaban su entera fortuna. Tu vieron que pasar años antes de que la hacienda fuese capaz de recobrase de este solo acto de generosidad.

Alguien le dijo al Nabab:

—¿Por qué tuviste que llevar a cabo tan temeraria acción?

Él dijo:

El Buscador de la Verdad

—El ser falso a mis tradiciones habría sido imposible: Alguien me preguntó hoy por qué nos molestamos en tratar de impartir enseñanza Sufí a los indignos. Y es porque ellos nos lo piden. ¿Conoces la historia de nuestro ilustre antepasado, Alí, el yerno del profeta?

»En batalla, Alí hizo pedazos la espada de un guerrero enemigo, que se quedó impotente, esperando ser abatido, pero al mismo tiempo gritando en su furia:

—¡Dame tu espada y te destruiré!

Alí le dio su propia espada, quedándose él mismo sin ningún medio de defensa. Su enemigo, cuando se hubo recuperado de su sorpresa, preguntó:

—¿Cómo puedes dar tu única espada, en medio de una batalla, al hombre que te odia y está tratando de destruirte?

»Alí dijo:

—Forma parte de la tradición familiar que nadie nos pida nada en vano.

Sólo conocemos esta historia hoy porque el mismo hombre rehusó matar a un hombre como Alí.

Una palabra puede ser una de las tres cosas...

Uno de mis más preciados recuerdos es cuando traduje al persa una copla de Hafiz. Había sido citada en inglés por un distinguido juez británico, a quien un asociado y yo estábamos consultando acerca de algo. El juez dijo:

—Estas líneas siempre me han impresionado por su claridad. Trasládelas al persa de nuevo para su amigo.

El Sufí afgano que acababa de llegar a Inglaterra quedó bastante asombrado.

—¿Dices que este hombre es un juez? —me preguntó.

Dije que así era, y que también había enseñado derecho.

—Pregúntale si hay algo más en esas líneas aparte de los sentimientos que admira —dijo el fascinado Sufí.

—No, no había más —dijo el jurista.

El Sufí citó entonces un cuento de Rumi:

—Una palabra —le dijo un gramático a un derviche— puede ser sólo una cosa entre tres.

El derviche comenzó inmediatamente a aullar y desgarrar sus vestiduras. Cuando se hubo calmado un poco, exclamó:

—¡Y pensar que siempre había tenido la esperanza de que pudiese haber algo más que eso!»

Su Señoría, tan pronto como la historia finalizó, pareció algo inquieto.

—¿Quién dijo usted que era Su Excelencia?

—Maestro de la Casa Real Afgana de la Moneda, en Kabul —le dije.

—Oh, ya veo... Uno de esos complicados clientes.

Croador

P: Si, como usted dice, los rituales son ejercicios fosilizados, y la literatura o las prácticas sobreviven a su utilidad, ¿cómo explicar que se mantengan tenazmente para tanta gente? Seguramente deben de cumplir una función valiosa...

R: Que la gente quiera algo, no significa que sea bueno para ellos o incluso que esté cumpliendo una función de hecho útil o irremplazable.

»Hay una historia acerca de esta cuestión que ha probado ser un remedio muy bueno contra el intento de extraer algo útil de algo inútil, o incluso dañino.

El Buscador de la Verdad

»Había una vez un habitante de la ciudad que fue a un tenderete de comida a comprar un bocadillo de pan con berro, que vendía un campesino. Cuando iba a poner el pan en su boca, una rana saltó del pan y se acuclilló en el suelo. El habitante de la ciudad, que nunca había visto una rana con anterioridad, se agachó y la cogió. La rana croó: «Ghar-ghar».

—Con Ghar o sin ghar —dijo el individuo— tú vuelves dentro del pan. Pagué buen dinero por ti, ¿sabes?

Abundancia de satisfacciones

P: ¿Qué hay de malo en seguir uno —o incluso varios— de los Senderos espirituales que son tan abundantemente accesibles y que ofrecen tal riqueza de satisfacciones, como sabemos por experiencia propia?

R: Riqueza y abundancia, los términos que Ud. usa, constituyen una buena introducción a la parábola que respondo a su pregunta:

»Había una vez un tacaño que ponía todo su dinero, tan pronto como lo recibía en su tienda, en una cavidad entre la pared de su casa y la de su vecino, moneda a moneda, a través de un pequeño agujero que había hecho para este propósito.

»Esta práctica incrementó aún más su avaricia, y codició incluso mayores satisfacciones, hasta que no sólo no gastaba nada sino que además ideó el visitar a su vecino a la hora de comer, de modo que podía comer sin costo para él.

»Yo estoy, después de todo, se dijo a sí mismo, pagándole con mi compañía; y de todos modos, a él le gusta ser caritativo y alimentar a quienquiera que esté en su casa cuando se sirven las comidas.

»Llegó el momento en que incluso vendió su negocio, y puso todas las ganancias en la pared, derivando gran placer de la hospitalidad sin fin de su generoso amigo.

»Cuando, después de muchos años, su vecino murió, el avaro derribó la pared para tomar el tesoro, y se encontró con que el vecino lo había robado: el avaro había estado comiendo de su propio dinero...

»De modo que pregúntese si la “riqueza de satisfacciones” que Ud. puede obtener de un Sendero espiritual (o de cualquier otra fuente de estímulo) es de algún modo similar a la del avaro.

Cuanto más mejor

P: Los Maestros Sufíes dicen frecuentemente que nadie debería hacer ejercicios espirituales por su cuenta. Dicen también que los Maestros que dan a hacer el mismo ejercicio a todo el mundo son ignorantes, y pueden incluso causar daño. ¿Por qué es esto así, ya que hacer tales ejercicios es parte de todos los sistemas devocionales?

R: En primer lugar, no es parte de todos los sistemas devocionales. Es parte de todos los sistemas en la etapa en que se han deteriorado, pasando de la aplicación correcta de los ejercicios al automatismo. Incluso los «Maestros» no lo saben. Por lo que respecta a la razón, los Sufíes no los permiten porque causan daño, obsesión e imaginación en vez de iluminación. Pero usted no puede saberlo hasta que haya experimentado la alternativa. Tendrá que confiar en la información correcta y escuchar un cuento acerca de ello:

»Había una vez un mosquito que decidió matar a un orgulloso caballo. Le dijo al caballo:

El Buscador de la Verdad

—Si alguien te pudiese matar, a ti, la más poderosa de las bestias, ¿sería tal individuo más poderoso que tú?

El caballo respondió:

—Ciertamente. Pero, por supuesto, no hay modo de matarme.

Entonces el mosquito le picó. Pero eso no era más que el pinchazo de una aguja para el caballo. El mosquito era ambicioso, pero no pudo pensar qué hacer después de eso.

—Me dirigiré a la liebre —se dijo a sí mismo—, porque ella es sabia, y la gente dice que sabe cómo ayudarle a uno para que alcance lo que desea.

La liebre, cuando le preguntó, dijo:

—Agrupa a todos tus mosquitos juntos, actuad al unísono, picad una vez y otra, y alcanzaréis el éxito.

De modo que el insecto llamó a todos sus amigos, todos ellos escucharon las sabias palabras de la liebre, y fueron inspirados a alcanzar este deseo de vencer al caballo. Salieron en un inmenso enjambre, encontraron al caballo, y le picaron hasta matarlo.

Naturalmente, los mosquitos quedaron muy satisfechos con su éxito. Regresaron junto a la liebre y le contaron la aventura, y todos los otros animales que rodeaban a la liebre en su corte diaria quedaron igualmente impresionados, y muchos se enrolaron como sus discípulos. Nadie, por supuesto, pensó en preguntar qué se había conseguido realmente.

Entonces cada uno de los mosquitos imaginó ser un campeón. Se dispersaron en todas direcciones y picaron a todo lo que encontraron. Desde ese día hasta hoy nunca se las han arreglado para matar nada sólo con su picadura.

De cuando en cuando una nube de mosquitos mata a algún animal, y eso mantiene la leyenda viva, en algunos

círculos, de que hay algo que se puede ganar picando, y que el mosquito es la cosa más importante en la creación —después de la liebre, que les aconsejó en primer lugar.

¿De quién es la falta?

P: He estado estudiando bajo (cierta persona), y estoy desencantado con él. Sus obsesiones y las de sus seguidores me causan dolor. ¿Qué debo hacer?

R: Lo que debe hacer depende de cómo sea usted. Puede que no haya nada que pueda hacer. Existe la historia de un ladrón que le robó cierta cantidad de monedas a un hombre. Cuando trató de comprar algo con ellas, se encontró con que eran falsas. Mientras era guiado hacia el cadalso después de ser condenado por tratar de pasar moneda falsa, vio al hombre a quien había robado, y gritó que él era la causa de su ruina.

»Esto ha dado origen al proverbio: “No robes, si no quieres ser colgado”.

»No puede usted escoger un hecho entre una sucesión de acontecimientos, y pedir remedio basándose en eso.

Agradable y desagradable

P: ¿Por qué los Sufíes hacen que se sienta la gente incómoda, o incluso hostil, por lo que dicen y hacen?

R: Si eres un cirujano que está abriendo un forúnculo, y duele, ¿pregunta el paciente por qué le están molestando? ¿O acaso dice que lo que se está haciendo es un medio para un fin?

El Buscador de la Verdad

R: Pero si los Sufíes están sacando el «pus de la mente», ¿por qué producen tan a menudo placer?

R: Si un médico te prescribe una dieta deliciosa, ¿dices acaso: por qué me han prescrito albaricoques tan deliciosos? Sabes que es porque contienen un elemento de nutrición o un remedio que necesitas. El sabor agradable o desagradable, la experiencia, es secundaria.

6. BAJO APARIENCIA OCCIDENTAL

Sufíes en Occidente

P: Seguramente la importación de ideas orientales a Occidente a través del pensamiento y la literatura Sufí debe considerarse sólo como la invasión de un sistema extranjero, como la reciente introducción de ideas hindúes, budistas y taoístas, y de ningún modo de influencia permanente. Si los conceptos y la formación Sufíes hubiesen tenido el poder de penetrar el pensamiento occidental, seguramente lo habrían hecho hace mucho tiempo.

R: No sé lo que quiere decir con «hace mucho tiempo». Es cierto, de acuerdo con el Diccionario Inglés de Oxford, que la palabra «Derviche» aparece en el lenguaje sólo en 1585, la palabra «Fakir» (palabra originalmente árabe para el persa «Derviche») hacia 1609, y que el término «Sufí» apareció en 1653. Por lo que respecta a «Sufismo», se encuentra por vez primera en el siglo diecinueve. Este uso, sin embargo, es muy anterior a muchos de los conceptos intelectuales que se encuentran en la corriente del pensamiento occidental. Y muy anterior a las recientes importaciones «orientales».

»Pero sólo hemos comenzado. Ghazzali (murió en 1111), el gran Sufí de Irán, fue tan influyente entre los pensadores medievales europeos que se supuso que era

El Buscador de la Verdad

un eminente teólogo cristiano, mientras que Roger Bacon estaba enseñando ideas Sufíes en la universidad de Oxford poco después de su fundación. Los franciscanos Dante, Chaucer y muchos de los místicos occidentales de hace siglos han sido identificados, por los mismos eruditos europeos, como autores que han dependido de material Sufí. En algunos casos, en realidad, copiaron textos Sufíes.

»No creo que haya ningún paralelo para esta antigua presencia del Sufismo histórico en Occidente por parte de los sistemas “orientales” que usted menciona. Nosotros construimos sobre esta fundación, conjuntamente con el estado presente de la sociedad y el pensamiento occidental. Lo que los “orientales” estén haciendo les toca a ellos el afirmarlo y mostrarlo.

»Por lo que respecta a que yo esté introduciendo ideas Sufíes, debería usted recordar que hay una asombrosa cantidad de libros y monografías que estudian el Sufismo y que han sido enteramente preparados por los eruditos occidentales, siglos antes de que yo trajese estos materiales a Occidente. Mi actividad no es una introducción, sino una explicación y una puesta al día.

»Se puede afirmar que la actividad Sufí ha estado enraizada en Occidente más tiempo que muchas de las ideas llamadas “occidentales”.

Razones

P: ¿Cuál es la razón para la forma en que sus materiales se proyectan en letra impresa? Quiero decir, ¿por qué traduce algún material, representa otros fragmentos, utiliza símiles orientales en algunos, terminología psicológica occidental y observaciones en otros?

R: Hay dos criterios: (1) ¿Qué materiales hay que se proyectar en el momento presente para tener el máximo efecto útil, y (2) ¿quién los puede absorber y en qué formato?

»Los materiales Sufíes siempre se presentan de acuerdo con las posibilidades. Ello se debe a que el Sufismo no es arqueología o hagiografía (no importa si se lo parece a aquellos que no miran más allá), sino efecto. Símbolos orientales que son aún viables tanto en Oriente como en Occidente se utilizan debido a esta viabilidad. Los materiales sobrepasados no se regurgitan porque hayan sido usados en tiempos pasados. Hay materiales que se presentan de nuevo si se puede hacer útilmente. La terminología psicológica «occidental» y las observaciones son útiles, de modo que se utilizan.

»Mire los resultados. Los materiales publicados se leen y se aceptan tanto en Oriente como en Occidente por científicos así como por teólogos, por lectores ordinarios así como por especialistas de todas clases. En una palabra, la presentación es eficaz.

»Si no hubiese un impulso originador del cual surgen los materiales y que indica cómo se pueden utilizar, nos veríamos forzados a presentar los materiales Sufíes como usted lo haría con cualquier otro campo muerto del saber; usted reordenaría, podaría y presentaría de acuerdo con estimaciones subjetivas. Nosotros no tenemos que hacerlo así, ya que el material mismo provee la indicación para aquellos que la pueden percibir. La pregunta, sin embargo, ilustra la mente del cuestionante a la perfección; porque presupone que los materiales Sufíes son como los de cualquier otro tema, capaces de ser manipulados por reglas o por capricho. Si el cuestionante hubiese tomado en consideración el postulado Sufí de que la enseñanza de-

El Buscador de la Verdad

termina su método de presentación, no habría necesitado hacer la pregunta.

Memoria popular

P: Las tradiciones tardan en perecer, y la memoria popular retiene muchas verdades que no conocen los eruditos. ¿No valdría la pena investigar los procedimientos psicológicos y místicos de los pueblos supuestamente primitivos, en busca del conocimiento olvidado?

R: En primer lugar, ¿olvidado por quién? No soy consciente de ningún conocimiento «psicológico y místico» que se necesite, y por lo tanto se busque para su reciclaje, hasta que los materiales existentes hayan sido utilizados. Su pregunta es la misma que la tradicional acerca de inventar la rueda. Alguien que no conoce nada acerca de la rueda puede comenzar a preguntar si no hay quizás tal tradición en alguna región primitiva. Pero, ¿acaso él (o ella) ha preguntado a los ingenieros si alguna vez habían oído algo acerca de la rueda?

»En segundo lugar, el conocimiento popular tiene dos facetas. Algo de él se supone que se remonta a miles de años. Muy bien. Veámoslo:

“El problema es quién, o qué, conmemora el reloj, que tiene más de cincuenta años. Un grupo de historiadores mantienen con firmeza que fue erigido en 1916 como monumento a la guerra, mientras otro grupo me asegura que conmemora el descubrimiento de la leche pasteurizada”.*

* Citado por V. Wood, en «Kincardineshire Courier» y reproducido en «Punch», Londres, s. v. *Vida Rural*, 14 de junio de 1978, p. 969.

»En algo así como sesenta y dos años, incluso los eruditos no pueden ponerse de acuerdo en la razón que se erigiese un reloj público en Gran Bretaña.

»En tercer lugar, por supuesto, están los “historiadores”. ¿Quién va a realizar esta investigación de la memoria popular? Sólo la gente que sabe lo que está buscando, no un grupo de eruditos que no estarán de acuerdo unos con otros. Nuestra empresa es experiencial, lo que entre otras cosas significa que lo que se descubre no son hechos susceptibles de explicaciones cambiantes.

Los hombres no son ratas

Cuando Pavlov mostró que los perros pueden ser condicionados, una réplica de la época fue: «Los hombres no son perros».

Comoquiera que sea eso, los hábitos sociales y de bebida entre los hombres —al menos en Occidente— han aparecido en el laboratorio como muy próximos al comportamiento de las ratas.

El psicólogo Gaylord Ellison* ha demostrado que cuando a las ratas se les ofrece alcohol, pasatiempos y comida, en circunstancias similares a aquellas que se le proporcionan al hombre, tienden a adoptar formas similares de comportamiento.

La importancia de este estudio es que ayuda a acercarse a la cuestión de si el comportamiento «social» y «cultural» está de hecho derivado de la parte animal del hombre.

A los pocos días de ser puestas en su entorno «de tipo

* *Newsweek*, Nueva York, 8 de mayo de 1978, p. 55

El Buscador de la Verdad

humano», las ratas desarrollaron patrones que mimetizan los de la gente occidental. Fueron a los dispensadores de alcohol a la hora del cocktail, antes de las comidas, como lo hacen los europeos y los americanos. De un modo similar a los humanos en la misma situación, combinaron esto con la actividad social. Aunque las bebidas alcohólicas (o el agua) estaban disponibles, se abstuvieron de beber, —del mismo modo que los humanos—, hasta que fue la hora de ir a dormir. Como mucha gente de la cultura occidental, tomaron una bebida alcohólica antes de retirarse.

De cuando en cuando, la gente en las sociedades en que el alcohol se utiliza en abundancia hacen fiestas —beben mucho— y tienen resacas. Ocurre lo mismo con las ratas. Ocasionalmente el «bar» se convierte en un lugar para una reunión de bebedores: todas las ratas se juntan para esta sesión de barra libre. Del mismo modo que los seres humanos, después de una reunión de bebida particularmente agitada, las ratas pasan algunos días recordándose, sin tocar el alcohol y bebiendo grandes cantidades de agua.

Los humanos dicen que beben alcohol para reducir la tensión, para ser sociables, para hacer negocios con sus compañeros de bebida, para evitar la soledad, y así. ¿Puede ocurrir lo mismo con las ratas? Difícilmente. La explicación parece ser que algo del comportamiento social, al menos, está enraizado en el nivel de comportamiento animal.

Ciencia

P: ¿Se opone usted a los científicos?

R: No. Pero me opongo a los científicos que no son lo

que ellos piensan que son. Una vez, junto con un amigo Sufí, fui a una conferencia referente a las transfusiones de sangre para una audiencia científica. El conferenciante habló desdeñosamente de las «persistentes creencias populares» entre la gente ordinaria, y cómo los científicos deberían trabajar contra éstas. Mi amigo pidió permiso para hacer una pregunta. Cuando se le concedió, se volvió hacia la audiencia y preguntó cuántos entre ellos conocían a qué grupo sanguíneo pertenecían. Una cuarta parte levantó el brazo. Cuando se les preguntó cuántos entre ellos conocían su «signo astrológico», todo el mundo levantó el brazo.

Realidad e imaginación

P: ¿Son las personas realmente tan estúpidas como los Sufíes las muestran? Si lo fuesen, ¿cómo podría la sociedad funcionar tan bien como lo hace? ¿Cómo puede uno comprobar si la gente realmente se comporta de manera tan absurda como lo hacen algunas de las personas de las historias y narraciones instructivas Sufíes?

R: Las personas son realmente tan estúpidas como los Sufíes las muestran. La sociedad funciona tan bien como lo hace porque no todo el mundo es estúpido todo el tiempo. El trabajo Sufí les ayuda al mostrarles la estupidez y predecir su aparición en momentos en que bloquea la comprensión. No hay demasiada necesidad de comprobar si las personas se comportan realmente como las de las historias y narraciones, porque los periódicos están llenos de informes de este comportamiento, y por consiguiente se muestra en todas partes de forma permanente. No hace falta, después de todo, «probar» si una cereza es roja

El Buscador de la Verdad

—se puede ver fácilmente, una vez usted conoce lo que es el color rojo.

»Hay, sin embargo, muchos a quienes les gusta, por una razón u otra, demostrar la estupidez humana. Jaroslav Hasek (autor de *El buen soldado Schweik*) era uno de éstos. Él escribió un artículo en una revista zoológica que fue altamente apreciado, diciendo que a los elefantes les gustaba la música grabada, mientras no era así con los tigres. Cuando publicó un tratado sobre las moscas prehistóricas fosilizadas fue tal el éxito que muchas revistas especializadas europeas lo reprodujeron. Cuando anunció “hombres lobo cuidadosamente criados” en venta, se vio inundado por los pedidos. Se puso un uniforme de policía y le dijo al Rector de la Academia de Praga que estaba bajo arresto, con lo cual el hombre le siguió obedientemente a la estación de policía.

»Por estos medios Hasek demostró que la gente obedecerá los símbolos de autoridad, que aceptarán lo que está escrito en revistas académicas, que incluso aceptarán “hombres lobo” si se les ofrecen, que publicarán disparates con toda facilidad.

»Y, ¿le puedo preguntar? Si la gente no fuese tan estúpida como se les muestra, ¿acaso tolerarían la clase de individuos y organizaciones que les explotan? ¿Quién vota por los políticos mentirosos e indignos que, recuérdelo, de hecho gobiernan sobre tantos de nosotros?

Confusión entre superficial y perceptivo

P: ¿No es acaso la apreciación del arte una función perceptiva superior? Cuando los Sufíes hablan del yo secundario, que está compuesto principalmente por lo emo-

cional y lo aprendido ¿acaso no usan el sentido artístico para romper a través de esa barrera, dando testimonio de imágenes y valores más allá de lo superficial? Seguramente todo el mundo estará de acuerdo en que la percepción artística se encuentra en un nivel muy superior a las bajas percepciones.

R: Teóricamente, esto parece cierto. Los Sufíes dicen, sin embargo, que lo que la mayoría de la gente toma como arte no es arte en modo alguno, sino fuentes de estímulo emocionales y condicionadas. Esto no significa que no haya arte real. Significa que los Sufíes mantienen que incluso gente reconocidamente estética ha confundido respuestas aprendidas y automáticas con la percepción.

P: Esto me suena mucho a «postura». Después de todo, ¿cómo pueden los Sufíes establecer que los expertos en arte son superficiales?

R: Los Sufíes no tienen que establecerlo, ya ha sido establecido por los mismos expertos en arte. Usted recordará (en mi *Aprendiendo cómo aprender*) cómo un hombre que quería librarse de la multitud alrededor de los cuadros de Van Gogh talló una pieza con carne en conserva y la montó como “La oreja de Van Gogh”, y mediante esta estratagema atrajo a los amantes del arte lejos de las pinturas. Esto fue una prueba de que los amantes del arte, entre quienes seguramente había algunos expertos, estaban más interesados en lo que de hecho era carne en conserva, que en lo que era arte aceptado.

»Pero si quiere otro ejemplo, está el del “Atardecer sobre el Adriático”, exhibido en 1910 en el Salon des Indépendants, pintado por Boronali. Un coleccionista austriaco compró el lienzo, después de recibir aclamaciones por los expertos como un ejemplo sobresaliente de la escuela Excesivista. Entonces fue revelado por Roland

El Buscador de la Verdad

Dorgelès y un grupo de artistas, que el lienzo había sido “pintado” por un asno, a cuya cola se le había atado un pincel. “Boronali” fue formado por el realineamiento de las letras del nombre de Aliborón, el asno en La Fontaine.

»La pintura de Matisse “Le Bateau” fue colgada durante 47 días en el Museo de Arte Moderno en 1961, donde cerca de 120.000 personas lo vieron sin darse cuenta de que estaba al revés.

»Hay muchas historias verdaderas de este tipo, que seguramente van lo suficientemente lejos como para establecer que la apreciación artística y las “percepciones superiores” no están conectadas con la clase de arte que generalmente se considera como tal. No, lo que se considera corrientemente como arte no pertenece a nada más alto que la emoción y la creencia implantada: y esto ya ha sido bien ilustrado, no importa lo que la gente pueda imaginar.

»Yo mismo, en el estudio de cierto artista, he presenciado una multitud de distinguidos visitantes, incluyendo críticos eminentes, extasiados ante un manojo de trapos que, como confesó el avergonzado maestro pintor, eran los trozos de tela en los que enjuagaba sus pinceles, y de ningún modo obras de arte...

»De modo que la conclusión parece ser el reverso de lo que usted cree. Es posible ilustrar que lo que se considera apreciación artística es superficial, o al menos depende de sentimientos dudosos o de la presión social. Si se mantuviese que hay algo “superior” en la expresión artística, aquellos que lo declarasen deberían demostrar que han excluido estas reacciones subjetivas fácilmente demostrables.

Real y falso

P: En *Aprendiendo cómo aprender* usted escribe vigorosamente contra cosas tales como vestirse con vestiduras ridículas y llevar a cabo ejercicios absurdos, ser espectador de espectáculos ficticios y sentirse fascinado por historias distorsionadas. Ahora hay un gran interés por la realidad y la vida real, incluso en las formas más banales de ésta. Seguramente esto es un excelente paralelo para ayudar a atraer gente a un interés por la verdadera religión que yace más allá de la realidad ordinaria, y que es la «más real de todas». ¿Qué le parece la gente que mira, por ejemplo, programas documentales en televisión?

R: Me alegra que me haga esta pregunta. El interés por la realidad es ciertamente prueba de un interés por la realidad objetiva; de modo que la realidad comparativa —vida ordinaria— es un primer paso. Después de eso viene mostrar que la vida ordinaria no es real, sino percibida subjetivamente.

»Pero la gente aún no se ha acostumbrado tanto como usted imagina a buscar la realidad. Aún buscan fantasías en mayor medida. Yo no estoy en contra de la fantasía, pero mantengo que la búsqueda de un exceso de fantasía a expensas de la realidad produce una nutrición desequilibrada.

»Si hay tres programas de televisión en concurrencia, ¿cuál de ellos tendrá mayor audiencia? El que presenta vestidos raros y extrañas acciones físicas, el que presenta una vida humana, o un drama fantástico cargado emocionalmente. ¿Qué proporción de la audiencia ganará cada programa?

»No le pediré que adivine el resultado, porque le avergonzaría. Tenemos algunos datos sobre ello. El periódico

El Buscador de la Verdad

parisino *France Soir* llevó a cabo un estudio sobre los hábitos de los espectadores. Hicieron una encuesta para ver cuál de los siguientes programas era seguido una noche, y en qué proporción:

1. «Es un Fuera de Combate» —una mezcla de deportes y vestidos raros.
2. Un drama de fantasía histórica.
3. Un documental acerca de la vida de una mujer.

Aquí están los resultados:

Porcentaje de espectadores que ven:

«Es un Fuera de Combate»	33 %
Drama de Fantasía	67 %
Vida de una mujer	NADIE
»Sí, dije “nadie”.	

Descrédito

P: Veo que escritores tales como Norman Cohn, en su libro *La Búsqueda del Milenio* relaciona el surgimiento de las sectas cristianas, que iban errantes proclamando la directa influencia de Dios, con los Sufíes y el Sufismo. Habla de su libertinaje, y el hábito de comer alimentos repugnantes, y declara que alcanzaron Europa y la influenciaron desde la España musulmana. Éste no es el comportamiento que la mayoría de la gente asocia con los Sufíes.

R: Cohn dice* que el Sufismo parece haber ayudado al crecimiento del Espíritu Libre en la Europa cristiana. Ciertamente cada uno de los rasgos que caracterizaron al Su-

* Norman Cohn - *La Búsqueda del Milenio*, p. 151.

fismo en la España del siglo XII —incluso detalles tales como las ropas con parches de colores— se vieron como típicos de los adeptos del Espíritu Libre un siglo o dos más tarde.

»Todas las actividades que se manifiestan públicamente, y algunas otras, tienen sus imitadores. Los lunáticos que viajan a través de la India y en el Occidente, imitando lo que creen que es el comportamiento de los hindúes, influyen en otras personas. ¿Vamos a decir por lo tanto que esta gente representa la influencia hindú? El caníbal que siempre rezó la oración de gracias antes de comerse a la gente, porque el misionero le había enseñado a hacerlo, ¿acaso debería ser considerado como cristiano, o “bajo influencia cristiana”?

»Pero su cuestión es interesante, porque tenemos algo muy similar en Occidente hoy en día. Paralelos a un incremento en la verdadera actividad Sufí, hay grupos de gente que vaga por las calles y llena salas de conferencias, enrolando discípulos y en general declarando ser Sufíes, o pretendiendo serlo. Ellos tendrán, a su vez, muchos imitadores.

»Pero los “rasgos que caracterizan” al Sufismo no son aquellos que puedan ser imitados, de modo que el Profesor Cohn está siendo de algún modo superficial en este punto. Tales cultos representan el deterioro del comportamiento Sufí. Surgen por la interacción entre imitadores inestables (supuestos Maestros) y gente hambrienta de emoción, temporalmente insana, supuestos discípulos.

Lo que realmente significaba...

P: La ciencia moderna, y los modos contemporáneos de mirar a las cosas, nos han capacitado para resolver mu-

El Buscador de la Verdad

chos misterios del pasado. Los escritos históricos de los Sufíes a menudo se admite que son oscuros, porque están presentados de un modo especial. Pero, ¿acaso los eruditos de hoy día no podrían descifrarlos, cuando conocen el punto de vista de los escritores?

R: No todos los escritos Sufíes están codificados: en general dependen de que alguien tenga cierta experiencia antes de que los pueda comprender realmente.

»Y hay problemas cuando se recurre a los “expertos”, como cierto número de famosos eruditos se dieron cuenta con cierta inscripción no hace mucho tiempo. Un día un niño encontró una piedra sobresaliendo de la tierra, cuando estaba cruzando un campo en el sur de Irlanda. Una cara era lisa, la otra tenía una inscripción. Le enseñó esto a su maestro de escuela, el cual la envió a una universidad. Allí los eruditos se excitaron. Uno encontró que estaba escrita en hebreo, y lo tradujo como un aviso de que los invasores iban a venir. Otro, sin embargo, estaba igualmente convencido de que estaba escrita en nórdico antiguo, y hablaba de una batalla contra hombres salvajes después del naufragio del escritor.

»Esto es, hasta que un estudiante ordinario la miró con la luz del sol reflejándose en ángulo. Entonces el mensaje se mostró claramente. Estaba en inglés, y no tenía más de ciento cincuenta años de antigüedad. Decía, simplemente: “Junio, 1788. Hoy estoy de nuevo muy borracho”.

»Encontrará esto registrado en Frank Edward - *Más extraño que la ficción*, Londres, 1963 (Pan Books), p. 136-137.

¿Quién puede aprender?

P: Una vez y otra los Sufíes mantienen que la gente no registra la Verdad, y que la mente ordinaria no es fiable. Pero todo nuestro conocimiento de la vida y de nosotros mismos está basado en una genuina comprensión de los hechos. ¿Acaso los Sufíes están hablando de una minoría de gente? Y si es así, ¿por qué molestarse con ellos?

R: Al contrario, los Sufíes están hablando acerca de una mayoría de gente. Es interesante notar que sólo últimamente otros se están familiarizando con este gran problema. Lo llamo problema porque, si es verdad que la gente ordinariamente es propensa a considerables errores en la percepción y la comprensión, y se ve fácilmente desencaminada por la información errónea, entonces esto se yergue, así lo dicen los Sufíes, como una barrera para la comprensión real.

»Esto se ha demostrado una vez y otra. En televisión, en un programa, como ejemplo, se mostró que la gente sabe muy pocas veces lo que ha visto: “como testigos oculares, los humanos son desastrosos”.

»De 525 preguntas formuladas a los testigos de hechos escenificados, sólo 52 —una de cada diez— fueron correctas: y esto entre una selección de personas a las que se había advertido que mantuviesen los ojos abiertos para percibir algo, y aun así no lo pudieron ver. Las consecuencias sociales de este hecho pueden incluir el encarcelamiento de inocentes debido al testimonio incorrecto de testigos oculares. Las consecuencias para la percepción de cosas que se encuentran en un orden superior es de lo que los Sufíes hablan.

»Esto introduce el interrogante de quién puede aprender, y qué es un estudiante.

El Buscador de la Verdad

»La gente pide la Verdad, pero los anunciantes han demostrado que la Verdad no vende. Un estudio presentado ante la Asociación Americana de Marketing mostró que los anuncios verdaderos fallaron, mientras los engañosos tenían éxito al poner a la gente en disposición compradora.¹

»En los supuestos asuntos religiosos, que se han mostrado como ejemplos tempranos de “anuncios”, emerge la misma imagen. La leyenda de Glastonbury, en la cual, entre otras cosas, Cristo apareció y dedicó una iglesia, es sólo un ejemplo. Supuestamente comenzó en el año 63 d. c.; pero el plan en realidad comenzó como una trampa para reunir dinero en 1184, 1121 años después del supuesto hecho, ideado por los monjes, cuyos edificios habían sido destruidos por un incendio. ¿Acaso alguien cree que supuestos acontecimientos de hace más de mil años, publicados hoy por vez primera como hechos reales, deberían ser creídos?²

»Esta tendencia humana se ha comprobado de hecho. Tony Bilbow, del canal 2 de la BBC engañó a los televidentes al decir que había obtenido recortes de la película *El Gran Pismo*, y mostró las falsificaciones del film. Entonces:

»Todo el mundo comenzó a recordar al Gran Pismo cuando hizo así su debut en televisión. Las cartas se amontonaron en la BBC alabando al comediante de los años veinte.

1. *Time Magazine*, Nueva York, 14 Mayo 1976, p. 62 (La Verdad no vende).

2. *The Times*, Londres, 28 Mayo 1976, citando *Cristiandad en Somerset*, editado por el Dr. Robert Dunning, Londres 1976 (Somerset County Council).

»Una mujer escribió entusiásticamente: “Mi tía era una gran admiradora de El Gran Pismo, le vio en un espectáculo en Hastings”, y luego añadió: “Que pena que no fuese reconocido en televisión antes de que ella muriese en 1957”. Un hombre envió incluso fotografías del padre de “El Gran Pismo”. (*Daily Sketch*, 26 de Junio de 1969, p. 9).

Después de esto, ¿podría alguien dudar de que hubiese existido?

Es precisamente debido a la inseguridad de la visión, de la memoria, del querer creer, de la creencia inducida, tanto en la religión, en los accidentes de coche, o en las vidas de individuos inventados, por lo que los Sufíes dicen que hay que adquirir una percepción objetiva antes incluso de que las cosas familiares se puedan ver como son.

¿Qué es lo que Ud. sabe realmente?

P: La sensibilidad de la gente con respecto a los animales debe seguramente de ayudarles a comprender cosas superiores, especialmente la habilidad de los amantes de los animales para percibir directamente las costumbres de sus animales domésticos.

R: Esto puede ser bastante cierto; sin embargo, antes de atribuir esta habilidad a los amantes de los animales, considere lo que un grupo aficionado a los gatos pensó acerca de ellos. Se les preguntó:

1. ¿Son los gatos animales solitarios?
2. ¿Forman acaso pandillas, especialmente los machos?
3. ¿Desafían los machos dominantes a otros por los favores de las damas?

El Buscador de la Verdad

4. ¿Reaccionan invariablemente contra la intrusión de otros gatos en su territorio?
5. ¿Acaso los gatos dominantes tratan de expulsar a los más débiles de su territorio?
6. ¿Son algunos gatos domésticos incapaces de matar?

De estas seis preguntas, hechas a cien aficionados a los gatos, cada persona contestó erróneamente todas las preguntas.

Las respuestas, por cierto, son: preguntas 1, 3, 4 y 5, NO; preguntas 2 y 6, SÍ.

Esta investigación que hizo el Profesor Paul Leyhauer del Instituto Max Plank de Alemania Occidental, mostró que la gente puede pensar que tiene conocimientos acerca de los animales, pero, ¿los conocen realmente?

De un modo similar, lo que la gente piensa que sabe (incluso pensando que lo saben por observación y experiencia) acerca de otras cosas, tales como asuntos psicológicos y religiosos, a menudo se ve que es fragmentario, que está mal ubicado, que se ha adoptado selectivamente.

Si la gente pudiese confiar en sí misma para aprender por sí misma, no necesitaría enseñanza. Ni tan siquiera necesitaría verificaciones científicas de hechos para corregirlos, porque sus creencias estarían basadas en una información precisa, ya que habrían observado correctamente desde el principio o habrían rechazado la información imprecisa.

De modo que, antes de que lleguemos a la cuestión del valor del conocimiento, tenemos que asegurarnos de que éste está ahí realmente.

Naturaleza humana

P: Los Sufíes condenan a menudo la desatención, la impertinencia y la confusión, e insisten en que hay que hacerlas a un lado ya que interfieren en las percepciones superiores, manteniendo a la gente «dormida» para los propósitos prácticos. Pero, ¿se manifiestan estas características en la vida ordinaria?, y si lo hacen, ¿cómo nos afectan? Si es así, ¿es esto una analogía de las barreras para la comprensión superior?

R: Yo creo que cualquiera de estos factores interfiere en la efectividad de casi cualquier cosa en la vida ordinaria. Pero que son parte del comportamiento humano ya se ha probado. Un ejemplo reciente está en la naturaleza de los inventores, y las características de aquellos que tienen que tratar con los asuntos de las invenciones.

»Cuando la revista *New Scientist* llevó a cabo una investigación sobre el tema, fue capaz de publicar resultados* que mostraban que se trata de un problema humano general. Los investigadores eran frecuentemente impertinentes, confusos e impacientes. Algunos trataban de patentar invenciones que nadie quería porque hacían algo que ya se había hecho. Algunos dejaban que sus patentes caducaran. Escribían cartas que difícilmente podían ser leídas, que trataban de divorcio, enfermedades, robos y operaciones al mismo tiempo que de la invención supuestamente en discusión. Algunas veces, cuando se les preguntaba acerca de una invención, respondían acerca de otra. Cambiaban sus direcciones sin informar a la Oficina de Patentes, de modo que no se les podía localizar.

* Adrian Hope: *Es una maravillosa idea, pero...*, en «New Scientist», junio 1978.

»La reacción a las invenciones era igual de mala, o peor. Grandes entidades oficiales y de otro tipo malinterpretaron inventos de un modo absoluto, aunque se suponía que los estaban evaluando. Algunas organizaciones no los apreciaron porque las investigaciones no las había llevado a cabo su propio personal. A algunos les gustaban los inventos, pero no creían que resultasen efectivos, aunque no podían precisar por qué. Algunas de las razones aducidas para rechazar los inventos eran obviamente absurdas. Un invento que salva vidas después de un paro cardíaco, por ejemplo, desagradó ¡porque la salida de una válvula de aire hacía un ruido silbante...!

»El Ministro del Departamento de Salud malinterpretó completamente un notable invento para prevenir el suicidio o la muerte accidental, por el método de introducir eméticos en las tabletas. La gente creyó que su imperio se vería amenazado por la aceptación de un invento procedente del exterior. La prensa prefirió lamentar el incremento en los robos de coches que hacer resaltar una invención para frustrarlos. Y en el caso de esa misma invención, todo el mundo contactado pensó que era tan simple que no funcionaría.

»Aquí tenemos el funcionamiento clásico de los más importantes métodos humanos normales de pensar y actuar —o no actuar.

»Pereza, estupidez, incredulidad, temor a trastornar el *status quo*, obstruccionismo, timidez, impertinencia, confusión y otros.

»Se debería recordar que cuando al ser humano ordinario se le aborda con una idea, una serie de ideas, o una enseñanza, él o ella responderán a menudo de este mismo modo. Debido a ello la gente que tiene nuevas cosas que decir ha recurrido a excitar la codicia de quienquiera que

estén abordando. Ello resulta en un incremento de la codicia y en prevenir el desarrollo de cualquier faceta del carácter o de la propuesta que no esté conectada con la codicia.

»Aquí no hay sólo una analogía con el entendimiento superior. Antes de que lleguemos a eso, tenemos que enfrentarnos con las barreras erigidas por el “entendimiento inferior”, que frecuentemente no se puede describir como entendimiento en modo alguno.

»La percepción Sufí de estos problemas ha sido continua y ha estado sólidamente representada durante siglos. La actividad Sufí está planteada para superar esas barreras, con los métodos indicados para maniobrar a través del “Yo Dominante”, que es el conjunto de reacciones puestas en marcha cuando se presentan ideas avanzadas ante organizaciones y gente en general.

Conocimiento nuevo procedente del antiguo

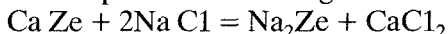
P: ¿Mediante qué método extraen los Sufíes información valiosa para el conocimiento superior y psicológico actual procedente de los antiguos materiales escritos? Por lo que a mí respecta, sólo puedo ver el significado ordinario en tales textos.

R: Ésta es una pregunta interesante, y el único modo de responder es decir que uno debe tener conocimiento especializado y también experiencia. Pero quizá sea posible aclarar más el proceso por medio de una analogía.

»Piense que hay una fuente de agua que inesperadamente parece estar dañando las cosechas. Se recurre a un experto y éste se da cuenta de que hay zeolita en el agua,

El Buscador de la Verdad

y que ya no está activa. El experto también sabe que la sal puede regenerarla por medio de la siguiente fórmula:



»Añade sal al agua y se produce el fenómeno del intercambio de iones.

»De modo que necesitamos un químico.

»Ahora, si Ud. aún me sigue, considere el siguiente pasaje del Viejo Testamento (II Reyes 2, 19-21).

«Y los hombres de la ciudad le dijeron a Eliseo: “He aquí, os suplicamos, que la situación de esta ciudad es agradable, y como mi Señor la ve; pero el agua está muerta, y el suelo estéril”. Él dijo: “Traedme una vasija nueva y poned sal”. Ellos se la trajeron. Y él saludó a los manantiales de agua, y esparció la sal, y dijo: “Así, dijo el Señor, he curado estas aguas, no habrá desde ahora más muerte o tierra estéril”.»

»Es difícil imaginar que Eliseo no está demostrando un conocimiento químico y efectuando el intercambio de iones.

»Si no sabe nada de química, la historia puede ser una interesante lectura acerca de un milagro. Por otra parte, si conoce algo de química, la historia se convierte, al menos para algunos, en un informe aún más interesante.

Puede que esté interesado en saber que la naturaleza química de esta historia bíblica, extendiéndose más allá de su supuesta condición de milagro, fue analizada por el Profesor Yahia Haschimi, un ilustre científico y autoridad Sufí de la Sociedad para la Investigación Científica de Aleppo, en Siria, en 1962.*

* M. Y. Haschimi: *Intercambio de iones en la Alquimia Árabe*, «Ithaca», 26 VIII.

Tapizado del suelo

P: Me interesó leer en la prensa que a usted se le cita por haber dicho que las instituciones, lejos de dar una garantía de racionalidad porque están sujetas a estimación y medida, muy frecuentemente perpetúan la irracionalidad. Pero seguramente, mientras una semi-institución como una compañía comercial puede comportarse excéntricamente debido a los deseos de, digamos, el director, éste no es el caso en organismos más coherentes, como los Departamentos del Gobierno, donde hay una comprobación pública.

R: Esta tendencia se da en todas partes. Mejor que gastar su tiempo con numerosos ejemplos, pienso que valdría la pena que buscarse tales anomalías por sí mismo. Se pueden encontrar en los periódicos, si no tiene contactos directos que se las faciliten. Aquí hay una:

»El "New Scientist" informó el 29 de marzo de 1979 que las siguientes cifras habían sido dadas en el Parlamento Británico para el tapizado del suelo suministrado por el Gobierno para las diferentes clases de gente empleada:

Mecanógrafas: £ 25

Oficiales administrativos: £ 30

Oficiales ejecutivos: £ 67

Subsecretarios: £ 181

Secretario diputado: £ 290

»No hay evidencia alguna de que el piso de la oficina del Secretario diputado sufra tratamiento más duro que el de los subsecretarios; de hecho, no hay nada que muestre que tales alfombras sean más duraderas —sólo que son más caras—. Todos sabemos, por supuesto, que una alfombra mejor es un privilegio santificado, y que a la gente se la reprende por usar sus propias alfombras si esto pare-

El Buscador de la Verdad

ce indicar una posición superior. Pero, ¿dónde conecta la alfombra como indicador de posición con la racionalidad que se espera de una institución?

Economía

P: Aunque, como sabemos, la mayor parte de la actividad Sufí a través de las épocas ha sido privada más que pública, y en principio los Sufíes no desean atraer la atención hacia ellos mismos, hay evidencia cierta de una masiva inversión en gente y medios en la enseñanza Sufí. Aparte de los eruditos, que son subvencionados por las universidades, y los cultistas, que se financian cuando crecen en número, están las actividades Sufíes que se muestran en plena expansión, y que siempre parecen ser inmensamente eficientes y con abundantes fondos. ¿Qué es lo que hace que merezca la pena para los Sufíes el embarcarse en tan enormes inversiones?

R: La actividad Sufí tiene, por supuesto, que ser expresada más en términos de cosas que no parezcan tan impresionantes como la inversión material. Pero ya que usted ha tocado el asunto, quizá se tome la molestia de considerarlo de este modo, siguiendo su propia línea de pensamiento.

»Podemos tomar el programa para la erradicación de la viruela de las Naciones Unidas como un equivalente. Éste comenzó en 1968 y duró una década. Los Estados Unidos contribuyeron, por su parte, con 2,6 millones de dólares al año en el esfuerzo; 26 millones de dólares en los diez años en los cuales la enfermedad fue eliminada.

»Mucha gente creyó que este dinero se estaba tirando y era como una caridad para el Tercer Mundo; y algunos

se preguntaban si no habría sido mejor usarlo en los propios Estados Unidos. “¿Por qué tenemos que gastar sumas masivas en gente que a menudo no se comportan debidamente?”, se decía.

»El Doctor L. B. Brilliant del Programa para la Erradicación de la Viruela, de la Organización Mundial de la Salud, reveló, sin embargo, que los Estados Unidos, sin ir más lejos, economizan más de 300 millones de dólares cada año en su protección de la gente americana contra la viruela. Otros calculan que el ahorro excede los 450 millones anualmente.

»De modo que su palabra “Inversión” es correcta. Los Sufíes invierten en parte para proteger a la gente contra la ausencia de la actividad Sufí, y el consiguiente empobrecimiento de la gente, y en parte para “inocular” a las personas contra los cultos y el condicionamiento; y también para llevar las ventajas de la empresa Sufí a quienes puedan beneficiarse de ello.

»De un modo similar, la gente que contribuye a las entidades Sufíes también ayuda a prevenir que las cosas se vuelvan peores; y ayudan también a hacer imposible que las cosas sean tan malas como lo fueron una vez.

Invención y desarrollo

P: Los británicos se quejan constantemente de que, aunque ellos inventan algunas de las cosas más maravillosas, casi nunca las desarrollan, y el resultado es que muchos aparatos técnicos en todo el mundo son de origen británico, mientras que ingenieros y científicos de otras naciones los han adaptado y comercializado. ¿Qué se puede hacer en relación con esto, y cuál es la relevancia

El Buscador de la Verdad

de este hecho con respecto a las capacidades humanas superiores?

R: He escuchado esto constantemente, en relación con los antibióticos, los motores de avión, los navíos de colchón deslizante y con otras cosas. A la gente le gusta quejarse de ello en discursos, y eso es parte de un estribillo que se ve en los periódicos. La derivación es que, si uno pudiese desarrollar un mejor sentido de la visión y la planificación, todo funcionaría mejor.

»Antes de considerar este problema, pienso que vale la pena prestar atención a lo que dijo un caballero inglés, después de considerar el fenómeno en conjunto. Me dijo: "Un francés, un alemán y un inglés eran llevados al cadalso para ser colgados. El francés fue el primero, y la trampilla no funcionó. Fue dejado en libertad por la razón de que nadie puede ser colgado dos veces: el destino había intervenido. Lo mismo ocurrió con el alemán.

»Cuando le llegó el turno al inglés, se le preguntó si tenía algunas palabras finales que decir. "Sí", dijo, "¡necesitáis un poco de grasa en los goznes"!

»El chiste es un diagnóstico notable de la mentalidad en cuestión. El hombre sabe lo que habría que hacer, pero es incapaz de relacionarlo con sus propias necesidades. Es también incapaz de mantener la boca cerrada, incluso cuando su vida está en juego.

»Esto, a su vez, pone de relieve el problema. Si los seres humanos dependen de las invenciones y el desarrollo de las invenciones, sin ningún interrogante acerca del tipo de invenciones, cuándo y dónde serían de mayor utilidad, entonces aquellos que inventan tendrían que aprender cómo desarrollar, y aquellos que desarrollan deberían también aprender a inventar, si es que este estado de co-

sas tiene que mantenerse en funcionamiento satisfactorio para tal visión mecanicista de la vida.

»Pero, ¿qué hay acerca del dilema en cuanto al tipo de invenciones, y qué tipo de desarrollo? Para eso es necesario el conocimiento superior.

Impedimento

P: No puedo comprender cómo puede ser cierto que la enseñanza Sufí verdadera contenga deliberadamente elementos que impidan a la gente inadecuada adentrarse en el tema. Seguramente la intención de los Sufíes, como la de cualquiera que tenga algo bueno que compartir, es la de interesar a tantas personas como sea posible, y mejorar a la gente por medio de su literatura, no apartarlos.

R: Las personas siempre están escribiendo a otras personas, afirmando que «no pueden comprender» esto o aquello. Si no lo comprenden, ello es simplemente una exposición de la condición del lector, no es una pregunta. Si, por otra parte, el individuo quiere decir que no quiere creerlo, podemos tratar de dar una respuesta. Escojo el interpretar esta cuestión de ese modo.

»A nivel social, la gente se hace detestable a menudo para prevenir que otros traten de ser demasiado amistosos, si no simpatizan con ellos. ¿Imagina acaso que algo que puede funcionar a un nivel tan elemental no puede funcionar a un nivel superior? Rumi, por ejemplo, arremete constantemente contra los eruditos y los muestra mucho más estúpidos de lo que ellos mismos imaginan ser. Esto disuade a pocos eruditos: ellos continúan escribiendo y conferenciando acerca de Rumi y su trabajo. Pero da a la persona ordinaria una oportunidad de ver lo

El Buscador de la Verdad

absurdo de la situación: eruditos que repiten sus propias limitaciones y que prosiguen con la tarea de Rumi después de setecientos años.

»Al asumir que los Sufíes quieren compartir con la gente e interesar a tantas personas como sea posible, usted los está confundiendo con cultistas entusiastas y gente que cuenta cabezas. Los Sufíes quieren compartir, pero tienen que compartir con aquellos que pueden aprovechar esta participación y pueden, por lo tanto, continuar el proceso de compartir con otros que vengan luego. Esto requiere que los Sufíes usen su energía en “enseñar cómo aprender”; antes de que pueda producirse cualquier participación. Compartir la pura sensación de importancia o de ser un ser humano, o incluso un sirviente de la humanidad, puede hacerlo cualquiera, y es el tipo de participación hacia la cual la gente está esforzándose constantemente. Pero el mínimo deber humano es servir a otros: no es un gran logro. Sentirse importante es un vicio, no una virtud, no importa lo escondido que esté como participación en algo noble.

»Finalmente, tenga en cuenta lo que los oficiales de parques de New Jersey, en U.S.A., han hecho con los árboles navideños. Tanta gente los estaba robando que ahora son fumigados con un producto químico que produce un olor ofensivo cuando el árbol se pone en un lugar cálido.* Los ladrones aprenden a evitar estos árboles por dicha razón. Si esto se puede hacer con las plantas, ¿por qué no con los libros? Y, en el caso de un libro, o del comportamiento de un hombre, no se tiene que arruinar el libro o desperdiciar el contacto con el hombre (como se tienen que desperdiciar los árboles de Na-

* «Daily Telegraph» - Londres, 19 diciembre 1978, p. 8, col. 4-5.

vidad de New Jersey) para dar una lección a los “que no pueden comprender”.

Causa y efecto

P: ¿Por qué los Sufíes hacen a veces cosas inexplicables? Acerca de ellos he escuchado que han prohibido a la gente el comer cierto alimento, o les han mandado que vayan a ciertos lugares, o incluso han dicho cosas extravagantes que la gente trata de descifrar durante años.

R: Los imitadores hacen estas cosas para impresionar. Los verdaderos Sufíes las hacen porque tienen un conocimiento de la relación de causa y efecto. Mucha gente no tiene ni idea de que lo que parecen las más triviales acciones pueden tener efectos de alcance extremo. Sólo ocasionalmente causa y efecto se consideran en un corto espacio, sin contraer la escala de tiempo, dando un equivalente de lo que estamos hablando. Existe el caso, para tomar uno al azar, de:

El vino y el dedo

El escritor teatral francés Victorien Sardou estaba sentado a la mesa durante una cena cuando volcó un vaso de vino. Una dama que estaba a su lado, para prevenir que el líquido manchase el mantel, derramó sal sobre él. El derramar sal, para alguna gente, significa mala suerte. Para contrarrestarlo, un pellizco se lanza sobre el hombre; y Sardou lo hizo así.

La sal fue a parar a los ojos del camarero que estaba tratando de servirle, y el pollo que sujetaba en una bande-

El Buscador de la Verdad

ja cayó al suelo. El perro de la casa comenzó a engullir el pollo, y un hueso se atascó en su garganta, de modo que comenzó a asfixiarse. El hijo de la anfitriona trató de sacar el hueso de la garganta del perro. El perro se volvió contra el joven y le mordió en el dedo, con tanta fuerza, que hubo que amputárselo.

El camarero, el perro, y el hijo de la casa, todos estaban actuando automáticamente, a través del yo secundario: una mezcla de codicia, esperanza, temor y condicionamiento. Sólo la mujer actuó por razones prácticas: pero su intento de reparar la situación se vio frustrado por el escritor teatral, cuya segunda acción —lanzar la sal sobre su hombro— desencadenó el tren completo de acciones.

Falsos maestros

P: ¿Por qué hay tantos falsos maestros espirituales?

R: Ésta es una de las preguntas más comunes, y hay casi tantas respuestas como gente que pregunta. Donde hay una cosa verdadera o útil, con seguridad hay una falsificación. Esto no significa que la intención original fuera errónea, pero las cosas se vuelven erróneas si no están organizadas convenientemente. No hay diferencia entre este problema y aquel del:

Taiwanés herido de amor

Había una vez un joven en Taiwán que deseaba ardientemente que cierta joven se casase con él. Le escribió cartas durante un período de más de dos años, a una media de una diaria, declarando su amor.

Esto continuó, dice «United Press», desde 1972 hasta 1976.

Sin ese esfuerzo habría sido difícil que la mujer se prometiese, del modo que lo hizo, con el cartero que le llevaba las cartas.

Trovadores

P: He escuchado repetidamente que grupos tales como los trovadores estaban ocupados en programas de instrucción religiosa, pero no puedo ver cómo. Después de todo, ellos estaban divirtiendo a la gente con sus canciones y poemas. Seguramente esto es parte de lo que usted ha llamado la «industria del entretenimiento». Y no conduciría a nadie a la iluminación, más de lo que puedan hacerlo las danzas sagradas o la oración autocentrada.

R: Hay un restaurante en Nueva York al cual un amable amigo me invitó. Los camareros entretienen allí a los niños con balones y canciones, actuando como flautistas alrededor de las mesas. ¿Hace esto que alguien imagine que no son camareros en modo alguno? Un momento de observación muestra que, aparte de esta función de entretenimiento, son ciertamente trabajadores que llevan comida a las mesas.

»El hecho es que las actividades Sufíes pueden contener entretenimiento, pero tienen algo más también; así como una naranja tiene sabor y nutrición. Esto generalmente no se comprende, porque la gente está de hecho buscando entretenimiento o, puesto de otro modo, no buscan hechos. Aquí hay un cuento que puede fijar esto en su mente:

»Un hombre solía estacionarse cerca de la ventana de

El Buscador de la Verdad

una hermosa joven, tocando la guitarra y dándole la serenata.

»Alguien le preguntó:

—¿Por qué no le pides que se case contigo?

»Él dijo:

—He pensado en eso; pero, y si ella acepta, ¿qué haré durante los atardeceres?

7. COMENTARIOS EN LOS ENCUENTROS DE SOBREMESA

Satisfacciones

P: ¿Por qué tanta gente está satisfecha con cosas vanas y estúpidas? Seguramente debería ser obvio que hay objetivos superiores a hacer dinero, participar en juegos, o tratar de ser famoso, por ejemplo.

R: La gente sólo puede hacer lo que puede hacer en un momento determinado. Puede que tengan que esperar hasta que las circunstancias les permitan tener mejores objetivos.

Hay una historia acerca de esto, que puede tener un paralelo en el mundo familiar:

El remedio

Un insomne se dirigió a un doctor devoto en busca de consejo:

—Memorice oraciones, y manténgase levantado durante toda la noche repitiéndolas —dijo el médico santo.

—¿Y curará eso mi insomnio?

—No, pero dejará de molestarle.

*Bases y factores esenciales del
conocimiento Sufí*

Una vez un hombre observó una gran caja cerrada, que parecía muy antigua y era de curiosa artesanía, en un rincón de la tienda de uno de los grandes comerciantes de Bagdad.

En el exterior había una inscripción:

Las bases y factores esenciales del conocimiento Sufí.

Este hombre estaba muy interesado, ya que durante muchos años había estado reflexionando acerca de los Sufíes, y leyendo sus obras y sus vidas.

Compró la caja por una suma muy alta de dinero, y se la llevó a casa.

Cuando la pudo abrir, había sólo una pequeña pieza de papel en el interior, en la cual estaba escrito: «Las bases y factores esenciales del conocimiento Sufí es que desees la Verdad por encima de la excitación y que te encamines hacia el Maestro».

¿Quién es más espiritual?

P: ¿Cómo es que ideas superiores y percepciones profundas siempre vienen del Oriente?

R: Le puedo dar una de las explicaciones que son usuales en Oriente. Era conocida ahí al menos desde tiempos de las Cruzadas, pero creo que descubrirá que contiene una interesante y escondida reflexión acerca de la naturaleza humana.

»Se narra que un joven le preguntó a un sabio:

—¿Cómo es que los francos (europeos) tienen tanta fuerza bruta, mientras nosotros sólo tenemos fe?

—Porque —dijo el hombre sabio— cuando se distribuían las provisiones para este mundo, al principio de los tiempos, ellos escogieron primero.

Reconociéndolo

Todo un grupo de gente murió al mismo tiempo en una catástrofe, y se sorprendieron al encontrarse en un mundo muy similar a éste. Tenían a su disposición todo tipo de entretenimientos y todas las facilidades posibles.

Se asombraron al descubrir que estaban en el infierno.

Aquéllos que querían vidas excitantes las tuvieron. La gente que deseaba dinero lo obtenía. Se alcanzaban ambiciones de todo tipo.

Había muchos demonios sirviendo, que ayudaban a todos a hacer lo que quisiesen.

Un día, conocido como el «día de las quejas», un grupo de «condenados» se dirigió al demonio controlador. Dijeron:

—Llevamos una vida maravillosa: fiestas, riquezas, excitación, pero parece como si nos estuviésemos desgastando, nos volvemos poco atractivos unos a otros y lentamente vamos perdiendo las pertenencias que nos llegan tan fácilmente...

—Sí —dijo el diablo— ¿a que es infernal?

El rey y su hijo

Había una vez un rey, cuyo único hijo escogió, cuando creció, el ser un haragán y un derrochador. Constantemente rodeado por vividores y oportunistas —a quienes

El Buscador de la Verdad

consideraba como gente de mérito —, él juzgaba todas las cosas por medio de sus reglas. Aunque todos ellos vivían, por ejemplo, gracias a la liberalidad del rey, se burlaban de él en privado, y tenían en gran estima a gentes y cosas que no eran de valor alguno, aparte de divertirles.

Un día el rey, sin avisar, llamó al príncipe y lo echó del palacio. Infeliz y perplejo, el joven fue de un amigo a otro buscando simpatía y consuelo, pidiendo ayuda. Pero nadie se la daba, — aparte de comentarios acerca de la maldad del rey, y que seguramente habría justicia en algún lugar, probablemente tan lejos de palacio como fuese posible.

Debido a su estupidez y a sus hábitos, el príncipe se sintió cada vez más separado de su padre. Aunque trató de comenzar una nueva vida por sí mismo, no sabía cómo hacerlo. Había olvidado, en la compañía de sus malvados asociados que pasaban como amigos, el ver las cosas como realmente son. En consecuencia encontró su vida tan dura como desconcertante. Se dedicó a ocupaciones triviales, siempre perseguido por la ansiedad y el vacío.

Después de muchos meses, el rey envió emisarios para que llevasen al príncipe ante él.

—Hijo mío —dijo—, seguramente ahora ves cómo tus propios hábitos te han hecho caer, y de qué poca utilidad han sido tus antiguos y estimados compañeros.

Nosotros, también, que confiamos en ciertas metas en esta vida como «buenas» y estimamos ciertas cosas y gentes como «significativas», fallamos en ver lo Real, o incluso sus indicios. Ciertos hábitos mentales nos tienen atrapados en el papel de «haraganes» y «derrochadores».

Definiciones

Un hombre bueno es aquél que trata a otros como a él le gustaría ser tratado.

Un hombre generoso es aquél que trata a otros mejor de lo que él espera ser tratado.

Un hombre sabio es aquél que sabe cómo él y otros deberían ser tratados; de qué modo, y hasta qué punto.

El primer hombre es una influencia civilizadora.

El segundo hombre es una influencia de refinamiento y difusión.

El tercer hombre es una influencia de desarrollo superior.

Todo el mundo debería ir a través de las tres fases tipificadas por estos tres hombres.

El creer que la bondad o la generosidad son fines en sí mismos puede ser bueno, o puede ser generoso. No es, sin embargo, una actitud madura —y esto es lo más bueno o generoso que se puede decir acerca de ello.

Si alguien dijese: «¿Qué es mejor, ser bueno, generoso o sabio?», uno tendría que responder:

«Si eres sabio, no tienes que estar obsesionado con ser “bueno” o “generoso”. Estás obligado a hacer lo que es necesario».

El gurú

Oriente hormiguea con gentes que están buscando conocimiento y han venido desde Occidente sin una educación que los capacite para reconocerlo.

Y está también hirviendo con cuentos acerca de esta gente y sus peculiares modos. Cuando los encuentras de

El Buscador de la Verdad

regreso en Europa o América y te cuenten cómo encontraron la Verdad, tómallo un tanto irónicamente.

Una de mis historias favoritas acerca de estos desafortunados es la siguiente:

Sólo una cuestión de tiempo

Un Buscador occidental de la Verdad fue en un viaje a Oriente, con cierto número de fotografías que un amigo le había dado de un supuesto Maestro espiritual. Para hacerlo más fácil, el amigo le había enviado ocho fotos del mismo hombre, tomadas desde diferentes ángulos.

Algunas semanas después, tal es la multitud de supuestos místicos en esos lugares, recibió una postal de su amigo que decía:

—Ya he localizado y he sido espiritualmente elevado por siete de los grandes hombres cuyas fotografías me enviaste, y estoy muy adelantado en la pista del octavo.

Críticos del Sufismo

Todos los críticos actuales del Sufismo pueden ser medidos cuando se comprende que el análisis, la discusión y la investigación de argumentos opuestos muestra que están basados en uno o más de estos simples factores:

1. Un deseo de mantener intactas en su mente ideas o suposiciones que el crítico teme amenazadas por el pensamiento Sufí.

2. Un deseo de encontrar en el Sufismo un sistema simplificado; faltando esto, el crítico puede muy bien oponerse a la forma con la cual está en contacto, u opo-

nerse a todo el Sufismo. Esto se debe al fracaso en la búsqueda de un modelo mental de Sufismo que el crítico pueda aceptar o que concuerde con sus prejuicios, como quiera que éstos se hayan formado.

3. Falta de información, o estudio relativamente superficial. Estando el pensamiento y la acción Sufí tan extendidos en varias lenguas, culturas y épocas, eruditos y estudiantes confunden a menudo una manifestación local con «todo el Sufismo», o con «el verdadero Sufismo». Una variedad de ello se encuentra en el culto a la personalidad, cuando la lealtad a un maestro Sufí individual causa que sus seguidores consideren los énfasis que él ha marcado como sacrosantos, y lo que no ha hecho (o dicho) como heterodoxo. Esto es sólo una consecuencia normal en la formación del culto y está, por supuesto, sacando al estudiante del ámbito del Sufismo y llevándolo al faccionismo.

Es interesante, incluso extraordinario, notar que mientras el Sufismo es sistematizado sólo con propósitos instrumentales —para acercarse a objetivos— y no puede por lo tanto abordarse a través de medios simplistas, sin embargo las aproximaciones críticas están tan intensamente simplificadas que se pueden cubrir virtualmente con los tres factores principales enumerados anteriormente.

Innumerables libros, reseñas, cartas y conferencias que han sido analizados durante la década pasada muestran una abrumadora mayoría de reacciones al Sufismo que se incluyen en estas categorías.

El Buscador de la Verdad

Efectos laterales

P: Desde que comencé a estudiar Sufismo, ha habido muchas dificultades en mi vida; o puede ser que note las cosas más que antes. A menudo siento que las desventajas son mayores que los beneficios.

R: Ésta es una pregunta típica, y una de las cosas interesantes acerca de ella es que un igual número de gente dice exactamente lo opuesto. Ambos comentarios, por supuesto, emanan de la parte superficial de la mente, y se relacionan con expectativas.

»Esta parte de la mente de uno está muy bien representada por varios animales en fábulas y otras literaturas. La situación de este cuestionante puede quedar resumida en este dicho:

«Un asno bebió de un charco y entonces comenzó a quejarse de que su barbilla se había humedecido».

De acuerdo con el mejor consejo

P: Hay una tendencia extendida hoy entre la gente de amalgamar creencias y rituales de todas las fuentes espirituales. Los Sufíes, sin embargo, parecen decir que la Verdad es una y que las formas varían y no pueden ser amalgamadas. Si todas las formas son sólo parte de una Verdad última, ¿por qué no pueden estas formas situarse juntas?

R: Porque las formas provienen de varias necesidades y épocas, y no funcionan juntas, del mismo modo que la rueda de un carro no puede adaptarse a un automóvil.

»Quizás no hayas escuchado el cuento de Mulla Nasrudín, cuando estaba tratando de construir una casa.

»Sus amigos, todos los cuales tenían casa y algunos

Comentarios en los encuentros de sobremesa

eran carpinteros, constructores y demás, le rodeaban. Él se alegró de recibir sus consejos.

»Uno después de otro, y algunas veces todos juntos, le dijeron lo que debía hacer. Mulla Nasrudin siguió obedientemente las instrucciones de cada uno.

»Cuando el edificio estuvo finalizado, no se parecía en nada a una casa.

—Es curioso —dijo Nasrudin—, ¡después de todo, hice exactamente lo que todo el mundo me dijo que hiciese!

Dulces para el sabio

Hay una vieja historia acerca de dos eruditos, muy respetados en sus comunidades, que salieron a pasear un día, discutiendo acerca de la gente y los acontecimientos, cuando la conversación se encaminó hacia el tema de cierto Sufí prominente.

El primer erudito, cuyo tema predilecto era la literatura y la biografía, dijo del Sufí:

—Es un verdadero sabio, y un santo; nunca toma nada para sí mismo.

El segundo erudito, que era un experto en religión y tenía mucha experiencia en asuntos legales, dijo:

—No tiene que «tomar» porque la gente le da cosas automáticamente. Estoy seguro, sin embargo, de que las tomaría si pudiese...

Ocupados así, cada uno ofreciendo alternativamente una anécdota acerca del Sufí para apoyar sus propias convicciones, los dos pensadores llegaron a un *caravanseraí*. Entraron atraídos por el sonido de una ruidosa y animada discusión. Dentro encontraron a una mujer, repitiendo a un círculo de mercaderes, ociosos y demás:

El Buscador de la Verdad

—Mi marido se ha divorciado de mí, y he perdido el contrato de matrimonio, por cuyos términos tengo derecho a la mitad de sus posesiones si se divorcia de mí. Ahora él niega haberlo firmado, y la Corte no me escuchará. Sólo tengo una simple moneda de cobre de mi propiedad.

La audiencia estaba ofreciendo sugerencias para resolver su problema, abarcando desde el asesinato a la oración.

El segundo erudito propuso entonces que el problema fuese llevado al Sufí sobre quien habían estado discutiendo.

—De este modo —le dijo a su compañero— podremos comprobar si hará algo por nada.

Ya que el Sufí era tan altamente respetado, todo el mundo estuvo de acuerdo, y los presentes se trasladaron al lugar donde este hombre de sabiduría se sentaba, silenciosamente, durante una hora antes de la cena un día a la semana.

La multitud se acomodó alrededor del sabio contemplativo, que levantó sus ojos hacia la trastornada mujer.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

Ella dijo:

—Respetado señor, estos dos sabios y amables caballeros han sugerido que quizás usted pueda ayudarme. ¿Se presentaría usted ante los magistrados para testificar que, al mirar en mi corazón, ve que estoy diciendo la verdad cuando proclamo que, mediante mi contrato matrimonial perdido, tengo derecho a la mitad de la propiedad de mi anterior marido al ser divorciada? La Corte juzgará sólo por pruebas, o sobre la palabra de alguien que esté relacionado con la Verdad...

El Sufí la interrumpió:

—Antes de que hagamos algo así, tú tendrás que ha-

cer algo más. Ve al mercado y tráeme un trozo de delicias turcas.

Entonces la multitud se quedó boquiabierta, el primer erudito se sintió muy avergonzado ante la glotonería y superficialidad del Sufí, y el segundo erudito sonrió triunfante ante esta aparente demostración de la verdadera naturaleza del místico. La mujer, después de pensarlo un momento, con el semblante ceñudo, dio media vuelta y fue a comprar el dulce.

Todo el mundo esperó en silencio, hasta que la mujer retornó y tiró el paquete, comprado con su última moneda, a los pies del Sufí.

—¿Es éste el modo de comportarse cuando pides un favor? —preguntó el Sufí—. Te ruego que abras el paquete y apartes el dulce.

Mientras la mujer desenvolvía el paquete, vio que estaba envuelto en un trozo de papel, el mismo sobre el que estaba escrito su contrato matrimonial.

Entonces, por supuesto, la multitud aulló deleitada ante el milagro; el primer erudito se llenó de alegría, y el segundo hombre de letras se sintió avergonzado y confuso.

Cuando los miembros de la multitud hubieron salido corriendo en todas direcciones para difundir el milagro del gran santo, y la mujer y los dos hombres de letras aún se encontraban ante él, el Sufí le dijo a la mujer:

—Ten presente que tus necesidades a menudo pueden ser atendidas, pero el modo de conseguirlo es raramente dando instrucciones específicas a aquéllos que conocen las cosas mejor. Ahora ve y haz valer tus derechos.

Al primer erudito le dijo:

—El juzgar a una persona como «buena» a través de juicios basados en superficialidades es sólo ligeramente

El Buscador de la Verdad

mejor que juzgarla «mala» a través de signos externos. Trata de aprender lo que es realmente correcto, no seguir lo que te esté complaciendo.

Al segundo erudito le dijo:

—Por la amargura de la decepción en lo que realmente es un modo superficial de pensar, el remedio es tomar algo tan insignificante, pero más dulce. Por lo tanto te adjudico la delicia turca, algo trivial para tratar con lo trivial. En cuanto a los espectadores, han obtenido su sustento, porque buscaban excitación.

Y aunque esto ocurrió hace muchos siglos, los sabios insisten en que acontecimientos similares pueden ser vistos por aquéllos que los ven, ya que ocurren en el mundo actual, y todos los días.

Alarma

P: Los peligros del culto a la personalidad y la necesidad de que todo el mundo encuentre su Camino son las declaraciones más atractivas de cierto gurú, que tiene muchos discípulos en todo el mundo. ¿Debería ser escuchado?

R: Hay un dicho: «No cortes un árbol que está dando sombra».

»Mucha gente imagina que gurús tales como éste son santos y útiles. De hecho están proporcionando un distinguido servicio social (aunque no espiritual). Aquellos que necesitan esta «sombra», ciertamente deberían tenerla.

»Por lo que respecta a otros, deberían ser capaces de conocer lo que es sombra, y lo que es algo más.

»El modo de determinarlo es mirar y ver si, con palabras de otro proverbio, alguna gente está: ¡Alimentando una llama y gritando “Fuego”!

Un patrón básico

Si reúne cierto número de las razones más frecuentes dadas aparentemente por las mujeres para explicar por qué quieren algo, puede muy bien sorprenderse cuando las compare con supuestos deseos «menos frívolos». A la izquierda hay una lista de las «razones» o justificaciones proporcionadas por las mujeres; a la derecha, tomadas de mis propios archivos, ejemplos actuales de razones que me han dado varios corresponsales del porqué creen que deberían estudiar Sufismo.

- | | |
|--------------------------------------|---|
| 1. Es bueno para mi moral | 1. Quiero ser feliz/estar realizado. |
| 2. Viene de París | 2. Viene de Oriente. |
| 3. Todo el mundo tiene uno. | 3. Todo el mundo tiene derecho al conocimiento. |
| 4. Nadie más lo tiene. | 4. Es un conocimiento raro/para pocos. |
| 5. Es más barato con el tiempo | 5. Puede que sea más duro, pero es más real. |
| 6. Es diferente. | 6. Es diferente. |
| 7. He esperado tanto tiempo... | 7. He estado esperando toda mi vida. |
| 8. Me gusta: tiene que ser correcto. | 8. Algo me dice que debe de ser verdad. |
| 9. Yo siempre he querido uno... | 9. La necesidad siempre ha estado en mí. |

No cabe duda de que tanto el deseo de los adornos como el de las satisfacciones «espirituales» más sutiles son variedades de un impulso adquisitivo en estos casos.

Los Sufíes son conscientes de que esta etapa se debe

El Buscador de la Verdad

superar. Para ir más allá de este punto adquisitivo puede que sea necesario el alcanzarlo primero, reconocerlo y luego desecharlo.

Hay tres reflexiones útiles que se aplican para la descripción y superación de este estado:

1. Si te adoro por deseo del Paraíso, exclúyeme del Paraíso; si te adoro por temor al Infierno, arrójame al Infierno (Rabia).
2. El burro que te trajo a la puerta no es el medio por el cual entrarás en la casa.
3. Primero arrepíentete; más tarde tendrás que arrepentirte de tu arrepentimiento.

Impacto

Es una característica de los primitivos el considerar cosas que se sienten fuertemente como de gran importancia. Cuanto menor sea el conocimiento de una persona acerca del origen o funcionamiento del sentimiento, de mayor importancia lo dotará. Tomemos algunos ejemplos al azar:

— Incapaz de explicar o mitigar los dolores del parto, la gente primitiva los ha llegado a considerar como infligidos por algún poder superior. Algunos aún lo creen hoy en día. Los «bárbaros sofisticados» toman este pensamiento una etapa más allá, y creen que el amor de la madre por su hijo está en proporción directa con el dolor que ella experimenta durante el alumbramiento. Esto no dice nada acerca del amor maternal, pero todo acerca de quienes lo creen así.

— Si una persona primitiva, o un niño en una etapa similar de desarrollo mental, experimenta dolor, o un mo-

vimiento de alegría, en sincronismo accidental con algún otro acontecimiento, él o ella a menudo conectarán los dos, produciendo un sentido de importancia en lo que puede muy bien haber sido un incidente trivial o irrelevante.

— Si se sigue la historia de un individuo que considere alguna personalidad como de gran importancia en su vida, se encontrará siempre que la personalidad ha engendrado en cierto momento fuertes sentimientos de algún tipo en la otra persona.

El hecho es que la emoción sensibiliza el cerebro del individuo. Si la verdadera explicación de lo que está ocurriendo (como «se te está extrayendo un diente») no aparece, se producirá un fuerte sentimiento de dependencia hacia la fuente (o incluso la supuesta fuente) del estímulo. En vez de explicación, el cerebro recurrirá a la semiexplicación.

Tal semiexplicación puede volverse tan poderosa que puede asumir una posición dominante en la imagen mental del individuo.

Es la política consciente o inconsciente de muchos organismos dogmáticos religiosos, políticos, sociales, tribales, psicológicos, escolásticos y otros, el crear esta situación con la expectativa de que en el momento de mayor emoción la idea dominante que tome posesión de la mente del individuo sea la misma que el sistema desee propagar.

Este patrón puede verse repetido en cualquier lugar, en virtualmente todos los sistemas del mundo. También ocurre a menudo, de un modo accidental o al azar. Cuando una persona adquiere una fijación sobre una idea rara e inaceptable, su condición atrae la atención de los terapeutas psicológicos. Cuando es «inofensiva» puede que

El Buscador de la Verdad

no se perciba en modo alguno. Cuando es socialmente aceptable, el individuo puede incluso ser premiado, y el condicionamiento se reforzará con cada premio.

En filosofía práctica encontramos una y otra vez que la tentativa básica (antes de la fase institucional o dogmática) tiene que ser el capacitar al estudiante para verse a sí mismo como la víctima de tales fuerzas. Mediante la distanciación de la operación del impacto sobre sí, es capaz, teóricamente, de evitar el efecto de la emoción en hacerle, no él mismo, sino una copia de alguien más, o el producto de una serie de ideas.

Mientras este nivel de comprensión no sea alcanzado, todos los esfuerzos para comprenderse a uno mismo, para encontrar lo que uno es realmente, son, en el mejor de los casos, de valor latente; porque siempre se evaluarán a través del velo de las obsesiones implantadas por los mecanismos que acabamos de describir.

8. LA HABILIDAD QUE NADIE POSEE

—Doce cuentos—

La habilidad que nadie posee

Había, en tiempos muy lejanos, un joven que vivía cerca de una pequeña ciudad en un poderoso imperio. Era alegre e inteligente, e impresionaba a todo el mundo con su habilidad para aprender y su buena disposición hacia los demás.

Vivía con su madre, que era viuda.

Un día su madre le dijo:

—Anwar —porque éste era su nombre—, Anwar, realmente deberías estar pensando en asentarte en la vida. Es verdad que ayudas a los granjeros como lo hacen otros jóvenes. Sé que te sientas en casa y haces cestos como otra gente, cuando no hay nada más que hacer. Pero deberías casarte o salir a buscar tu fortuna en el ancho mundo. De un modo u otro, esto es lo que pienso acerca de la situación.

—¡Mi querida madre! —exclamó el joven—, esto es exactamente lo que quiero hacer. Podría permanecer en casa y trabajar permanentemente para uno de los granjeros; o podría ir y tratar de hacer algo realmente temerario, como viajar a lugares muy distantes. Pero, antes de intentar una cosa así, he decidido que me quedaré cerca

El Buscador de la Verdad

de casa y me convertiré en alguien de importancia: ¡Me casaré con la hija del emperador y viviré feliz para siempre!

—Gente como nosotros —dijo la vieja mujer— normalmente no tiene tales ideas. Casi nadie de entre nosotros, campesinos ordinarios, ha visto nunca al emperador, y mucho menos a su hija. Y, puedo preguntar, ¿quién eres tú para ir al monarca y pedirle algo tan absurdo?

—Yo, madre, no soy nadie para hacerlo —dijo el joven—, pero tú, bueno, eso es otro asunto. ¡Quiero que vayas ante el emperador y le pidas la mano de la princesa en mi nombre!

Podemos muy bien imaginar cómo se sintió la pobre mujer. El joven Anwar era, en verdad, la perla de sus ojos, pero seguramente estaba mostrando demasiada temeridad e incluso rudeza al tener tales ambiciones.

—¡Tonterías! —dijo ella, y le dio tanto trabajo que hacer que por un tiempo él olvidó su plan.

Entonces algo se lo recordó de nuevo. Le insistió y le insistió a su madre, hasta que ella se dio por vencida, puso algunas cosas imprescindibles en una bolsa y se dirigió a la capital del Imperio.

Día tras día la pobre mujer vagabundeó cerca del palacio, donde vio cabalgar a la deslumbrante guardia, a las embajadas de lejanos países llegar y partir, donde contempló las gigantescas murallas, detrás de las cuales se sentaba, en su sala del trono, el mismísimo emperador. Había mucha excitación en las calles, como siempre hay en una capital. Por todas partes había cabalgatas y gente de importancia, y ambas, en su propia medida eran para el solaz y aprendizaje de la gente.

Pero, ¿cómo llega uno ante la presencia de una persona como el emperador?

Ella trató y trató y trató. Entonces pensó: «Si el emperador no deja que me acerque a él, debo esperar hasta que él se acerque a mí».

De modo que se estacionó, día y noche, afuera de la gran mezquita a la cual el emperador cabalgaba, en un caballo blanco, para la oración del viernes. Había siempre una gran multitud, pero después de cierto tiempo la vieja mujer fue conocida como la que se sentaba en cierto punto. Ella escogió este lugar porque era justo donde el soberano hacía girar a su caballo después de montar.

Un viernes, estaba la mujer sentada silenciosamente en su posición habitual, y cuando el emperador puso su pie en el estribo y echó una mirada en su dirección, ella levantó sus manos en súplica.

—Haced que traigan a esa mujer a palacio —ordenó el monarca tan pronto como vio su gesto. A los pocos minutos ella estaba a su lado en la sala del trono.

—Tú eres una mujer pobre, como puedo ver —dijo Su Majestad—. ¡Y será mejor que hables si buscas una recompensa de mí!

Pero la mujer estaba tan atemorizada por el lugar y por estar hablando con el gran hombre que, aunque abrió la boca, ningún sonido salió de ella.

De modo que el emperador ordenó que se le diese una bolsa de oro y fuese acompañada a la puerta.

—Esta gente siempre puede arreglárselas con dinero —dijo a sus cortesanos.

Cuando la vieja mujer retornó a casa, su hijo le dijo:

—¿Viste al emperador?

—¡Ciertamente lo vi, Anwar!

—¿Le suplicaste?

—Lo hice.

—¿Estuviste en su presencia?

El Buscador de la Verdad

—Sí.

—¿Y qué respondió a mi propuesta de casamiento con su hija, la princesa Salma?

—¡Joven loco! ¿Cómo podía yo, vestida con andrajos y sin las maneras de la Corte, decir algo así? No dije nada, porque estaba sobrecogida por el esplendor del lugar. Pero Su Majestad Imperial fue más que amable y nos ha dado esta bolsa llena de oro. Puedes usarlo para establecerte como comerciante, y eso te dará una carrera y un objetivo para el resto de tu vida. ¡Olvida todas esas tontearías sobre las princesas!

—Madre, ¡yo no quiero oro, yo quiero a la princesa!
—dijo Anwar.

Continuó importunándola, hasta que su madre se vio forzada a salir de nuevo hacia la capital.

Allí el emperador la vio de nuevo, sentada en su esquina. La llamó de nuevo y le preguntó qué quería. De nuevo ella estuvo demasiado asustada para hablar. De nuevo él le dio una bolsa de oro y la despidió.

Y lo mismo ocurrió cuando ella volvió a su humilde cabaña, con Anwar disconforme, a pesar de toda la amabilidad del emperador.

Finalmente Anwar le dijo a su madre:

—He decidido no quedarme en casa. He decidido no aceptar la vida confortable que me proporcionaría el oro. He decidido salir en busca de la hija del emperador, y por lo tanto mañana por la mañana me iré para descubrir cómo puedo conseguirla.

Al día siguiente, al alba, dejó la casa y comenzó a andar a lo largo del camino, a través de los bosques. En lo alto de un cerro, donde el camino describía una curva, Anwar se encontró con un hombre sabio, sentado al lado del camino, con un gorro puntiagudo en la cabeza, su

manto hecho de pequeños cuadros de tejido cosidos juntos cuidadosamente.

—¡La Paz sea contigo y tu presencia, derviche! —dijo Anwar educadamente.

—¿Y qué es lo que andas buscando, joven hermano? —preguntó el derviche.

—Estoy buscando el modo en que pueda abordar al emperador y pedir la mano de su hija en matrimonio, porque he puesto mi corazón en ello —dijo Anwar.

—Eso es difícil —dijo el hombre sabio—, a menos que primero estés preparado para aprender la «Habilidad que nadie posee».

—¿Cómo puede existir tal cosa, si se la llama la «Habilidad que nadie posee»? —preguntó el joven.

—Nadie la posee, porque la gente la ejercita —dijo el derviche—, y sólo pueden ejercitarla cuando tienen algunos otros elementos. Cuando tienen esos elementos, la habilidad trabaja para ellos, de modo que no tienen por qué poseerla realmente.

—Eso es extremadamente difícil —dijo Anwar—. Pero ¿podrías darme instrucciones acerca de cómo buscarla?

—Sí, ciertamente —dijo el anciano—. Sigue recto, sin permitir que nada te desvíe, manteniéndote en el mismo camino, y sin pensar que haya nada más importante que el camino.

Anwar dio las gracias al derviche y siguió su camino. El camino le guió cada vez más lejos, y vivió lo mejor que pudo de frutas salvajes, raíces, bayas y la generosidad de varias gentes con quienes se encontró. Algunas veces la gente le sugería que debería tomar empleo con ellos, o interesarse en sus artes y ocupaciones; o incluso casarse con sus hijas. Pero Anwar siguió su camino, aunque después

El Buscador de la Verdad

de mucho tiempo comenzó a sentir cada vez más que el camino no conducía a lugar alguno.

Y entonces, un día, cuando se aproximaba el anochecer, Anwar vio que el camino tenía un fin. Es decir, en vez de pasar al lado de cierta fortaleza enorme, conducía directamente hacia el interior, a través de una amplia puerta.

Anwar se dirigió hacia la entrada.

El centinela le hizo frente:

—¿Qué buscas?

—Estoy buscando a la princesa, con quien he decidido casarme —respondió Anwar.

—¡No puedes pasar, a menos que tengas un propósito más razonable que ése! —exclamó el guardia de la entrada, y amenazó con una puntiaguda escarpia al pobre Anwar.

Anwar dijo:

—Bien, entonces voy a aprender la «Habilidad que Nadie Posee».

—Esto es diferente —dijo el guardián, bajando su arma—. Pero alguien te tiene que haber hablado de eso —añadió hoscamente—, porque usualmente la gente imagina que puede acercarse a la princesa de un modo directo.

Anwar siguió su camino, y se encontró dentro de los terrenos de un enorme castillo. En un pequeño pabellón del recinto había una figura silenciosa, sentada en contemplación. Cuando Anwar se acercó a ella, ¡vio que era el mismo derviche a quien había encontrado en el camino hacía tantos meses!

—Ya que has llegado aquí al fin, sin prestar atención a las tentaciones del camino —dijo el derviche—, puedes pasar a la siguiente prueba.

La Habilidad que nadie posee

El derviche introdujo a Anwar en un largo y bajo salón de meditaciones, donde hileras de derviches silenciosos estaban reposando, con las cabezas en sus rodillas.

Anwar se sentó. Entonces los derviches comenzaron a realizar ejercicios, y Anwar se sintió impelido a emularlos. Cuando eso terminó, fue asignado al Maestro jardinero, y se le hizo trabajar, cavando, regando, podando, cuidando plantas y cortando senderos, hasta que sus manos estuvieron tan doloridas como su espalda. Y todo eso siguió durante muchos meses.

Después fue llevado a la habitación del Maestro del monasterio, y tuvo que ir allí cada día durante horas sin fin, mientras el gran hombre le miraba sin decir nada. Eso siguió durante muchos más meses.

Tras eso, Anwar fue asignado a las cocinas, donde trabajó como un esclavo, preparando comida para los cientos de derviches que vivían en los recintos, y para la gente que constantemente visitaba el monasterio, así como para los muchos festivales que organizaba la hermandad.

Algunas veces Anwar sintió que estaba siendo útil, otras veces que estaba perdiendo el tiempo, porque constantemente pensaba en la princesa, y también acerca de la «Habilidad que Nadie Posee».

Pero lo peor estaba aún por venir. Eso fue cuando no tuvo ningún trabajo que hacer. No era invitado a tomar parte en los ejercicios de los derviches, no había lugar para él en las cocinas y no se le necesitaba en los jardines. Muchos otros jóvenes llegaron y se fueron, la mayoría parecían satisfechos, pero en conversaciones con ellos Anwar no pudo aprender mucho acerca de la comunidad y cuál era el significado de sus actividades; si es que había algún significado.

Entonces, un día, después de algunos años, Anwar

El Buscador de la Verdad

fue llamado ante la presencia del Maestro del monasterio. Cuando llegó a la *hujra*, la habitación donde el Maestro entrevistaba a la gente, vio que el anciano estaba a punto de caer en un pozo que de repente se había abierto en medio del suelo. Anwar se las arregló para salvarlo en el último momento.

—Hijo mío —dijo el sabio, dándole una llave—, toma esta llave y cuídala con tu vida.

Anwar siguió trabajando en el monasterio hasta que fue llamado a la presencia del jefe de los jardineros, y vio que un árbol estaba a punto de caer sobre la cabeza del sabio. Anwar se las arregló justo para impedir que eso ocurriese, y salvó la vida del hombre.

—Hijo mío —dijo el jardinero jefe—, toma este guijarro de cristal, y guárdalo con tu vida.

Anwar regresó a su trabajo, y fue llamado, después de mucho tiempo, ante la presencia del jefe de las cocinas. Cuando llegó allí, vio que el hombre estaba a punto de levantar un cazo ardiente de una caldera en el fuego. Anwar lo asió primero y se quemó en el dedo pulgar.

—Hijo mío —dijo el jefe de las cocinas—, ahora tendrás un callo en la base de ese dedo. Guárdalo con tu vida.

Después de muchos más meses en el monasterio, Anwar fue llamado al salón de asambleas, donde todos los derviches estaban sentados cenando. A la cabecera de la mesa se sentaba un príncipe altivo, de porte superior y vestido con ropas magníficas. Mientras todo el mundo escuchaba, el príncipe contó una larga y complicada historia. Como si fuese dentro de sí mismo, Anwar escuchó la voz del príncipe que decía: «Recuerda esta historia y guárdala con tu vida».

Muchos días después de esto, a Anwar se le dijo que

fuese al lugar del jardín donde había visto al derviche la primera vez. Cuando llegó allí, el anciano estaba sentado como al principio, en contemplación. Levantando su cabeza dijo:

—Anwar, ahora estás preparado para continuar tu búsqueda. Triunfarás, porque te he dado la «Habilidad que Nadie Posee».

—Pero, no lo comprendo —dijo Anwar.

—Si piensas que la dominas —dijo el sabio—, no la dominas. Por otra parte, si piensas que no la dominas, la puedes ejercitar sin interferencia.

—Aún no lo comprendo —dijo Anwar.

—Si nos hubieses dejado, nunca habrías aprendido —dijo el derviche—. Y si te empujo fuera aprenderás. Si tratas de regresar, no aprenderás. Si necesitas ayuda, apareceré.

—¿Por qué es eso así? —preguntó Anwar, algo confundido.

—¡Porque, aparte de ciertos elementos que tú tienes, yo soy una parte de la «Habilidad», que no puede permanecer contigo, de modo que tiene que ser mantenida en mí!

De modo que Anwar se dirigió hacia el portalón de la fortaleza, y cuando llegó ante el guardián de la entrada y miró su cara, vio que era la misma cara que la del derviche con quien había estado hablando. Fuera de la entrada estaban el jefe de los jardineros, el jefe de la cocina y el jefe del monasterio, y toda la otra gente con quienes se había encontrado desde que entró en el lugar. ¡Cada uno de ellos tenía el rostro del derviche con quien primero se había encontrado al lado del camino, cerca de la cima de la montaña, después de que hubo dejado la cabaña de su madre!

El Buscador de la Verdad

—Nunca seré capaz de comprenderlo —dijo Anwar para sí.

Pero continuó su camino.

Cuando miró hacia atrás, vio que el monasterio ya no estaba allí. Incluso el camino que tenía delante había cambiado. En vez de guiar de vuelta a su propia casa, discurría en una dirección completamente diferente.

De un modo u otro, Anwar continuó su camino.

Después de muchos días llegó ante una gran ciudad, brillantemente iluminada, y preguntó qué ciudad era.

—Ésta —dijo un transeúnte— es nada menos que la capital del Imperio.

Anwar le preguntó cuántos años habían pasado desde el año en que él había salido al camino, y el hombre lo miró extrañado.

—Sólo un año, ¿por qué?

Mediante sus propios cálculos, Anwar había estado más de treinta años en ese monasterio, así que se dio cuenta que de algún modo extraño el tiempo no era el mismo en todas partes.

En el centro de la ciudad, Anwar se encontró con un pozo profundo, y oyó gritos que salían de él. Una sogaba al pozo, y Anwar comenzó a izarla. Una multitud se reunió mientras se estaba esforzando con la mayor intensidad y casi se le escapó la sogaba, pero fue capaz de sostener la terrible fricción con el callo de su dedo pulgar.

Finalmente, un hombre emergió del pozo. Le dio las gracias a Anwar, y dijo:

—Tú debes de ser el Hombre de Lejos, acerca de quien se ha profetizado que tan sólo él sería capaz de salvarme. Yo soy el primer ministro de Su Majestad Imperial, encarcelado en el pozo por un genio. Dispondré que seas recompensado.

Diciendo esto, se fue.

Anwar estaba aún algo sorprendido cuando una extraña y temible figura lo asaltó.

—¡Ahá! —dijo—. ¡Hijo del Hombre, tú eres mi presa y te comeré vivo, como hago en esta ciudad con quienquiera que desee devorar. Nosotros, los genios, controlamos las calles de la capital, y nadie puede resistírsenos, excepto la gente que haya ganado el guijarro de cristal de Salomón, hijo de David, que ata a todos los genios de la tierra!

Escuchando esto, Anwar agarró la piedra de cristal de su bolsillo y la mantuvo ante el genio, el cual inmediatamente se disolvió en llamaradas de fuego y huyó en la distancia.

Tan pronto como hubo hecho esto, un hombre a caballo llegó galopando hacia él, y dijo:

—¡Yo soy el heraldo del emperador! Se ha predicho que quienquiera que pueda rescatar al ministro puede ser capaz de vencer a los genios. Tal hombre puede muy bien haber ganado la llave de la habitación encantada en la cual la princesa está prisionera. El hombre que pueda abrir la puerta se convertirá en su esposo, ¡y gobernará el reino cuando Su Majestad Imperial haya partido!

Anwar montó detrás de él, y se apresuraron hacia el palacio. El hombre le llevó ante una habitación, donde Anwar ajustó la llave a la cerradura. La puerta se abrió de repente; y allí Anwar vio a la más hermosa mujer que los ojos humanos hayan podido contemplar. Era, por supuesto, la princesa. Ella se adelantó y la pareja se enamoró en el instante en que sus miradas se encontraron.

Y fue de este modo como Anwar, el pobre muchacho procedente de una cabaña en una remota provincia, se convirtió en el esposo de la princesa Salma; y también en

El Buscador de la Verdad

emperador a su debido tiempo. Y él y su consorte aún están reinando allí.

Ellos descubrieron que la historia que el altivo príncipe les contó en la mesa del monasterio contenía todos los elementos para un justo, pacífico y próspero reinado. Y siempre que ellos, su país o sus hijos se enfrentaban con alguna dificultad, encontraban que tenían la «Habilidad que Nadie Posee», porque eran capaces de usar su experiencia, los objetos mágicos que les fueron dados y el consejo del misterioso derviche, que siempre aparecía y les aconsejaba cuando lo necesitaban.

El hombre que salió en busca de su destino

Había una vez un hombre —y ha habido muchos como él tanto antes como después— que decidió que debería realizar un cambio en su vida. «¿Cuál es el propósito —se preguntó a sí mismo—, de tratar de hacer cosas, o dejar que las cosas me ocurran, si no conozco mi destino?»

Si trabajaba contra su destino, razonaba él, sufriría, y al final el destino sería el mismo. Si, por el contrario, no hacía nada, su destino sería menor y poco interesante, como el de miles de gentes ordinarias en todo el mundo, que llevaban vidas sin ninguna importancia.

Debía comenzar en algún lugar, así que vendió sus pocas pertenencias y comenzó a caminar a lo largo de la carretera que pasaba a través de su ciudad natal.

No llevaba caminando mucho tiempo cuando llegó a una casa de té, donde vio a un derviche sentado, hablando con cierto número de personas. El viajero —cuyo nombre era Akram— esperó hasta que la audiencia se

La Habilidad que nadie posee

hubo dispersado, y entonces abordó al hombre de sabiduría.

—¡Venerable Hombre del Sendero! —dijo—, estoy buscando mi destino, y me preguntaba si puedes sugerirme cómo debería iniciar este importante esfuerzo.

—Eso es más fácil creerlo que alcanzarlo —replicó el derviche—, y sería mejor que te preguntases cómo reconocer tu Destino que el asumir que puedes hacer eso sin preparación.

—¡Estoy seguro de que puedo reconocer mi destino! —exclamó Akram—, ¡porque es bien conocido que el destino de una persona es el reflejo de uno mismo!, y con seguridad puedo advertir si me encuentro con alguien que se parezca a mí.

—Parecido a ti externamente no es lo mismo que ser un reflejo de ti —dijo el derviche—, especialmente cuando, como todo el mundo, tú tienes tantas partes que encuentras difícil ver tu propio reflejo en todas sus formas. El espejo de la percepción es tan fugaz como las pequeñas olas del mar: cada una brillando brevemente con la luz prestada por el sol cuando rompe en la orilla...

El derviche continuó de este modo por algún tiempo, y Akram, que había encontrado derviches con anterioridad, cesó de escucharle. Llegó a la conclusión de que allí no había nada que le pudiese beneficiar. De todos modos, pensó, no estaría mal tener compañía en el viaje. Cuando el derviche hubo cesado de hablar, Akram dijo:

—Las analogías místicas son, por supuesto, demasiado profundas para que las pueda comprender. Pero si estás de viaje, ¿podría acompañarte, al menos durante parte del camino? Porque no estoy versado en las experiencias y prácticas del viajar.

El derviche accedió, y ambos comenzaron a caminar.

El Buscador de la Verdad

Al poco tiempo vieron un árbol al lado del camino, y de él salía claramente un zumbido muy fuerte. El derviche dijo:

—Pon tu oreja en el tronco del árbol, a ver que puedes escuchar.

Akram siguió su consejo, y se dio cuenta de que el árbol estaba hueco. Dentro había un gran número de abejas.

El derviche dijo:

—Las abejas están atrapadas, si puedes arreglártelas para romper esa rama serán liberadas y podrán escapar. Puede ser un acto generoso, y ¿quién sabe adónde puede conducir?

Akram respondió:

—¡Anciano, tú no eres de este mundo! ¿No se ha dicho que uno no debería distraerse de su objetivo por asuntos menores? Suponiendo que alguien me ofreciese algún dinero por romper la rama, lo aceptaría, porque no tengo dinero para mi viaje. Pero hacerlo por nada es absurdo.

—Como quieras —dijo el derviche, y continuaron su camino.

Cuando oscureció se tendieron a dormir. A la mañana siguiente fueron despertados por un hombre que pasaba con dos grandes jarras atadas a los lados de su burro. El hombre se detuvo junto a ellos.

—¿Adónde vas? —le preguntó el derviche.

—Al mercado a vender esta miel. Debe valer al menos tres monedas de oro. Ayer escuché a algunas abejas en un árbol hueco, y parecía que querían salir. De modo que rompí una rama muerta y el enjambre entero echó a volar. Me encontré con esta cantidad inmensa de miel, y, de ser pobre, ¡estoy en camino de sustentarme a mí mismo! —y siguió su camino.

Akram le dijo al derviche:

—Quizás debería de haber cogido la miel primero, como sugeriste. Pero, por otra parte, puede no haber sido el mismo árbol, y en ese caso probablemente me habrían picado, ¡y ése no es el destino que estoy buscando!

El derviche no dijo nada.

Prosiguiendo el camino llegaron a un puente sobre un río, y se detuvieron para admirar el paisaje. De repente, un pez asomó su cabeza fuera del agua y les miró, su boca abriéndose y cerrándose de un modo bastante patético.

—¿Qué crees que significa? —preguntó Akram.

El derviche dijo:

—Ahueca tus manos con los dedos entrelazados, y a ver si así puedes comprender el lenguaje del pez.

Cuando Akram hizo lo que el derviche sugería, se dio cuenta de que ciertamente podía comprender al pez, que estaba diciendo:

—¡Ayudadme, ayudadme!

El derviche preguntó:

—¿Qué ayuda estás buscando?

El pez respondió:

—Me he tragado una piedra afilada. Hay cierta hierba que crece abundantemente en la orilla del río. Si pudieses, amablemente, arrancar alguna y arrojármela, yo podría vomitar la piedra y encontrar alivio.

—Así que un pez hablador —dijo Akram—. Creo que esto es algún truco de magia o ventriloquía. Rehúso el parecer estúpido. De cualquier modo, voy en busca de mi destino. Derviche, si este acontecimiento extraño tiene algo que ver contigo, quizás tú mismo te molestes en ayudar a peces del más allá.

El derviche sólo dijo:

—No, yo no intervendré. Continuemos nuestro camino.

El Buscador de la Verdad

Poco después, entraron en una ciudad y se sentaron a descansar en la plaza del mercado. Un hombre llegó a la plaza, galopando en un hermoso caballo, obviamente muy excitado. Desmontando, comenzó a gritar a la gente de la ciudad:

— ¡Un milagro, un milagro!

Cuando todo el mundo se agrupó alrededor del jinete, éste dijo:

— Estaba cruzando un puente, cuando, os lo creáis o no, un pez me habló. Me pidió que le arrojase algunas hierbas. Lo hice, y después de comerlas arrojó un diamante perfecto, ¡tan grande como mis dos puños!

Akram exclamó:

— ¿Cómo sabes que es un verdadero diamante?

— Soy joyero — dijo el hombre.

— Es típico de la vida — dijo Akram — que un hombre rico coja aún más, mientras que yo, incapaz de socorrer al pez porque estaba en una misión importante, me veo obligado a mendigar mi pan en compañía de un derviche vulgar.

El derviche dijo:

— Oh, bien, quizás no era el mismo pez, quizás el hombre esté mintiendo. ¡Miremos hacia adelante y no hacia atrás!

— Dices todo esto como un filósofo — dijo Akram —, pero pensamientos parecidos estaban en mi propia mente.

Y juntos continuaron su camino.

El siguiente acontecimiento en su viaje fue cuando se pararon a comer al lado de una roca encajada en el suelo. Un débil zumbido parecía salir de la roca, y Akram puso su oído en ella, y mientras escuchaba pudo comprender lo que significaba. Provenía de un grupo de hormigas, que estaban diciendo:

La Habilidad que nadie posee

—Si pudiésemos mover esta roca, o atravesarla de algún modo, seríamos capaces de extender nuestro dominio y tener suficiente espacio para toda nuestra gente. ¡Si algo pudiese venir en nuestra ayuda! Este material duro de aquí abajo es demasiado difícil de atravesar. ¡Si alguien o algo lo pudiese apartar!

Akram miró al derviche y dijo:

—Las hormigas quieren que la roca sea apartada, de modo que puedan extender su dominio. Pero, ¿qué tengo yo que ver con hormigas, rocas o dominios? ¡Primero tengo que encontrar mi destino!

El derviche no dijo nada y continuaron su camino.

Al día siguiente, cuando se estaban levantando de su miserable vivac debajo de un seto, escucharon el sonido de mucha gente aproximándose, cantando y gritando con regocijo. Entonces vieron que una gran banda de campesinos estaba en el camino, bailando y tocando dulzainas y gaitas, saltando y brincando de alegría. Mientras pasaban, Akram le preguntó a uno de ellos qué había ocurrido. El hombre dijo:

—Un pastor de cabras, lo crea o no, escuchó a algunas hormigas murmurando debajo de una roca, con gran angustia. Él movió la roca de modo que las hormigas pudiesen ensanchar su nido. ¿Y qué cree que encontró debajo? ¡Un gran tesoro de piezas de oro! Él lo cogió y lo compartió con todos sus vecinos, ¡y nosotros somos los afortunados aldeanos que se beneficiaron!

Los campesinos siguieron su camino, aún delirantes de alegría.

El derviche le dijo a Akram:

—¡Tú eres un necio, porque por tres veces has fallado en hacer incluso las cosas más simples que te podrían haber traído la fortuna que deseabas! ¡Eres un necio, porque

El Buscador de la Verdad

estás incluso menos preparado para seguir tu destino que aquéllos que se limitaron a realizar una acción generosa sin estar obsesionados por su destino y sus deseos personales! Eres un necio, porque en vez de seguir tu destino, te has distanciado de él, por tu comportamiento y el fallo en ver lo que estaba debajo de tu nariz. Y sobre todo, eres un necio porque no prestaste atención a lo que yo soy, a lo que he dicho, a lo que he indicado, y a lo que he callado.

Akram, como muchos otros antes y después, se encolerizó. Le gritó al derviche:

—¡Autocomplacido y dominante sabelotodo! ¡Cualquiera puede ser sabio después del acontecimiento! ¡Me di cuenta de que tú, un miserable y mal nutrido vagabundo de la tierra, no tomaste ninguna ventaja de las grandes cosas sobre las que ahora eres tan experto! ¿Quizás puedas darme una razón para ello?

—Ciertamente —replicó el derviche—. Yo no puedo beneficiarme porque tengo otras cosas qué hacer. ¿Te das cuenta? ¡Yo soy tu destino!

Entonces el derviche desapareció, y nunca se le ha visto de nuevo; excepto, por supuesto, por todos los Akram, que han vivido desde ese tiempo, hace muchos, muchos años.

La codiciosa obstinación

Había una vez un hombre honesto, que nunca en su vida había tomado ventaja de otros. Era amable y gran trabajador, pero no había alcanzado éxito alguno en la vida.

Este hombre, cuyo nombre era Montesimple, era

constantemente traicionado y explotado, pero esto no le preocupaba demasiado, porque —correctamente— sabía que la villanía de otros no podía corromper su propia honradez.

Mentesimple practicaba la caridad, la generosidad y la amabilidad hasta donde su capacidad llegaba, poniendo su confianza en la justicia que debería de seguir a tal vida; ya que así estaba convencido que debería de ser.

Pero no estaba tranquilo en su interior. De modo que se dirigió a un Sufí y le preguntó qué debería hacer.

El Sufí dijo:

—Hermano, la honestidad, el trabajo duro, la amabilidad, todas éstas son cosas de la mayor importancia para la humanidad, si se quiere alcanzar la realización. Pero debes estar seguro de que eres realmente honesto; de que no estás desequilibrando tu generosidad como una codicia perniciosa por la obstinación en seguir tus propias opiniones acerca de tu modo de actuar.

El Sufí le ofreció un modo de observarse y corregirse, pero a Mentesimple no le gustó escuchar su generosidad descrita como obstinación, y llegó a la conclusión de que el Sufí estaba equivocado.

Decidió, por lo tanto, hacer un viaje para ver al gran santo Musa al-Kazim, y buscar consejo acerca de cómo su fortuna y perspectivas de desarrollo espiritual podían cambiar.

Mentesimple se puso en camino.

Al poco tiempo, este buen hombre, cruzando un yermo, se encontró con un tigre de aspecto feroz, que se estaba revolcando en el polvo. Cuando vio al viajero, el tigre dejó lo que hacía y dijo:

—Hijo del hombre, ¿adónde vas?

Mentesimple dijo:

El Buscador de la Verdad

—Desafortunado en mi pasado y mi presente, incierto ante mi futuro, estoy buscando al gran sabio Musa al-Kazim, para suplicarle que me dé su consejo.

—Yo soy Sher, el Tigre —dijo la bestia salvaje—, y te pido que le preguntes al santo qué puedo hacer para mejorar mi propia condición, porque me siento miserable y de mal humor. Algo anda mal en mí, y necesito consejo.

—De buena gana —dijo Mentessimple, y continuó su camino.

En el curso de su viaje llegó a la orilla de un río, y vio a un gran pez que abría y cerraba la boca, medio dentro y medio fuera del agua.

—El pez dijo:

—Hijo del hombre, ¿adónde vas?

Mentessimple le contó todo lo que había ocurrido.

—Yo soy Mahi, el Pez, y hay algo que anda mal en mí. Por alguna razón no puedo nadar en el agua y necesito algún tipo de ayuda. Por favor pídele al santo cuando le veas que te dé un consejo para mi problema.

Mentessimple prometió hacerlo, y continuó su camino.

Después de mucho viajar, el peregrino llegó donde se encontraban tres hombres. Estaban cavando cansadamente en un trozo de tierra arenosa.

Mentessimple se detuvo y les preguntó por qué estaban trabajando tan duramente en tierra tan poco prometedora.

—Somos los tres hijos de un buen hombre que ha muerto recientemente —le dijeron—. Nuestro padre nos dejó esta tierra y nos dijo que la cavásemos, que es lo que estamos haciendo; pero nos parece que es tan pobre que nada crecerá en ella.

Le preguntaron a Mentessimple cuál era su misión; y, cuando les dijo a donde se dirigía, le suplicaron que pidie-

se al santo una solución para sus propios problemas. Montesimple les prometió de buena gana ayudarles de este modo, y continuó su viaje.

Al final el viajero llegó a su destino, y encontró al gran Maestro sentado, como siempre, modestamente y sin ostentación, con un grupo de gente que había acudido a aprender de él.

Cuando Montesimple se aproximó, el santo dijo:

—Habla.

Y Montesimple dijo:

—Yo soy tal y tal persona, y he venido en busca de su ayuda, pero antes de hacerlo tengo ciertas peticiones que hacer, Señor, en representación de tres hombres, un pez, y un tigre, a quienes he encontrado en mi largo viaje, y que puede que merezcan su amabilidad.

Cuando le pidió que continuase, Montesimple narró las dificultades que acosaban a los hombres, al pez y al animal.

—Su Presencia puede que ahora, amablemente, permita a esta indigna persona describir su propia condición, de modo que se le ofrezca, también, un generoso consejo.

Pero Musa al-Kazim dijo:

—¡Hermano! Tu respuesta está contenida en lo que ya he aconsejado.

De modo que Montesimple volvió sobre sus pasos, preguntándose cómo podría comprender, de entre lo que el santo había dicho, el modo de resolver sus propios problemas.

A su debido tiempo llegó donde estaban los tres hombres, aún trabajando en el suelo estéril. Les dijo:

—He consultado al gran santo, y éste es su consejo: «Que los tres hombres caven exactamente en medio de su campo. Encontrarán una cámara subterránea con tesoros

El Buscador de la Verdad

que son suyos. Éste es el significado de la orden de su padre para que cavasen en el campo».

Mentesimple ayudó a los tres hombres a seguir este consejo, y al poco tiempo encontraron un tesoro de dimensiones incalculables, junto con cierta cantidad de notables instrumentos que capacitarían a la gente para alcanzar lo que la mayoría llama maravillas, tanto en el servicio a la humanidad como de otros modos.

Los hermanos ofrecieron a Mentesimple su porción de oro y de los maravillosos instrumentos, pero él dijo:

—¡Amables amigos, yo sólo he cumplido con mi deber! Todo esto os pertenece y yo no tengo derecho a codiciarlo. ¡Quedaos en paz! — Y siguió su camino.

Más tarde, llegó donde estaba el gran pez, quien le preguntó si había sido capaz de obtener alguna guía para el alivio de su sufrimiento.

—Pez —dijo Mentesimple—, el gran santo, mediante sus maravillosas percepciones, ha aliviado la suerte de tres hermanos pobres indicando dónde podían encontrar un tesoro. Su consejo acerca de tu caso es el siguiente:

«Que se le dé un golpe en el lado izquierdo de la cabeza al pez, y tras eso será capaz de nadar y jugar en el agua normalmente».

El pez rogó a Mentesimple que le ayudase, de modo que él tomó su bastón y golpeó al pez en el lugar donde el santo había indicado.

Tan pronto como lo hubo hecho, el pez se deslizó en el agua y nadó, saltando y jugando con alegría incontenible. Luego se acercó a Mentesimple y le agradeció profundamente su ayuda.

Pero Mentesimple dijo:

—Mahi, cuando golpeé tu cabeza, se separó un bulto que parecía estar dificultando tu equilibrio...

La Habilidad que nadie posee

—Sí, sí —dijo Mahi—, pero esto no es nada para mí. ¡Sólo sé que estoy libre y bien!

Mentesimple continuó:

—De ese lugar de tu cabeza ha caído, y está aquí en la orilla, un diamante tan grande como una sandía. ¡Tómalo, o alguien lo robará seguramente!

—¿Y qué es eso para mí, un pez? —dijo Mahi. Y se alejó rápidamente, derramando bendiciones sobre su benefactor.

—¡Hermano Pez! —le gritó Mentesimple—, te robarán si dejas esta joya en la orilla del río. —Y tiró la enorme gema al agua cerca de donde había visto desaparecer al pez.

Al final, siguiendo su camino, el viajero llegó al lugar donde el afligido tigre descansaba. Le recitó todas sus aventuras, y el tigre le preguntó qué había aconsejado Musa al-Kazim para su propio caso.

—El Santo —dijo Mentesimple— declaró específicamente que tu condición podría ser aliviada sólo si devorabas a un necio. Hazlo y no tendrás más problemas.

—¡Y tampoco tú los tendrás! —rugió el tigre, saltando sobre él.

Leche de leona

Hubo una vez un tiempo
que no era tiempo
Cuando

En un país lejano toda la gente estaba esperando a que las tres hijas del rey se casasen. De acuerdo con las leyes de ese reino, las princesas de sangre real tenían el dere-

El Buscador de la Verdad

cho de escoger a quienquiera que desearan como sus compañeros, y en esta ocasión a las damas les resultaba difícil decidirse.

Finalmente le pidieron a su padre que hiciese desfilar a la población entera del reino ante ellas, de modo que pudiesen hacer una elección. La primera princesa se decidió por el alto y apuesto hijo de uno de los ministros y la segunda escogió al robusto y brioso hijo del emir al-Jaish, comandante de los ejércitos — como todo el mundo siempre había pensado que haría —. Pero la tercera y más joven de las princesas no podía decidirse; y la corriente incesante de gente la confundía aún más.

De modo que la princesa cogió una manzana y la tiró al aire, diciendo:

— ¡Quienquiera que la coja, ése será mi esposo!

Ocurrió que entre la multitud de la plaza pública donde esto estaba ocurriendo se encontraba un joven cojo y de espalda jorobada, con la punta de su turbante que caía sobre su cara, que vestía ropas andrajosas y caminaba con la ayuda de un bastón.

Éste fue el hombre que cogió la manzana y que se arrastró hasta la plataforma donde se sentaba la familia real, para reclamar su premio.

La multitud aplaudió, más debido al hábito que a otra cosa, porque interiormente no se sentían felices de que un hombre así se convirtiese en miembro de la casa reinante. El hijo del ministro y el hijo del comandante militar murmuraron entre ellos. Y el rey le dijo a su primer ministro:

— La palabra real nunca puede ser retirada, de modo que dejemos a esta estúpida muchacha casarse con el payaso o bufón, o lo que quiera que sea. ¡Al menos tengo dos yernos valientes y leales!

Lo que nadie sabía en ese momento, por supuesto, es

que el joven sólo estaba pretendiendo ser lo que parecía ser. La cojera era falsa, la posición jorobada era supuesta y cubría la parte baja de su cara porque no quería ser reconocido. El era un emir hachemita fugitivo, que se ocultaba de la persecución.

Las tres jóvenes se casaron y, ya que el joven príncipe, Ibn Haidar, no se dio a conocer, él y su desposada fueron desterrados a vivir en los establos por su encolerizado padre.

Incluso su propia esposa no se dio cuenta de quién era Ibn Haidar, pero ella lo amaba, cualquiera que fuese su aspecto, y ambos aceptaron la vida de pobreza y ostracismo que les tocó en suerte.

Ibn Haidar solía caminar, al atardecer, fuera de la ciudad y dedicarse a la contemplación en una pequeña cueva adonde nadie más parecía acudir. Después de algunos meses se encontró con un anciano, quien le dijo:

—Hijo del León (que es lo que Ibn Haidar significa), tú debes esperar hasta el Día de la Leche de Leona. Cuando oigas hablar de ello, deberás actuar para la restitución. —Y el anciano le dio una piedra transparente—. Frota esta piedra en tu mano derecha y piensa en una moneda pequeña y rota, entonces podrás llamar a la Mágica Yegua Azabache.

Dicho esto, siguió su camino.

Aconteció que el rey se vio envuelto en una guerra, y salió cabalgando con su ejército, sus dos valientes yernos y sus comandantes para encontrarse con el enemigo. Naturalmente, dejaron al cojo y deforme Ibn Haidar detrás. Pelearon en muchas batallas, pero al final parecía que los invasores del país estaban ganando ventaja. En ese momento Ibn Haidar sintió que la piedra se calentaba en su bolsillo, y la sacó, recordando la moneda rota. Mientras

El Buscador de la Verdad

la frotaba entre sus dedos, una espléndida yegua de color azabache apareció y le dijo:

—Mi señor, vístete con el atavío que hay en mis alforjas: ¡cabalgamos hacia la guerra!

Cuando estuvo plenamente ataviado con la armadura de caballero, el joven saltó sobre el dorso de la yegua, y ella salió volando a través de los cielos hasta que alcanzó el campo de batalla. El misterioso caballero luchó desde el amanecer al anochecer, hasta que el enemigo estuvo derrotado, casi por entero debido a su bravura. El rey cabalgó hacia él y le echó su propio manto de Kashmir alrededor del cuello, diciendo:

—Bendiciones sobre ti, caballero, porque has ayudado al bien y combatido el mal, y estamos en eterna deuda contigo.

Pero Ibn Haidar no dijo nada. Se inclinó ante el rey, levantó su lanza en saludo y, espoleando la yegua mágica hacia las nubes, volvió a su hogar.

Cuando los guerreros regresaron a la capital, todos relataban los cuentos del misterioso caballero que los había salvado, y hablaban de él como «Negro Caballero del Cielo». El rey dijo, una vez y otra:

—¡Si pudiese tener un yerno como ése!

Ibn Haidar, por supuesto, continuó siendo el blanco de bromas, una curiosidad o una nulidad, aunque era el esposo de una princesa.

Después de algunos meses, el joven estaba sentado en su establo cuando sintió que la piedra se calentaba de nuevo. Cuando la sacó y la frotó, sin olvidarse de pensar en la moneda, el caballo apareció y dijo:

—¡Monta en mi grupa! Tenemos trabajo que hacer.

El caballo le condujo al castillo del rey, a través de una ventana de la habitación real, donde Ibn Haidar llegó jus-

to a tiempo para coger y matar a una serpiente que estaba a punto de picar al rey en la cabeza. En ese momento el monarca se despertó y vio lo que había ocurrido. En la oscuridad no pudo distinguir quién era su salvador, pero se quitó su valiosísimo anillo de rubí y se lo entregó, diciendo:

—Te debo la vida, quienquiera que seas. Este anillo será una prenda para ti.

Ibn Haidar tomó el anillo, y su corcel lo llevó volando de regreso a su establo.

Su vida continuó como antes durante varios meses, hasta que la piedra le llamó de nuevo, y él hizo aparecer al caballo.

—Ponte el traje y el turbante que hay en mis alforjas —dijo la yegua—, porque tenemos trabajo que hacer.

El animal condujo a Ibn Haidar a la sala del trono del rey, donde un hombre acababa de ser condenado a muerte. El verdugo ya había extendido su tapiz de piel para recoger la sangre y estaba esperando la señal real con la espada levantada. Ante la vista de la yegua negra con la figura cubierta sobre ella, todo el mundo se volvió rígido, como si fuesen de madera. Ibn Haidar esperó, y a los pocos momentos hubo una conmoción ante la puerta de la sala del trono. Un hombre había llegado con pruebas de que el condenado era inocente. Todo el mundo en la corte se maravilló, y el rey le dijo a la misteriosa aparición:

—¡Bendiciones sobre aquel que ha intervenido por la justicia! Toma ésta, mi espada, como prenda.

Sin una palabra, Ibn Haidar se ciñó la espada y la yegua lo llevó a través de las nubes, de regreso a su establo.

Nada de gran importancia ocurrió durante muchos meses, hasta que un día el rey enfermó. Era como si el mundo entero se hubiese oscurecido, y la gente iba por

El Buscador de la Verdad

las calles como si estuviesen de luto. Incluso los animales estaban silenciosos, los árboles se marchitaron y el mismo sol pareció debilitarse. Ningún doctor pudo descubrir qué aquejaba al monarca, hasta que el más sabio de ellos, el Hakím al-Hukama, el Doctor de los Doctores, pronunció:

—Esta enfermedad sólo puede curarse con un trago de leche de leona, traído de la «Tierra del No Ser».

Inmediatamente los dos yernos del rey se ofrecieron voluntariamente para la tarea, y salieron cabalgando de palacio, plenamente decididos a ganar la gloria de salvar a su Señor y Maestro.

Después de muchos días llegaron a un cruce de caminos, donde se sentaba un hombre sabio. El camino se ramificaba en tres direcciones diferentes, y los dos hombres fueron incapaces de decidir cuál seguir. Le explicaron su misión al hombre sabio, quien dijo:

—Estos tres caminos tienen nombres. El primero se llama «El Camino de Aquellos que actúan como Nosotros, el Vínculo de Sangre». El segundo se llama «El Camino de Aquellos que piensan como Nosotros, el Vínculo de Decisión», y el tercero se llama «El Camino de la Verdad».

El primer yerno dijo:

—Tomaré el «Camino de Sangre», porque a través del parentesco con su Majestad estoy aquí. —Y espoleó su caballo hacia ese camino.

El segundo yerno dijo:

—Tomaré el «Camino de Decisión», porque la resolución es mi carácter. —Y se alejó galopando.

Poco después el primer joven llegó ante un hombre que estaba a la entrada de una ciudad, y le preguntó dónde se encontraba.

—Estás en la entrada de «la Tierra del No Ser» —respondió el hombre—, pero no puedes entrar hasta que hayas jugado al ajedrez conmigo.

Se sentaron y jugaron, y el joven perdió. Perdió su caballo, su armadura, su dinero, y finalmente su libertad.

El otro hombre le hizo entrar en la ciudad y lo vendió a un comerciante de carne asada y allí se quedó durante mucho tiempo.

Por lo que respecta al segundo joven, también llegó a la entrada de la ciudad, y le ocurrió lo mismo. Fue introducido en la ciudad y fue vendido a un mercader de confituras.

Después de varios meses, cuando no había signo de retorno de los campeones, Ibn Haidar sintió que la piedra se calentaba en su bolsillo, y llamó a la yegua negra.

—¡Ahora es el momento! —dijo ella—. Monta en mi grupa.

Él siguió la misma ruta hasta que llegó al lugar donde se sentaba el hombre sabio, y le contó su misión.

El hombre le dio a escoger entre los tres caminos, e Ibn Haidar dijo inmediatamente:

—Escojo el «Camino de la Verdad».

Estaba a punto de continuar su camino cuando el sabio dijo:

—Has escogido correctamente. Continúa, pero cuando llegues al jugador de ajedrez, desafíalo a combatir en vez de jugar con él.

Ibn Haidar siguió, y cuando el jugador de ajedrez le pidió que jugase, desenvainó su espada y gritó:

—¡Por la verdad, no por engaños! Enfrenta la realidad, no batallas de mentira. Contempla delante de ti a aquel que dice, «¡Oh, pueblo de Hashim!» —porque éste era su grito de guerra.

El Buscador de la Verdad

El jugador de ajedrez se rindió sin lucha, y le dijo a Ibn Haidar lo que había ocurrido con sus cuñados.

El hombre condujo a Ibn Haidar a la ciudad y le enseñó dónde mantenían a las leonas. Después de burlar a los guardias y domar a las fieras, el joven tomó tres frascos de leche. Puso uno en cada lado de la alforja y uno en su turbante, como precaución contra rotura o pérdida.

Entonces se dirigió al mercader de confituras y al vendedor de carnes asadas, y recuperó a los otros dos jóvenes, aunque ellos no lo reconocieron con sus vestiduras de caballero. Esa noche, sin embargo, ambos —que sabían que él había conseguido la leche de las leonas— robaron un frasco cada uno y huyeron de la ciudad al amparo de las sombras.

Ibn Haidar les dio tiempo para que alcanzasen el palacio, y entonces montó la yegua mágica que, más rápida que una flecha, lo transportó hasta la mismísima habitación del rey enfermo.

Cuando desmontó su caballo y se encaminó hacia la cama, los doctores reunidos, los cortesanos y sus cuñados se espantaron ante su presencia. Como turbante llevaba el capote de Kashmir del rey, en su dedo estaba el anillo con el rubí y de su costado pendía la espada real.

—Aquí está la leche de las Leonas de la «Tierra del No Ser» —dijo cuando se proximó a la cama.

—¡Pero llegas demasiado tarde! —exclamó todo el mundo.

El rey dijo:

—Mis yernos aquí presentes han traído la leche, pero no me hace bien alguno.

Ibn Haidar dijo:

—Esto es porque ellos me la robaron, ya que fui yo quien la consiguió; y todas las virtudes especiales se eva-

poran de algo que se ha obtenido mediante el robo. Aquí está el tercer frasco. Toma un sorbo, ¡Oh, rey!

Tan pronto como el rey hubo bebido un poco de la leche, se incorporó, completamente curado.

El rey dijo:

—¿De dónde vienes, quién eres y por qué me ayudas?

El joven dijo:

—Las tres preguntas son una sola pregunta, y una respuesta a la primera es una respuesta a todas; la respuesta a la segunda es una respuesta a todas; la respuesta a la tercera es una respuesta a todas.

El rey no comprendía.

—Muy bien —dijo Ibn Haidar—. Yo soy el hombre que vive en el establo, lo cual significa que soy tu yerno, que es por lo que te ayudo.

Y así es como Ibn Haidar heredó la corona del reino, cuando el rey fue llevado, en la plenitud del tiempo, en su más largo viaje.

El espíritu del pozo

Había una vez una pareja que vivía en una pequeña aldea y solían discutir continuamente.

Un día la esposa se puso tan furiosa con algo proferido por la lengua obscena de su esposo, que lo agarró por la oreja y lo arrojó a un pozo profundo.

En el fondo de ese pozo, como a menudo ocurre, vivía un genio; y éste era uno particularmente fiero y abominable. Tan pronto como el esposo lo vio comenzó a gritarle, a chillarle y a empujarle, y le colmó con tantos insultos como no había escuchado desde los días del gran rey Salomón, hijo de David (La Paz sea con Él), hasta que el ge-

El Buscador de la Verdad

nio, afrentado y atemorizado, se vio forzado a salir de su morada. Esa fue la causa de que ascendiese hacia el cielo, cerniéndose sobre la aterrorizada esposa, mientras ésta se encontraba mirando hacia las profundidades del pozo.

—¡Mujer miserable! —rugió el genio, tan pronto como la vio—. ¿Quién es el responsable de echar a ese humano increíblemente espantoso en el pozo, molestando mi paz y causando el que huya de mi hogar de los últimos diez mil años?

—Pero ¿qué hay de mí? —respondió la mujer—. ¡Yo he tenido que vivir con ese hombre durante dos décadas, y tú no puedes soportarlo durante dos minutos!

—¡Desafortunada criatura! —exclamó el genio, porque no estaba exento de buenos sentimientos, y los rugidos del temible esposo aún estaban sonando en sus oídos—. Ciertamente, entiendo tu punto de vista.

—Bien —dijo la mujer—, ya que yo no lo quiero fuera del pozo, y tu no quieres regresar ahí dentro, quizás puedas acompañarme a la ciudad, porque he decidido caminar hacia allí para ver lo que la vida puede depararme. Quedarme aquí significaría pasar hambre, y de cualquier modo quiero alejarme de ese hombre tanto como sea posible.

El genio accedió, y se pusieron en camino, conversando juntos amigablemente.

Al poco rato, el genio dijo:

—¿Cómo vas a vivir en la gran ciudad?

—Algo se me ocurrirá —dijo la mujer.

—Mi sugerencia —dijo el genio— es ésta: el rey tiene una hija. Entraré en su cerebro y la poseeré. Entonces vienes y me arrojas de ella, y el rey te recompensará.

—Esa una excelente idea —dijo la mujer.

—Pero hay una condición —dijo el genio—, y es que

sólo usarás la palabra del exorcismo una vez, de otro modo quedaría a tu merced para siempre.

—De acuerdo —dijo la mujer.

El genio se adelantó y volvió a la princesa completamente loca. Ella se retorció y lloraba, maldecía y se tiraba por los suelos, y todo el mundo pronto se dio cuenta de que un genio de algún tipo se había introducido en ella.

Tan pronto como la mujer llegó a la ciudad, se encontró con gentes que le contaron la terrible historia.

—El rey —añadieron— ha prometido cantidades ilimitadas de oro a quienquiera que la pueda curar, y colgará a quien falsamente pretenda ser capaz de hacerlo.

Tan pronto como llegó al mercado principal de la ciudad, la mujer comenzó anunciando:

—¡Se expulsan genios! ¡La más grande exorcista de genios del mundo ha llegado! ¡Traed a vuestra gente encantada, y los liberaré del hechizo!

Al momento fue tomada por los guardias reales y llevada ante el rey. La princesa fue traída, haciendo muecas y aullando; y la mujer, usando la palabra que el genio le había transmitido, lo arrojó fuera.

Por supuesto el rey, así como la princesa, estuvieron contentísimos por ello y premiaron a la exorcista con tanto oro como ella quisiese, y la mujer se estableció en un palacio de su propiedad, que rivalizaba incluso con el del monarca.

Pero el genio no estaba acabado. Después de algunos meses de vagabundear por allí, incapaz de regresar a su hogar en el pozo y sintiendo la necesidad de hacer alguna otra malicia, se encontró de regreso en la misma ciudad y, casi sin darse cuenta de lo que hacía, poseyó a la madre de la princesa, la reina.

El rey llamó inmediatamente a la exorcista y ordenó:

El Buscador de la Verdad

—¡Arroja a este demonio al instante o te mataré!

Ya que era un asunto de su vida o la del genio, ella se dirigió a la cama de la reina y susurró la palabra mágica. Precipitándose con un rugido, el furioso espíritu se apareció al lado de ella, en la forma de un buey con cabeza de serpiente, exhalando humo y moviendo sus ojos.

—¡Por el gran rey Salomón, hijo de David, la Paz sea con él! —rugió—. ¡Me apoderaré de ti por esto, y nunca serás capaz de exorcizarme, porque estarás demasiado hechizada para recordar la palabra mágica!

—Mi querido amigo —dijo la inteligente mujer—, si osáis hacer eso, inmediatamente retornaré con mi marido, ¡y tú y yo tendremos que aguantarle durante el tiempo que me poseas!

Y, ante tan espantosa perspectiva, el genio huyó rugiendo, y nunca ha sido visto de nuevo.

La Princesa del Agua de la Vida

Érase una vez, cuando no había tiempo, en el país del No Lugar, que allí vivía, solitaria en una pequeña cabaña, una pobre muchacha cuyo nombre era Jayda.

Caminando por el bosque un día, Jayda vio que una colonia de abejas había abandonado su miel, y decidió recogerla.

—La llevaré al mercado, la venderé, y trataré de mejorar mi vida con el dinero que consiga —se dijo a sí misma.

Jayda corrió a casa y volvió con un frasco, que llenó con la miel. Pero ella no sabía que la causa de su pobreza era un Jinn maléfico, que intentaba por todos los medios evitar que ella tuviese éxito en algo.

El Jinn despertó, ya que algo le dijo que Jayda estaba comenzando a hacer algo útil, y corrió al lugar con la intención de causar problemas. Tan pronto como vio a Jayda con la miel, el Jinn se convirtió en una rama ligada a un árbol, y empujó su brazo, de modo que el frasco cayó y se rompió, y toda la miel se esparció por el suelo.

El Jinn, aún en la forma de una rama, se reía, moviéndose de un lado a otro con regocijo.

— ¡Esto la enfurecerá! — se dijo a sí mismo.

Pero ella contempló la miel y pensó:

«No importa, las hormigas comerán la miel, y quizás algo surja de ello».

Jayda había visto una hilera de hormigas, cuyas exploradoras ya estaban probando la miel para ver si era útil para ellas. Cuando comenzó a caminar a través del bosque de regreso a su cabaña, Jayda se dio cuenta de que un hombre montado a caballo se estaba aproximando hacia ella.

Cuando estuvo sólo a unos metros, el jinete levantó ociosamente su látigo y golpeó una rama al pasar. Jayda vio que era un árbol de morera, y el golpe había hecho que la fruta madura cayese al suelo.

Ella pensó:

— Ésa es una buena idea. Recogeré moras y las llevaré al mercado para venderlas. Quizás algo surja de esto.

El Jinn la vio juntando la fruta y se rió interiormente. Cuando Jayda hubo llenado su cesto, el Jinn se convirtió en un burro y la siguió silenciosamente en su camino al mercado.

Cuando Jayda se sentó para reposar, el Jinn en forma de burro se acercó a ella, hociendo su brazo. Jayda lo golpeó en la nariz, y entonces, de repente, la horrible criatura se revolcó sobre el cesto de moras, machacando-

El Buscador de la Verdad

las hasta convertirlas en pulpa. El jugo se desparramó sobre el camino y el asno Jinn se alejó galopando regocijadamente entre los arbustos.

Jayda miró la fruta con consternación. En ese momento, sin embargo, la reina se estaba aproximando en su ruta hacia la capital.

—¡Parad al instante! —ordenó a los portadores del palanquín— porque esa pobre muchacha lo ha perdido todo. Su burro ha aplastado la fruta y ha escapado. Ella quedará arruinada si no la ayudamos.

De modo que la reina tomó a Jayda en su palanquín, y se hicieron amigas rápidamente. La reina le dio a Jayda una casa, y Jayda pronto se convirtió en una próspera comerciante por sus propios méritos.

Cuando el Jinn vio lo bien que le iba a Jayda, examinó la casa para ver qué podía hacer para arruinarla. El Jinn se dio cuenta de que ella mantenía todas sus mercancías en un almacén detrás de la casa; de modo que prendió fuego a la casa y a la mercancía, y el lugar se quemó hasta los cimientos en menos tiempo que toma el contarlos.

Jayda había salido corriendo de la casa cuando olió el humo, y contempló las ruinas con tristeza. Entonces se dio cuenta de que una línea de pequeñas hormigas se estaba formando, y estaban trasladando su reserva de maíz, grano a grano, desde debajo de la casa a un lugar de mayor seguridad.

Para ayudarlas, Jayda levantó una gran piedra que cubría su nido. Debajo de ella brotó una fuente de agua.

Mientras Jayda la probaba, la gente de la ciudad se agruparon alrededor de ella y exclamaron:

—¡El Agua de la Vida! ¡Esto es lo que ha sido profetizado!

Y le contaron a Jayda cómo había sido profetizado

La Habilidad que nadie posee

que un día, después de un fuego y muchos desastres, una joven que no se afligía por las calamidades encontraría una fuente. Ésta sería la última fuente de la vida.

Y así es como Jayda se convirtió en la Princesa del Agua de la Vida, la cual ella aún custodia, y que se puede beber para dar inmortalidad a aquellos que la encuentran al no afligirse por las calamidades.

Fáhima y el príncipe

Había una vez, en la ciudad de Basora, una joven muy hermosa e inteligente, experta en resolver problemas y normalmente capaz de predecir las acciones de la gente mucho mejor que ellos mismos pudiesen hacerlo.

Su nombre, de hecho, era Fáhima, «La Dotada de Comprensión». Ella había heredado una gran fortuna, y todos los jóvenes de la ciudad — así como algunos no tan jóvenes — se querían casar con ella, la mayoría con la esperanza de apoderarse de su dinero. Las mujeres también buscaban su amistad. Aquellos que no buscaban su riqueza estaban interesados por la fuente y el funcionamiento de su extraordinaria destreza: de modo que Fáhima estaba siempre rodeada de pretendientes, amigos, ociosos y gente que trataba de venderle algo.

Fáhima se apartó de esta gente y, muy juiciosamente, hizo difícil el que la llegasen a conocer. Entonces un día, cuando se encontraba momentáneamente de pie en el torreón de su castillo, iluminado brevemente por los rayos del sol, cierto príncipe pasó por allí y la vio. El príncipe decidió que se casaría con ella.

El príncipe acampó fuera del castillo y puso cerco a la dama. Le cantó canciones, tocó el laúd, demostró su por-

El Buscador de la Verdad

te masculino en una gran variedad de trajes espléndidos, y envió a Fáhima poemas y mensajes. En medio de todas estas actividades, el príncipe hizo una pausa para ir a cazar, se retiró para practicar la esgrima, cabalgó a la ciudad para inspeccionar los últimos cargamentos desde lugares distantes, y en general actuó como los príncipes de esos días solían actuar.

Fáhima, como sabemos, era sabia; y a ella le gustó lo que había visto y escuchado acerca del príncipe, y lo comprendía mejor de lo que él mismo se comprendía. Un día, por lo tanto, cuando salía de su castillo y se vio raptada y llevada al castillo del príncipe, no se sorprendió tanto como otra persona se habría sorprendido. Cuando el príncipe la arrojó al calabozo sin ninguna discusión, ella se dio cuenta de que él lo había hecho porque se había convencido de que ella no se casaría hasta que él le hubiese mostrado su resolución y poder; porque como posiblemente hayáis comprendido, el príncipe tenía el hábito de llegar a conclusiones acerca de situaciones sin la suficiente reflexión.

Después de algunos días, el príncipe fue al calabozo de Fáhima y la llamó a través de los barrotes:

—Fáhima, quiero casarme contigo. Tengo dinero, soy joven, fuerte y apuesto, te tengo en mi poder y puedo hacer contigo lo que quiera. Por otra parte, puedo complacerte y convertirme en un interesante y devoto esposo.

Fáhima respondió:

¡Ni por dinero, ni por miel.

Ni por astucia, ni por engaño.

No mediante la jactancia, ni incluso asándose!

Día tras día el príncipe iba al calabozo y tenían una conversación similar. Él sugirió todas las razones por las cuales pensaba que ella debería casarse con él, y ella las rechazó todas. Finalmente otras cosas comenzaron a ocupar la mente del príncipe. Después de algunos meses decidió ir a Bagdad por algún tiempo, y el rumor de esto llegó hasta Fáhima a través del chismorreo del carcelero.

Pero Fáhima no había estado ociosa. Durante todo este tiempo había estado excavando un túnel, y ahora tenía el medio de escapar al mundo exterior.

Tan pronto como el príncipe se fue, Fáhima se escapó a través de su pasadizo secreto y, alquilando los caballos más veloces de Basora, se dirigió a la capital, llegando mucho antes que el indolente príncipe, que hizo su viaje fastuosamente y con muchas paradas para que le preparasen comida, y por todo tipo de razones.

Cuando el príncipe llegó a Bagdad visitó a sus amigos, fue de caza con halcones, dio espléndidos banquetes, y en general se comportó como lo hacían los príncipes en esos tiempos.

Un día, paseando al lado de una lujosa mansión, vio a una hermosa joven al lado de la ventana. Él pensó: «¡Qué maravillosa criatura, es casi igual a Fáhima de Basora! Y ciertamente lo era, porque la joven se había establecido en Bagdad con el propósito de encontrarse con el príncipe.

El príncipe se las ingenió inmediatamente para reunirse con la dama y pedirle que se casase con él. Ella accedió, y se casaron. Fáhima se convirtió en princesa, y a su debido tiempo dio a luz una niña. El príncipe estaba muy contento, por supuesto.

Después de algún tiempo, sin embargo, decidió salir de viaje de nuevo; y se dirigió a Trípoli. Fáhima, dejando

El Buscador de la Verdad

a su hija con una sirvienta de confianza, también se fue a Trípoli, y se alojó en una suntuosa mansión. De nuevo el príncipe la vio, de nuevo se dio cuenta de que quería casarse con ella —pensando que era otra mujer— y de nuevo se casaron. Esta vez tuvieron un niño, y el príncipe estaba, por supuesto, muy dichoso.

Cuando las ansias de viajar despertaron de nuevo en el pecho del príncipe, se dirigió a Alejandría donde, no hace falta decirlo, también se trasladó Fáhima, y todo ocurrió como con anterioridad. El príncipe la vio, la pidió en matrimonio, se casó con ella, y tuvieron otro hijo.

Después de un año o dos, el príncipe sintió añoranza de Basora y embarcó para esa ciudad, dejando a su esposa, eso creyó, en Alejandría. Fáhima contrató un barco más rápido y llegó de regreso a Basora, con tiempo suficiente para estar sentada en el calabozo cuando el príncipe fue a verla.

Cuando la vio, el príncipe comenzó, por primera vez, a sentir remordimientos y aflicción.

—¡Oh, Fáhima! —exclamó—. Aún me gustaría casarme contigo, y te he tratado muy mal, dejándote encarcelada aquí durante tantos años. Pero realmente no soy el mismo hombre, soy incluso peor. He hecho cosas que no debería haber hecho, y soy indigno de ti y, ciertamente, de las otras acerca de las cuales tú no sabes nada.

Fáhima dijo:

—¿Estás preparado para contarme la verdad acerca de lo que ha ocurrido mientras has estado lejos?

—Puedo contártelo —dijo el príncipe—, pero eso no hará que cambien las cosas. Tan inteligente como eres, incluso tú no serás capaz de encontrar una solución a mis problemas, que han ocurrido por mi estupidez y falta de reflexión.

Fáhima dijo:

—¿Estás preparado para contarme la verdad acerca de lo que ha ocurrido mientras has estado lejos?

Entonces el príncipe relató cómo se había encontrado y casado con hermosas jóvenes en Bagdad, Trípoli y Alejandría, cómo había tenido tres hijos, y cómo ahora deseaba haber actuado de un modo diferente.

—Si no hubiese sido por mí —dijo Fáhima— habrías hecho todo eso de una forma irrevocable. Si eso hubiese ocurrido, no habrías sido capaz de deshacer tu locura, y otros habrían recibido daño por tu egoísmo. ¡Pero ocurre que soy capaz de desenredar el hilo para ti!

—¡Lo que se ha hecho no puede deshacerse! —exclamó el príncipe—, y el resto de tu conversación no la puedo comprender en modo alguno.

—Ve a tu salón —dijo Fáhima— y espera allí hasta que alguien te sea anunciado, alguien a quien debes admitir a tu presencia al instante.

El príncipe hizo lo que ella le pidió, y a la hora aproximadamente, vestida de gala y conduciendo a sus tres hijos, Fáhima apareció en la puerta del castillo.

Pasó algún tiempo antes de que el príncipe pudiese comprender que las cuatro mujeres eran de hecho una, y que sus tres hijos tenían la misma madre. Pero cuando se dio cuenta de lo que Fáhima había hecho, a pesar de lo que él le había hecho a ella, se sintió abrumado por la alegría, y su carácter se reformó completamente. Y todos vivieron felices para siempre.

Salik y Kamala

Había una vez un joven llamado Salik, el cual vivía en una ciudad gobernada por un severo monarca, cuyos edic-

El Buscador de la Verdad

tos eran tan estrictos y abarcaban tanto que la gente los obedecía sin pensar, y los consideraba casi como leyes de la naturaleza.

El rey tenía una hija, cuyo nombre era Kamala —que significa perfección—; y ciertamente ella era la perfección en todos los sentidos. Era inteligente, hermosa y sabia; y había una ley por la cual no podía ser mirada, ni se le podía hablar, o incluso pensar demasiado acerca de ella. Por supuesto hubo gente que la vio algunas veces; y algunos de entre sus sirvientes tenían que hablar con ella, pero en general la gente pensaba acerca de ella tan poco, y tanto acerca de los peligros de pensar en ella, que muchos de los ciudadanos casi temían su nombre.

Un día, sin embargo, Salik estaba paseando por la orilla del mar cuando vislumbró a la princesa saliendo del agua después de su baño matinal, y Salik se enamoró de ella; al menos él pensó que era así, ya que muchas sensaciones de atracción, temor y curiosidad luchaban dentro de él.

Salik habló a sus padres de lo que había visto, y ellos se aterrorizaron y le aconsejaron que olvidase el asunto.

—Nosotros podemos llevar aquí una vida suficientemente buena si obedecemos las órdenes del rey y le servimos en sus mandatos —dijo su padre, que era un hombre respetado y con cultura.

Pero Salik comenzó a sentir, cada vez con más intensidad, que le gustaría ver a la princesa de nuevo, y se dedicó a frecuentar la playa y vagar por el bosque cerca de la ciudad, con la esperanza de vislumbrarla.

La princesa, por su parte, también había espiado a Salik, y se enamoró de él. Confió en una vieja mujer que solía visitar el palacio como vendedora ambulante, y la vieja buscó a Salik, mientras iba de puerta en puerta.

Un día, después de visitar cientos de casas, la alcahueta se encontró cara a cara con Salik.

—Hijo mío —dijo ella—, la princesa te ama, y ahora debes realizar tu tarea. A pesar de lo que el rey diga, debes encontrar tu camino hasta la joven. ¿Acaso no es ella más hermosa que la luna?

Salik, por supuesto, se sintió asombrado y dichoso de que él, un joven insignificante, amase y fuese amado por la princesa, y le prometió a la vieja mujer que encontraría un modo de reunirse con ella, y que al buscarla a pesar de los peligros probaría su amor.

Animado por el excitante mensaje, Salik sintió mucho menos que antes el temor a la ira del rey, y salió de su casa para caminar a través de la ciudad, mientras hacía planes para encontrarse con su amada.

No había ido muy lejos cuando se encontró con una multitud que rodeaba a un hombre en un poste de fustigamiento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Salik.

—Este hombre —le dijo la gente— habló en términos de admiración acerca de la princesa. Naturalmente, el rey lo ha hecho castigar.

Cuando vio el horror de la carne lacerada, el valor de Salik se hundió, ya que temió que tal suerte le podía acaecer a él si persistía en sus deseos secretos.

Pero, cuando continuó su camino, su admiración y determinación volvieron, y comenzó a hacer planes para encontrarse con la joven.

Al volver una esquina, se encontró con una multitud de gente que se burlaba de un hombre que estaba siendo desahuciado de su tienda. Le tiraron barro, y cuando los soldados del rey echaron todos sus bienes a la calle, la gente los robó.

El Buscador de la Verdad

Cuando preguntó lo que estaba ocurriendo, la gente le dijo a Salik:

—Así se deshonra a aquellos que codician a la hija de nuestro más sabio y poderoso Maestro, el rey. Este hombre escribió un poema acerca de ella.

El corazón de Salik se volvió agua, y vio cuál podía ser la sanción para él; pero luego volvió su resolución y continuó su camino.

Al poco rato vio a un hombre que miraba al cielo mientras caminaba; de repente los guardias del rey aparecieron, lo cogieron y se lo llevaron. Cuando Salik preguntó a los espectadores qué crimen había cometido el hombre, le dijeron:

—Mirar hacia arriba es un crimen. Tal persona puede un día encontrarse mirando hacia el torreón de la princesa, de modo que tiene que ser frenado.

Así que Salik, para protegerse, comenzó a andar con la mirada fija en el suelo. Había estado caminando de este modo por algún tiempo cuando vio a la vieja alcahueta que le llamaba por señas.

—Joven —dijo ella— no estás haciendo nada que te conduzca a la princesa, y si la amas tanto como ella te ama, debes guiar tus pasos en esa dirección, no sea que ella se desilusione de ti.

—Creo que ya he empezado —dijo Salik.

—¿Sí? ¿Cómo? —preguntó la mujer.

—En primer lugar, no he hablado de ella a nadie, excepto a mis padres. En segundo lugar, no he compuesto poesía acerca de ella.

—Entonces —dijo la vieja mujer—, ¿por qué estás mirando hacia el suelo?

—Estaba a punto de explicarte, bruja —dijo Salik— que me estoy protegiendo a mí mismo al no mirar hacia las ventanas.

La Habilidad que nadie posee

—¡Criatura necia! —exclamó la mujer—. ¿Acaso no sabes que existe una ley que impide a la gente mirar al suelo, por el caso de que esto signifique que están buscando las huellas de la princesa?

Y la vieja se alejó.

De repente, cuando estaba pasando delante de una casa, pensando sólo en la princesa, Salik escuchó sollozos y lamentos que salían de la casa. Corrió hacia dentro, exclamando en su obsesión:

—¿Está ella muerta? Oh, ¿está ella muerta? ¡Dejadme verla por última vez!

Las plañideras lo miraron y pensaron que debía de estar loco.

—Joven —dijeron—, nosotras nos lamentamos porque uno de nuestros familiares ha muerto. Pero tú, un extraño, no tienes derecho a irrumpir aquí de este modo indecente. Aparte de esto, no es una mujer quien ha muerto, sino un hombre.

Salik siguió su camino.

Al final llegó a un cruce donde un venerable sabio, un Maestro Sufí, estaba sentado con los ojos entornados. Este hombre le dijo:

—Salik, amigo mío, te queda poco tiempo para encontrar a la princesa. Has estado mirando hacia arriba y mirando hacia abajo; has estado siguiendo tus propias inclinaciones, y excitándote ante una muerte. Ahora ya es tiempo de descubrir si realmente buscas a la princesa o si buscas evitar las costumbres de la gente de esta ciudad.

Salik exclamó:

—Pero ¿qué puedo hacer?

—Lo que puedes hacer es tomar el camino recto —dijo el Sufí—, pero debido a lo que la gente está haciendo y

El Buscador de la Verdad

lo que se les hace, no puedes ejercitar esa opción. Ven conmigo.

El sabio tomó a Salik del brazo y caminaron juntos hasta que llegaron al palacio del rey.

—¿Tienes temor a la muerte? —preguntó el anciano—. ¿Tienes temor a la desgracia y a la pérdida de tus bienes? ¿Tienes temor al consejo y a la ayuda?

—Yo sólo hago lo que otros hacen y evito lo que otros evitan —respondió Salik.

—Sólo —dijo el sabio— lo que *algunos* otros hacen y lo que *algunos* otros no hacen; y tú crees que éste es el comportamiento de «todos los otros»?

Entraron en el palacio, y el Sufí guió a Salik a la sala del trono donde el rey se sentaba en Corte.

—Majestad —dijo el sabio—, éste es el joven Salik, que ha temido y que ha imaginado, y ahora ha venido a vos para pedir os la mano de vuestra hija, la princesa Kamala, en matrimonio.

—Yo gobierno —dijo el rey— sobre este área donde el peligro se encuentra en todas partes, donde todos deben morir, donde la gente es constantemente rechazada. Aquellos que temen el peligro innecesariamente, que temen a la muerte, que no pueden resistir el rechazo, se quedan como esclavos. ¿Acaso son ellos dignos de las hijas de aquellos que gobiernan?

—¡Si las leyes de su Majestad dicen que ahora debo morir, entonces ejecutadme! —dijo Salik—. ¡Si vos desaprobadís mi ambición, deshonradme! Todo lo que sé es que quiero casarme con la princesa.

Y así es como Salik se casó con Kamala y se convirtió, a su debido tiempo, en soberano del reino. Y Salik, por supuesto, significa «Buscador», mientras Kamala es la palabra para «Perfección»; de modo que él la alcanzó solo

después de haber apartado aquellas cosas que se interponían entre ellos.

Cuando el Diablo fue a Amman

Había una vez una vieja mujer que se dirigía del campo a la ciudad de Amman, para visitar a su nieto. Era verano, y en el caluroso y polvoriento camino se encontró con un hombre de semblante cansado y al mismo tiempo siniestro, que se cubría con un capote negro.

—¡Buenos días! —dijo la mujer, porque ella no tenía nada mejor que hacer, y la gente del campo siempre se saludan entre sí.

—¡Y malos días para ti! —respondió él.

—Este es un modo fino de hablar con la gente —dijo la vieja mujer—. Y ¿qué clase de hombre eres tú que dices cosas así a los hijos de Adán?

—¡Odio a los descendientes de Adán, y hablo así porque soy el Diablo! —gruñó él.

La vieja mujer no estaba asustada en modo alguno.

—Y ¿por qué te encuentras en camino a la gran ciudad? —dijo ella.

—Oh, hay muchas cosas que puedo hacer en un lugar así —dijo el Diablo.

—No me pareces lo bastante diablo —dijo la vieja mujer—; ¡y creo que puedo igualar cualquier cosa que tú hagas, en cualquier momento!

—Muy bien —replicó el Diablo—; te daré tres días en Amman, y si puedes hacer cosas peores que yo, dejaré la ciudad tranquila el resto de mis días...

De modo que el trato quedó cerrado, y los dos llegaron juntos a la ciudad.

El Buscador de la Verdad

—¿Cuándo vas a comenzar? —preguntó el Diablo, porque estaba ansioso de ver algunas maldades.

—Comenzaré al instante, y tú puedes observarme, suponiendo que puedas hacerte invisible —le dijo ella.

—¿Así? —preguntó el Diablo, y ella se dio cuenta de que el diablo había desaparecido de su vista, aunque podía sentir su aliento caliente muy cerca.

—Ahora, aplícate a la tarea —dijo él ásperamente.

La vieja mujer se dirigió a la tienda de uno de los mayores comerciantes de telas finas de la ciudad, y se sentó a la entrada, pidiéndole al comerciante que le mostrase alguna pieza de seda realmente buena.

—Tiene que ser algo verdaderamente insólito —dijo la vieja—. Mi nieto está enamorado de cierta mujer casada y quiere hacerle un regalo que ella nunca olvidará, para ablandar su corazón. Ella ha dicho que se entregará sólo si puede conseguir un rollo de la más hermosa seda que se pueda encontrar.

—Para qué lo quieres no es asunto mío, de modo que por favor no me cuentes ningún detalle —replicó el hombre—. Pero ocurre que tengo aquí un rollo de la más fina tela del mundo. Hasta el otro día tenía dos piezas. Entonces vendí uno al Palacio Real, de modo que puedes imaginar la calidad.

Mientras lo estaba examinando, la alcahueta dijo:

—Es una tela muy cara, y es muy posible que la compres. ¿Cómo es que no me estás tratando con el respeto que es debido a un valioso cliente?

—¿Qué quieres decir? —preguntó el comerciante.

—Bien, al menos deberías pedir una pipa de agua para mí, de modo que pueda fumar mientras me decido...

El mercader mandó buscar una pipa de agua inmediatamente, con carbón ardiendo en el recipiente. También

colocó cerca de la vieja un plato de pasteles pegajosos, *baklavas*.

Murmurando para sí, la vieja mujer manoseó la tela, comió los pasteles, y en medio de ello dio unas bocanadas al tubo de la pipa. De repente el comerciante notó con consternación que ella había pasado algo de la miel de sus dedos a la valiosa tela, e incluso peor, que había inclinado la pipa y permitido que una pieza de carbón ardiente cayese en la seda, haciéndole un agujero.

—¡Ay! ¡Estúpida alcahueta! —exclamó el mercader—. ¡Estás arruinando la tela!

—De ningún modo. Todo lo que tengo que hacer es cortarla de cierto modo y así eliminar la mancha y el agujero; porque la voy a comprar de todos modos. ¿Cuánto dijiste que valía?

—Cien dinares —dijo él, esperando concluir el trato en cincuenta. Pero ella aceptó inmediatamente sin ningún regateo, le pagó el dinero y se fue de la tienda.

Cuando marchaba calle abajo, el diablo le susurró a su lado:

—Yo no llamaría a eso un truco: es verdad que le diste un pequeño susto, pero le pagaste de más y él piensa que estás loca. ¡Él es más diablo que tú!

—¡Silencio! —siseó la vieja—, y ten algo de paciencia. Mira lo que voy a hacer ahora.

Diciendo esto, ella comenzó a preguntarle a la gente en un café, hasta que encontró la dirección de la casa del mercader de telas.

Era una casa grande y de apariencia opulenta, y la alcahueta se detuvo allí salmodiando oraciones, y luego llamó a la puerta.

La mujer del comerciante preguntó:

—¿Quién está ahí y qué es lo que quiere?

El Buscador de la Verdad

—¡La paz sea contigo, generosa dama! —dijo la vieja alcahueta dirigiéndose hacia la ventana—. Soy sólo una pobre mujer del campo, que ha venido a visitar a su hijo. Me encuentro aquí en la calle en el momento de mis oraciones especiales, y no puedo hallar un lugar tranquilo y limpio en el cual recitarlas.

De modo que la esposa del comerciante invitó a la piadosa mujer a entrar, y la condujo a una gran habitación del piso de abajo.

—Generosa mujer —suspiró la vieja—, como último favor, te pido que me dejes una alfombra de oración en la cual arrodillarme.

La esposa del comerciante buscó alrededor, volvió con la *sajadah* de su esposo y se la entregó.

La vieja aparentó decir sus oraciones mientras la otra mujer se retiraba a sus aposentos. Entonces enrolló la alfombra, con la tela que había comprado dentro, y la retornó con mil palabras y gestos de agradecimiento y humildad.

Al salir de la casa, el diablo le preguntó de nuevo con enfado qué tipo de juego era ése, pero ella le respondió del mismo modo que antes.

Cuando el comerciante retornó a su hogar esa noche y cogió su alfombra para decir las oraciones, cayó el rollo de tela. Tenía la misma marca y el mismo agujero que el que había vendido a la alcahueta. El rollo recordó, era un regalo a una mujer casada, que se entregaría a su nieto en pago por el...

¡Su propia esposa! El comerciante ardía de furia. Mientras el Diablo lo contemplaba, invisible, él echó a su esposa fuera de casa, rehusando escuchar cualquier cosa que ella dijese.

—¡Esto está mejor! —reía para sí el diablo.

La Habilidad que nadie posee

La vieja mujer siguió a la esposa perpleja, para ver a donde iba, y vio que corría a la casa de su prima, donde se echó sobre una cama, sollozando amargamente y rehusando explicar nada a nadie.

A la mañana siguiente la vieja mujer fue a ver a su nieto, un lujurioso joven que no era mejor de lo que debería ser.

—Ven, mi querido y hermoso joven —le dijo la vieja—; te voy a presentar a una hermosa e inteligente dama, que se encuentra solitaria y perpleja...

Ella llevó al joven a la casa donde la esposa del comerciante estaba descansando y, aprovechándose de la ansiedad y confusión de la dama, insistió en que los dos deberían permanecer juntos. Tal era la perplejidad de los dos, que simplemente se sentaron en la habitación, mirándose uno a otro, como si hubiesen sido hipnotizados por la alcahueta.

La vieja bruja corrió entonces a la tienda del comerciante. Tan pronto la vio, él empezó a sollozar y a golpear el pecho, gritando:

—¡Oh alcahueta de mala fortuna! ¿Por qué me habrás escogido para ser el instrumento de seducción de mi propia esposa, por medio de tu infernal y mal nacido nieto? ¿Por qué has regresado para atormentarme? ¡Márchate antes de que te mate!

Y aún dijo mucho más en el mismo estilo.

La vieja mujer se mantuvo firme hasta que el comerciante se encontró sin respiración, y entonces dijo:

—¡Oh rey de los comerciantes! Realmente no tengo ni idea del motivo de tus palabras. Lo único que puedo decir es que estoy aquí para pedir la devolución de mi seda, que parece que dejé, por un descuido, en tu casa. ¡Pero no hay nadie en tu casa!

El Buscador de la Verdad

El Diablo comenzó a resollar en las orejas de la vieja cuando escuchó esto, sofocado de risa.

—¡¿Qué?! —gritó el comerciante. ¿Quieres decir que no es mi esposa la que tenía que ser seducida por medio de la seda?

—Claro que no, lo que ocurrió es que por casualidad me encontré con tu casa cuando estaba buscando un lugar para rezar, y negligentemente dejé el material allí...

Casi fuera de sí con el resto de su furia, dolorido y angustiado ante la injusticia que había cometido con su esposa, el mercader exclamó:

—¡Oh, si pudiese hacer regresar a mi amada esposa!

—Bien, puede que sea capaz de ayudarte en eso —dijo la alcahueta.

—Si pudieses hacerla regresar, amable mujer —dijo el comerciante—, ¡te daría mil dinares de oro!

—¡Hecho! —exclamó la bruja, y salió precipitadamente de la tienda.

—No me digas que vas a hacerle un favor a alguien, vieja y loca picarona —susurró el diablo en su oído.

—¡Aléjate de mí, estúpido, de modo que una verdadera experta pueda hacer su trabajo! —chilló la alcahueta, con una mirada de absoluta astucia en el rostro.

El diablo la siguió furtivamente cuando ella se dirigió a la prisión, donde su nieto y la esposa del comerciante estaban detenidos.

Tan pronto como vio al carcelero en la puerta de la prisión, la alcahueta inició un juego de astucia y disuasión.

—¡Oh tú, el más noble de los guardianes de la justicia del rey! Pensar que a mi vieja edad he sido conducida a esto... Pero quizás, buen señor, amable e ilustrado caballero, vos seáis capaz de ayudarme...

Ella mostró un dinar de oro, y el carcelero comenzó a mirarla con mayor atención.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó ásperamente.

—Sólo que me sea permitida la entrada por algunos momentos para ver a mi nieto, que ha sido, justamente por supuesto, encerrado a tu cargo, ¡bravo custodio de la justicia!

—Bien, si tienes otra moneda igual que ésa, quizás se pueda arreglar algo —dijo el hombre.

Rápida como un rayo, ella extrajo dos piezas de oro, y él la dejó pasar.

Tan pronto como llegó al calabozo, donde el par de acusados estaban encerrados en celdas contiguas, la vieja se dirigió a donde se encontraba la esposa del comerciante, y abrió la puerta.

—Apresúrate, toma mi viejo manto y mi velo, y dame los tuyos. Sal de la prisión pretendiendo que eres yo y réunete con tu esposo; esto es, si estás dispuesta a recompensarme por haberte salvado y hacer que él te perdone.

—Tengo mil piezas de oro en casa, ¿bastará eso? —exclamó la perpleja mujer.

—Eso irá muy bien; pero te advierto que no te vuelvas atrás en tu palabra, o tendré que decirle al mercader que después de todo eras realmente culpable —graznó la alcahueta.

De modo que la esposa del comerciante se puso las ropas de la bruja, y la bruja se vistió como la esposa, y ella y su nieto se quedaron en el calabozo, mientras la joven mujer se apresuraba a regresar a casa para reunirse con su esposo, que se llenó de júbilo.

Esa tarde, de acuerdo con la ley, el magistrado examinador visitó la cárcel para ver si había verdadero motivo

El Buscador de la Verdad

para la encarcelación de los internados. Cuando llegó a la celda donde se encontraba la alcahueta, preguntó:

—¿Por qué se ha recluso a estas dos personas?

—Fueron aprehendidos bajo la acusación de inmoralidad, señor juez —dijo el carcelero.

La alcahueta retiró su velo y gimoteó:

—¡Noble juez! Soy una mujer de noventa años de edad, y éste es mi nieto, que no tiene más de dieciséis años. Aquí están los papeles para probarlo. Estábamos sentados juntos hablando inocentemente cuando algún infiel nos denunció a la policía con esta acusación absurda. Por favor, noble señor, ordene nuestra libertad al momento, ¡porque ya hemos sufrido bastante!

El magistrado, furioso, se volvió hacia el carcelero y el policía a cargo del caso y gritó:

—¿Es éste el modo en el cual la justicia se dispensa en nuestro país? ¡Liberad a esta inocente anciana y a su encantador nieto inmediatamente! —Y le dijo a su escolta—: ¡Dales al carcelero y al policía diez latigazos a cada uno!

Cuando la vieja mujer y su nieto se alejaban de la cárcel, se encontraron con el diablo.

—Me voy —dijo—; ¡porque después de ver tal actuación sé que no puedo competir!

El diablo abrió sus alas y voló de regreso al Jehennúm (morada infernal).

Y ésta es la razón por la cual no se encuentra ninguna maldad en Amman, ya que la vieja mujer no ha vuelto a intentarlo.

El manto

Hubo una vez un hombre que decidió engañar a un rey. Meditó profundamente sus planes, y esto fue lo que hizo:

Estaba viviendo en una pequeña ciudad, como muchas ciudades pequeñas de hoy, donde es fácil para la gente el adquirir una reputación de bondad a través de actos externos y semblantes benignos. Comenzó a hablar más pausadamente, a vestir con más sencillez y a dejar crecer su barba. Sus oraciones eran interminables, y la gente comenzó a mirarlo como un hombre de mérito e importancia. Esta gente, por supuesto, no había escuchado el dicho: «El mejor de los hombres es aquel cuya barba es la más corta, y el peor de los hombres es aquel que alarga sus oraciones públicas».

Después de hacer algunas insinuaciones, este hombre, cuyo nombre era Shatir, construyó una pequeña cabaña con dos puertas en un lugar elevado, y solía visitar el lugar frecuentemente, vestido con una simple túnica, entonando oraciones e invocaciones.

Cuando la gente le preguntaba qué estaba haciendo, Shatir sólo respondía: «Estoy llamando a los poderes celestiales, y vivo con la esperanza de que me respondan, si alguna vez llego a ser bastante digno, aunque dudo mucho que esto ocurra».

De este modo ganó una reputación de piedad y humildad. La gente comenzó a visitar su santuario, y a mero-dear por sus alrededores, mientras la piadosa voz de Shatir se escuchaba en el interior.

Después de algunos meses, la gente notó que Shatir pasaba cada vez más tiempo en su retiro. Cuando se encontraban en el exterior de la cabaña escuchaban voces,

El Buscador de la Verdad

como si Shatir estuviese conversando con alguien. Las noticias se extendieron a través de la ciudad.

Un día, cuando se encontraba en la ciudad, Shatir visitó la tienda del mayor comerciante y se detuvo a conversar. Este comerciante era inquisitivo y codicioso, e importunó a Shatir con preguntas, pero el sabio continuó preguntando acerca del precio de ciertos cojines y una hermosa alfombra que adornaba el lugar.

La curiosidad del comerciante se incrementó. «¿Por qué quería Shatir tales cosas? —se preguntaba para sí—. ¿Cómo podría pagarlas, incluso si las quería? ¿Para qué eran?»

Entonces Shatir preguntó cuánto valdrían los objetos si simplemente los alquilaba durante un tiempo, y si había algunos cojines o alfombras mejores en toda la ciudad.

Finalmente el comerciante dijo:

—Amigo Shatir, sé que eres un hombre bueno, y que tienes una buena razón para querer estos objetos. Si te los prestase, ¿me dirías tu secreto?

—Tengo que consultar con alguien y, cuando lo haya hecho, volveré contigo —dijo Shatir.

Shatir se marchó, dejando al comerciante en un estado de gran excitación. Él sabía que Shatir, mediante oraciones y ayuno, y a través de un largo período de mortificación, estaba intentando atraer la atención de los Poderes Celestiales del Bien. ¿Sería posible que necesitase los objetos para recibirlos?

Cuando Shatir regresó, dijo:

—¡Ilustre comerciante y buen amigo! He consultado con aquellos que saben, y puedo informarte de la razón para necesitar los artículos acerca de los cuales hemos hablado. Pero hay una condición: no debes decir a nadie lo que voy a comunicarte.

La Habilidad que nadie posee

El comerciante estuvo de acuerdo inmediatamente, y Shatir continuó:

—Puede que sepas que durante mucho tiempo he intentado atraer, para convertirme en su sirviente, a los Poderes Celestiales del Bien. Ahora, después de considerables austeridades y sacrificios, se me ha dicho que descenderán desde los cielos y conversarán conmigo. Pero debo tener un lugar apropiado, correctamente amueblado, para recibirlos.

El comerciante estaba muy contento, porque tenía la esperanza de que él también podría beneficiarse de la visita de los celestiales. Le prestó a Shatir la alfombra y los cojines. Esa noche se arrastró hasta el santuario y escudriñó a través de una grieta, para ver lo que estaba ocurriendo.

Vio a Shatir sentado en un extremo de la alfombra. En el otro extremo estaban los cojines, y el comerciante pudo ver claramente, por la luz de la lámpara, que los cojines estaban hundidos, como si alguna presencia invisible reposase allí.

El comerciante se alejó cuidadosamente, y al día siguiente fue al mismo lugar a la luz del día. Llamó a la puerta, y Shatir abrió.

—¿Cómo fue la entrevista con los celestiales? —preguntó el mercader, cuando apareció Shatir.

—Uno de ellos vino, hablé con él, y me contó muy grandes secretos —respondió Shatir—. Su apariencia es de tal belleza y magnificencia que es invisible para cualquiera, excepto los buenos y piadosos. Él ha decidido hacer de mi santuario su morada en la tierra, donde pueda ser visto por aquellos que sean dignos de tal experiencia. ¡Una vislumbre transformará el destino de cualquiera, de modo que al observador se le garantizará la felicidad y será contado entre los elegidos de la humanidad!

El Buscador de la Verdad

El comerciante le rogó a Shatir que le permitiese saludar a la criatura celeste, y Shatir accedió. Al día siguiente el comerciante fue introducido por una puerta, se le permitió arrodillarse ante los cojines hundidos, y fue sacado por la otra puerta. Su corazón estaba radiante, y aunque no había visto nada, al menos sabía que había visto la evidencia de que un ser superior estaba presente, y casi se convenció a sí mismo de que lo había visto.

Cuando llegó a su casa, el comerciante había bordado el cuento en su propia mente. Estaba, también, tan excitado que olvidó su promesa, y se lo contó a su esposa. Ella, a su vez, se lo contó a su doncella, quien se lo contó a todos los que conocía, y estos se lo contaron a otros, hasta que toda la ciudad hirvió con la noticia.

Al poco tiempo la ciudad entera estaba vacía, todos los ciudadanos estaban en el montículo, exigiendo ser admitidos en el santuario.

Shatir les pidió que se calmasen, y entonces, uno por uno, condujo a la gente ante la Presencia, y luego fuera por la otra puerta, como había hecho con el comerciante.

Por supuesto, toda la gente de la ciudad, incluyendo hasta el más insignificante de los vagabundos, creían merecer que les considerase especialmente la criatura celeste, y todos estuvieron de acuerdo en que de hecho le habían visto, y también en que su belleza era indescriptible.

En un período de tiempo muy corto noticias de este milagroso acontecimiento llegaron a oídos del rey del país, quien inmediatamente sospechó un engaño, ya que tales cosas ocurren a menudo. Teniendo esto en cuenta, envió a algunos de sus chambelanes y policías, disfrazados, a esa ciudad, para investigar a Shatir y su santuario.

Pero todas sus investigaciones mostraron que Shatir llevaba una vida sin tacha, y que no había tomado nada de

nadie, excepto el préstamo de los cojines y la alfombra del comerciante. Todo el mundo en la ciudad atestiguó que había visto al visitante celestial con sus propios ojos, y que sólo los villanos eran incapaces de verlo. Los investigadores fueron al santuario. Cuando retornaron a la capital, informaron al rey que ellos también habían visto lo que los otros habían visto, y su Majestad quedó convencido.

El rey llamó a Shatir a su corte.

Y para eso había estado trabajando Shatir desde el principio, pero puso dificultades y se mostró remiso; con frases como: «¿Qué es lo que un pobre hombre hace junto a un rey?», hasta que el rey estuvo ansioso por verle.

En su sala privada de audiencias, junto a la sala del trono, el rey recibió a Shatir y le interrogó.

—Los informes que su Majestad ha recibido son correctos en todo detalle —dijo el bribón.

»Lo único que tengo que es de algún modo tangible, procedente de la criatura celeste, es este maravilloso manto que llevo, y que sorprende a cualquiera cuya mirada se posa en él. También es un manto mágico. Como la criatura celeste, por supuesto, es invisible para los impuros.

El rey no podía ver el manto, pero de cualquier modo lo deseaba como nunca había deseado nada igual.

—Un hombre de tu santidad seguramente no necesita tal objeto —insinuó—, y habría, por supuesto, una compensación si te tomases la molestia de obsequiármelo...

—Majestad —dijo Shatir—, nada me agradaría más. Yo sólo soy un pobre hombre de espíritu, y debería disculparme por no haber pensado en eso por mí mismo. Dignaos aceptar el manto, y la compensación, por supuesto, será útil, de modo que pueda continuar mis obras de caridad.

El Buscador de la Verdad

Haciendo como si removiese el manto de sus hombros, y manipulándolo con gentileza, lo movió como para colocarlo sobre los hombros del rey, el cual, por supuesto, no podía sentir en modo alguno el manto, que no existía; pero sentía algo mucho más grande, un sentimiento de alegría sagrada.

—Dirígete al salón de asambleas —dijo el rey—, anuncia la historia y la naturaleza del manto a los cortesanos reunidos y a los representantes del pueblo. Dí que apareceré con el manto muy pronto. Cuando lo haga, te daré tu recompensa públicamente.

Ocurrió que había un Sufí, que tenía acceso al rey día y noche, y entró en la cámara de audiencias privada con tiempo para asistir a la transacción.

—Majestad —dijo—, ¿podrían traerme un vaso de agua?

—Por supuesto —dijo el rey, indicando a un sirviente que fuera a buscarlo.

Cuando se le entregó el vaso, el Sufí lo arrojó sobre el rey y su manto.

—¿Por qué me estás mojando, loco? —exclamó el monarca.

—El manto no evita el efecto del agua —dijo el Sufí—; pero no se dice que haya nada impuro en el agua...

Poniendo las manos en los hombros del rey, hizo como si transfiriese el manto a su propia espalda.

—Ahora —dijo el Sufí—, ¿quisiera su Majestad, si es tan amable, ir al salón de asambleas y ver lo que ocurre?

El rey entró en la sala y la multitud, habiéndosele dicho que estaría vistiendo el manto celestial, y por lo tanto imaginando que lo veían —o deseosos de no ser considerados impuros—, quedó pasmada y exclamaron:

La Habilidad que nadie posee

—Maravilloso, mirad los colores, miradlo, qué sublime...

El rey se sentó en su trono, y el Sufí entró en la sala al poco tiempo. Pero, aunque el Sufí estaba «vestido con el manto», y todo el mundo lo vio entrar, nadie lo aplaudió, nadie lo vitoreó, nadie dijo nada.

El Sufí se levantó y dijo:

—¡Sea yo el portavoz de los deseos de Su Majestad! La gente ha visto el maravilloso manto, y la majestuosidad del rey al llevarlo. Ha sido traído por el venerable Shatir, que se encuentra aquí y va a ser recompensado con una suma por sus caridades.

»Ahora le pediré a Su Majestad que obsequie a Shatir con cien mil piezas de oro.

El Sufí colocó un saco de tela en las manos del rey.

—Los mantos celestiales son tan raros que deberían ser pagados con oro celestial, por supuesto.

Y el rey entregó el saco vacío a Shatir, quien lo tomó de tan buen talante como pudo.

Pero aún hay gente en todo el reino que cree que la criatura celeste realmente apareció como resultado de las devociones de Shatir. Ya que esto ocurrió hace muchos años, incluso aún hoy mucha gente venera el nombre del Gran Shatir, y su santuario es aún lugar de peregrinación.

El bolsillo mágico

Había una vez tres hermanos que vivían en una aldea de un país lejano. Debido a que esta comunidad estaba tan aislada, y se veían pocos forasteros allí, sus habitantes se autodenominaban, simplemente, «La Gente».

El Buscador de la Verdad

De los hermanos, Adil era el mayor, Amin el segundo, y Arif el más joven.

Un día apacible los tres estaban sentados a la orilla del camino, cuando vieron aproximarse a un viajero. Cuando llegó ante ellos, después de saludarles, comenzó a revelar extrañas noticias.

—Hay un rey de cierto país, lejos de aquí —les contó—, cuya hermosa hija, la princesa Nafisa, ha desarrollado un insaciable apetito por los higos. Los come de día y de noche. Paseando y hablando, sentada o reclinada, se hincha con higos, higos, higos, higos, frescos o secos.

»Nadie se quiere casar con ella debido a este motivo. El rey, cuyo nombre es Abd-al-Aali, ha decretado que quienquiera que la pueda curar, y sea un consorte apropiado, puede convertirse en su esposo, y heredará el reino entero a su debido tiempo.

Los corazones de los tres hermanos se excitaron con esta extraña historia, y le preguntaron al viajero el nombre del país del rey Abd-al-Aali.

Se le llama el país Acacia —dijo—; pero el camino hasta él es difícil. Si os proponéis buscar la mano de la dama, os sugiero que al menos os preparéis con una estrategia conveniente.

El viajero siguió su camino, y los hermanos discutieron excitadamente sus posibilidades de encontrar, curar y casarse con la princesa Nafisa. Después de muchos argumentos, llegaron a la conclusión de que el mejor modo de tratar su enfermedad era el alimentar a la paciente con tantos higos como quisiera, hasta que le repugnase su simple vista para siempre.

Por fortuna no había escasez de la fruta, porque los hermanos vivían en un área de producción de higos.

—Es mi derecho intentar esta hazaña —dijo el hermano mayor.

De modo que los otros le ayudaron a reunir un enorme cesto lleno de los succulentos higos, el cual fue atado a su espalda. Le llegaba desde la cabeza hasta casi los talones; pero, como era muy fuerte, Adil fue capaz de llevar la carga a buen paso.

Adil se alejó por el camino en la dirección por donde el viajero había llegado, y después de muchos kilómetros se encontró con un pobre derviche que dormitaba en una zanja seca. El hombre santo se despertó con su proximidad, y viendo a Adil, exclamó:

—¡Hijo de buena fortuna! ¿Adónde vas, y qué es lo que llevas en el gran cesto?

—Estoy buscando el país Acacia —dijo Adil— y en este cesto hay higos, con los cuales pienso atiborrar a la princesa Nafisa, de modo que quede hastiada de ellos y se cure de su apego a los higos, convirtiéndome de este modo en pretendiente a su mano en matrimonio, y por lo tanto en heredero de los dominios del rey Abd-al-Aali, su padre.

El derviche dijo:

—Está bien que la gente con iniciativa y coraje siga el camino hacia el éxito y la realización, con optimismo y sin dar importancia a las posibles dificultades. De este modo a menudo los ignorantes se han vuelto sabios, y así los humildes frecuentemente han sido recompensados y, también de este modo, las gentes de tiempos antiguos han sido capaces de preservar, para aquellos de nosotros que han venido después, el conocimiento de la recompensa del esfuerzo y la dedicación.

—Gracias —dijo Adil educadamente— pero, ¿podría acaso ayudarme? ¿Cuál es el camino al país Acacia?

El Buscador de la Verdad

El derviche dijo:

—El país Acacia se puede encontrar siguiendo este sendero: siempre girando cuando gira, y nunca girando cuando no gira, y rehusando el ser engañado por aquellas cosas que no pertenecen al camino. Y te puedo decir mucho más, porque tienes una difícil tarea ante ti. Pero antes de que lo hagas, tendrás que darme algunos de tus higos, porque estoy hambriento y las necesidades propias del cuerpo deben ser siempre atendidas.

Adil pensó por un momento, sopesando las alternativas, y buscando la respuesta justa: porque su nombre significa «Justicia». Finalmente dijo:

—¡Honorable señor! He aplicado mis capacidades lógicas a su petición, y encuentro que no puedo darle ningún higo. Ello se debe a que sólo tengo una cantidad limitada de ellos, y un largo camino por recorrer. Es muy posible que, cuando le dé estos higos a la princesa, pueda fallar en mi misión al faltarme incluso un solo higo. Por lo tanto, le debo dejar entregado a sus propias fuerzas y arreglármelas sin sus consejos. De cualquier modo, un hombre debería ser capaz de seguir con el mínimo de ayuda procedente de otros.

Diciendo esto, Adil siguió su camino.

Cuando, después de vencer muchos peligros y experimentar numerosas aventuras y pruebas, Adil llegó al palacio del monarca del país Acacia, fue inmediatamente introducido a la presencia de la princesa Nafisa. Ella estuvo muy contenta al ver su enorme cesto de higos, y puso manos a la obra inmediatamente, engulléndolos tan rápidamente como pudo. Los higos eran deliciosos, y en casi menos tiempo que el que se tarda en contarlos, la princesa había finalizado con la carga y estaba pidiendo más a viva voz.

Al pobre y apenado Adil se le mostró el camino de la calle.

Cuando, después de muchas tribulaciones, Adil llegó a casa, el segundo hermano, Amin, cuyo nombre significa «Verdadero», resolvió probar su fortuna.

Amin se puso en camino con un cesto similar de higos, pero al mismo tiempo tomó consigo un asno cargado de fruta que Adil había llevado a la princesa.

No tardó mucho en ver al mismo derviche, que caminaba lentamente por el sendero apoyado en su bastón.

—¡Buenos días a ti, el de brillantes esperanzas! —dijo el derviche, y añadió—: Vas muy cargado de higos. ¿Podrías llenar este cuenco de mendigo con un puñado de ellos?

Amin pensó por un momento, y entonces contestó:

—¡Venerable hombre del sendero! He considerado tu petición. Mi nombre es Amin, y soy un hombre que dice la verdad. En verdad, si comenzase a desprenderme de los higos en esta temprana etapa, no me quedaría ninguno para sanar a la princesa Nafisa. Estoy determinado a realizar aquello en lo que mi hermano Adil falló: hacer que la princesa aborrezca los higos, de modo que se case conmigo, y así convertirme en el sucesor del rey Abd-al-Aali, del país Acacia.

Y continuó su camino, convencido de que los principios eran los principios, al menos en su interpretación de ellos.

Cuando al fin, y con tantas experiencias agradables y desagradables como su hermano, Amin llegó al palacio real del país Acacia, se encontró con que el apetito de la princesa, alimentado cada vez con más higos que la gente le llevaba desde todas partes, se había vuelto incluso mayor. Le tomó sólo unos pocos minutos el agotar su provi-

El Buscador de la Verdad

sión entera. Después de eso Amin tuvo que poner pies en polvorosa, porque ella se quejó amargamente de que estaba siendo avaro al ofrecerle sólo esa miserable cantidad, y prometió que le mandaría encerrar en el calabozo si no le llevaba más.

Y así, Amin el Verdadero, como su hermano Adil el Justo antes que él, regresó tristemente a casa. Esto, por supuesto, dejó solo a Arif, el Sabio (que es lo que su nombre significa), que estaba tan decidido como los otros a conquistar la mano de la princesa Nafisa.

Arif recogió higos y los secó. Entonces obtuvo el asno mayor y más resistente de la aldea y lo cargó. De este modo dobló casi la cantidad que Amin el Verdadero había llevado. Al mismo tiempo, Arif se dijo a sí mismo: «Habiendo hecho todo esto, también debo mantenerme atento a cualquier posibilidad que pueda ayudarme en la empresa durante el camino».

No llevaba mucho tiempo por el camino, cuando Arif el Sabio también se encontró con el derviche, y le contó su plan. El derviche dijo:

—¡Oh, hombre emprendedor! Dame tu mano, y un par de higos, porque el camino es duro para los viajeros ancianos.

—De buena gana —dijo Arif—. En lo que me concierne, puedes coger todos mis higos, si tan sólo puedes decirme cómo puedo ganar a la princesa Nafisa.

—¡Eso es un negocio! —exclamó el derviche—. Deberías saber que mi nombre es derviche Ajib-o-Gharib, que significa «extraño y extraordinario». Tú me das todos los higos y el asno, y yo te daré algo mucho más útil, no importa lo «extraño» y «extraordinario» que te parezca en este momento.

Arif estuvo de acuerdo. El derviche tomó una pieza de tela y la cosió en el exterior del manto de Arif.

—Esto es ahora un bolsillo —dijo—, y pondrás en él sólo este higo seco. Cuando llegues ante la presencia de la princesa, dáselo. Mientras ella lo esté masticando, el bolsillo se llenará con otro higo seco, y continuará haciéndolo una y otra vez. El suministro de higos será ilimitado.

Arif le dio las gracias al anciano y continuó su camino. Después de numerosas aventuras, cada una tan extraña como las de sus hermanos, Arif llegó al palacio del país Acacia. Tuvo alguna dificultad en llegar hasta la princesa Nafisa, es cierto, ya que entre los numerosos guardias, cortesanos y escogidos holgazanes que estaban allí, sólo unos pocos creyeron que valiese la pena presentarse ante ella con un solo higo, que es todo lo que el joven parecía llevar consigo.

Pero todo se desarrolló como el derviche Ajib-o-Gharib había predicho. La princesa cogió el higo de la mano de Arif y comenzó a masticarlo, extendiendo su mano para coger otro. Tan pronto como lo hizo, otro higo apareció en el bolsillo, y Arif se lo dio. Y esto siguió de este modo, todo el día, y toda la noche, y también la mayor parte del día siguiente. Al final, la princesa hizo un gesto de disgusto.

—¡Agh! —exclamó—. He comido suficientes higos. No me des más. No quiero ver otro higo en mi vida.

Ciertamente ella estaba curada, como todo el mundo se dio cuenta cuando pasaron los días sin que la princesa pidiese tan siquiera un solo higo.

Entonces el rey, cuyo nombre era Abd-al-Aali, lo cual significa «Sirviente del Altísimo», le dijo a Arif:

—Joven, has pasado la prueba de los higos, y te estamos agradecidos. La princesa, me han dicho, está preparada para casarse contigo. Pero aún queda el asunto de la segunda parte del requisito. Recuerda que anunciamos

El Buscador de la Verdad

que el pretendiente debía no sólo frenar el hábito de la princesa, sino que también debería ser un consorte apropiado para heredar el reino. Esto significa que debo añadir varias pruebas.

Arif respondió que estaba preparado para continuar. Se había enamorado de la princesa, y además quería heredar el reino.

—Poderoso rey, esencia de la realeza: mandadme y os obedeceré, porque, ¿acaso no se ha dicho que en la presencia de los reyes las palabras esenciales son: «Escuchar es lo mismo que obedecer»?

—La obediencia sólo es posible hasta el grado de la capacidad personal —dijo el rey gravemente—; y esto es lo que vamos a probar. Primero tienes que encontrar dos testigos.

Antes de que la boda se pudiese llevar a cabo, había que encontrar, debido a las costumbres de ese país, dos testigos que no tuviesen parentesco con la novia o el novio. Pero las tierras del país Acacia estaban pobladas sólo por dos tipos de gente: aquellos que querían casarse con la princesa y por lo tanto rehusaban ayudar a que otros lo hiciesen, y aquellos que estaban convencidos de que la princesa nunca podría ser curada, y no lo creerían ahora, incluso aunque tuviesen prueba de ello.

De modo que nadie aceptaba ser testigo.

Arif regresó caminando hasta el lugar en donde había visto al derviche Ajib-o-Gharib. Él estaba allí, sentado al borde del sendero.

El derviche, sin preámbulos, dijo:

—No comiences a decirme que necesitas esto y que necesitas aquello. Si sabes que puedo ayudarte, tienes que hacer lo que te diga. ¿Estás preparado?

—Estoy preparado —respondió Arif.

El derviche dijo:

—Observa este signo. Hazlo cuando estés hablando con la gente y te creerán, si lo que dices es verdad y ellos mismos son justos.

Arif le dio las gracias y regresó a la capital del país Acacia. Pronto encontró dos testigos, y ellos le acompañaron ante el rey.

—Ahora —dijo el monarca— tienes que conseguir el anillo. Se necesitan tres personas para conseguirlo, y tiene que entregártelo un pájaro del bosque.

Los tres se fueron a un bosque cercano, sin nada que los ayudase, salvo su amistad y la señal que el derviche había enseñado a Arif. Después que hubieron buscado el anillo o el pájaro por todas partes, Arif se acordó del bolsillo. Puso su mano en él y encontró una pequeña flauta allí dentro. Tomándola, sopló una nota en ella, y de repente un pájaro bajó aleteando, con un anillo en el pico. Se posó en la mano de uno de los testigos, y presentó el anillo al otro. Luego se alejó volando.

Los tres regresaron ante el rey y le mostraron el anillo.

—Has pasado esa prueba —dijo el rey—, y ahora todo lo que tienes que hacer es pasar la prueba de «ocasión y percepción». Aquí hay cuatro corderos. Llévatelos al campo y hazlos pastar durante cuatro semanas. Después de eso, tráemelos de vuelta, porque son el símbolo de nuestra prosperidad.

Arif se llevó los corderos al campo. La primera noche, sus dos testigos aparecieron allí y, protegidos por la oscuridad, robaron uno de los corderos. La segunda noche, el rey acudió disfrazado y ofreció a Arrif cien piezas de oro por uno de los corderos, pero él rehusó. Al día siguiente el derviche apareció.

El Buscador de la Verdad

—He perdido uno de mis corderos —dijo Arif, y le contó toda la historia.

El derviche le dio un dibujo inscrito en un pergamino y le dijo:

—Haz ondear esto en el aire, y tus corderos siempre regresarán.

Arif lo probó y, ciertamente, el cordero que los testigos habían tomado apareció de repente. Después de esto el rey volvió de nuevo, disfrazado de bandido, y amenazó de muerte a Arif si no le daba los corderos. Arif se los dio. Al poco tiempo, sin embargo, hizo ondear el dibujo y los corderos retornaron. Entonces, unos tras otros, la princesa y miembros de la corte real aparecieron disfrazados, adulando, amenazando y rogando, todos pidiendo los corderos. Arif los complació a todos, y se aseguró con su dibujo mágico de que los corderos siempre regresasen.

Cuando finalizó el plazo, Arif retornó al palacio, y el rey dijo:

—Has pasado todas las pruebas, excepto la de la percepción. ¿Quiénes eran los que te amenazaron, adularon y tentaron cuando estabas en el campo?

Arif dijo:

—Fueron Su Majestad, los dos testigos, la princesa y varios miembros de la corte real.

Y así fue como Arif se convirtió en esposo de la princesa Nafisa, que significa «pequeña alma», y al fin en rey del país Acacia, que se traduce como Balad as-Salam: «El país de la paz o realización».

En el lenguaje original de esta historia, la palabra para «bolsillo» (*jaib*) también significa «Corazón»; y la palabra para «higo» suena muy similar a la palabra para designar «arcilla» (*tin*), la tierra, y por lo tanto las cosas que nos rodean...

El hijo de un narrador de historias

Había una vez un narrador de historias, que provenía de una ancestral línea de bardos, cuya tradición era la de preservar y relatar los cuentos de los tiempos de antaño en la corte de cierto rey.

Este recitador estaba orgulloso de su antiguo linaje y de la extensión de su repertorio, y del grado de sabiduría de sus cuentos, porque se utilizaban como indicadores del presente, como registro del pasado y como alusiones a las cosas del mundo de los sentidos, y también del mundo más allá de las apariencias.

Pero en la corte, como es natural y útil, había también otros expertos de todas clases. Había jefes militares, cortesanos, consejeros y embajadores; había también ingenieros expertos en construir y demoler, hombres de religión y de otros tipos de aprendizaje: en una palabra, había gentes de toda clase y condición, y cada uno de ellos se creía mejor que todos los otros.

Un día, después de una larga disputa acerca del orden de importancia entre estos personajes, la única conclusión a la que pudieron llegar fue que, entre todos ellos, el narrador de historias era el menos importante, el menos útil, el menos diestro en cualquier arte medible. La asamblea, por lo tanto, decidió que, para comenzar el proceso de reducir el número de gente inútil, eliminarían al narrador de historias. Privadamente, cada uno pensó para sí: «Cuando nos hayamos desembarazado de él, seremos capaces de probar, uno por uno, que todos los otros son superfluos; y entonces yo me quedaré solo; y seré el único consejero del rey!».

Con estos antecedentes, una delegación de cortesanos seleccionados se dirigió al narrador de historias y dijo:

—Hemos sido comisionados por el resto de los caballeros del reino que sirven a Su Majestad para informarte que hemos decidido que entre todos los vinculados a la corte, tú eres el más superfluo. No vas a la guerra para asegurar al gloria del reino o para extender los dominios de nuestro victorioso monarca... No juzgas casos para preservar la tranquilidad del Estado. No atiendes a la serenidad de las almas de la gente, como hacen nuestros líderes religiosos. No eres apuesto, como los elegantes pajes. En una palabra, ¡no eres nada!

—¡Venerables y respetados pavos reales de sabiduría y pilares de la fe! —exclamó el narrador de historias—, lejos de mí no estar de acuerdo con cualquier cosa que hayáis resuelto; pero, por lealtad a Su Majestad, tengo que hacer la siguiente exposición:

»Hay un cuento antiguo y profundamente sabio que prueba cumplidamente que, lejos de ser innecesario, el recitador de cuentos es absolutamente esencial para el bienestar y el poder del imperio. Si dejáis que lo narre, lo haré con mucho gusto.

La delegación de los cortesanos no estaba precisamente ansiosa de que el hombre tomase la palabra; pero en ese momento el rey llamó a todo el mundo a la sala del trono y pidió saber qué estaba ocurriendo. Cuando escuchó lo que acabamos de oír, ordenó al narrador de historias que comenzase su cuento, sin omitir detalle.

El narrador de historias comenzó:

—¡Pavo real de la tierra! ¡Fuente de sabiduría! ¡Gran Majestad y sombra de Allah sobre la tierra! Escuchad que una vez, en los tiempos más remotos, había un rey, un justo y poderoso soberano, como su propia Majestad, estimado en muchas tierras, amado por su gente y temido por sus enemigos.

La Habilidad que nadie posee

»Este rey tenía tres hermosas hijas, resplandecientes como la luna. Un día las tres salieron a pasear por el bosque próximo al palacio, y desaparecieron por completo.

»Se practicaron amplias búsquedas, pero no se encontró rastro de ellas.

»Después de muchos días el rey ordenó a los heraldos que gritasen: “¡En nombre del rey! ¡Que nadie diga que no ha oído! ¡Quienquiera que pueda encontrar a las tres hijas de Su Majestad y pueda devolverlas sanas y salvas al hogar de nuestro benigno y sagaz monarca será recompensado con la mano de una de las princesas!”

»Aun así, durante semanas y meses nada se supo de ellas: era como si la tierra se hubiese abierto y tragado a las jóvenes.

»Entonces, cuando toda esperanza parecía haberse acabado, el rey reunió a sus cortesanos, incluyendo a los líderes espirituales, militares y temporales, a los jueces de los jueces, y a todos los caballeros y nobles del estado. Se dirigió a ellos de este modo:

“—¡Reverendos doctores de la ley de la fe! ¡Leones y tigres de los invencibles ejércitos! ¡Castigadores sin tregua de los infieles y reyes de las artes del comercio y la industria!

“—Escuchad y conoced mi mandato. Eligiréis representantes de entre vosotros, dos o tres en número, que saldrán en busca de las princesas perdidas, y no retornarán sin ellas. Aquellos que hayan sido escogidos heredarán el reino si tienen éxito. Si fallan, no pondrán el pie en nuestros dominios nunca más, bajo pena de muerte.

»La corte, reunida inmediatamente, se dividió en grupos para elegir representantes, y a su vez éstos nombraron y votaron a sus propios diputados, hasta que fueron elegidos dos hombres. Éstos eran el bebedor de sangre,

El Buscador de la Verdad

comandante de los victoriosos ejércitos, el Ami Al-Jaish, y el más sabio de los hombres del país, el primer ministro, conocido como el wazir Al-Wuzura.

»El rey les dio unas instrucciones finales, después de las cuales tocaron sus cabezas, corazones y ojos, murmurando: «¡Escuchar es obedecer!». Entonces subieron a sus monturas y se alejaron a través de la puerta de palacio, mientras las trompetas resonaban anunciando su marcha.

»Los dos juntos recorrieron lugares y viajaron, caminaron y cabalgaron, encontraron muchas penalidades y, en una palabra, hicieron todo lo que su combinado valor y sagacidad pudo idear. Pero, antes de que encontrasen traza alguna de las princesas perdidas, fueron capturados por bandidos y vendidos como esclavos al propietario de una posada, que los hizo trabajar como bestias de carga, haciendo que se cuidasen de los hombres y los animales de los viajeros que pasaban por esa ruta.

»Cuando pasó un largo tiempo sin que se recibiese ninguna noticia de la misión y el rey y su corte estaban hundidos en el más profundo abatimiento, cierto joven narrador de historias, hijo de un narrador de historias, asimismo hijo de un narrador de historias, y éste hijo de uno que era también un narrador de historias, por incontables generaciones, se presentó ante la corte. El joven pidió al rey que le permitiese ir en busca de las doncellas.

»Al principio el rey rehusó el permiso, preguntándose qué era lo que un mero narrador de cuentos podía hacer donde dos de los mejores hombres del reino habían evidentemente fallado. Pero al final, dándose cuenta de que no podía, de cualquier modo, empeorar las cosas, le dio su permiso.

»El narrador de historias saltó sobre su caballo y galo-

pó, rápido como una flecha, en la dirección del sol naciente. Después de muchas aventuras llegó a una posada y allí vio, sirviendo miserablemente a los huéspedes, vestidos con harapos y con los pies encadenados, las figuras desastradas de los que no eran otros que el emir y el wazir. Cuando ellos le reconocieron, le rogaron piadosamente que les ayudase; y el joven fue capaz de pagar el rescate al posadero y asegurar su libertad, comprándoles ropas decentes.

»Los dos quedaron desconcertados al saber que este hombre, para ellos relativamente humilde, tenía orden del rey de unirles en la búsqueda; y se disgustaron al saber que una persona así les había librado de la cautividad, porque su arrogancia estaba volviendo a ellos rápidamente. Al final, sin embargo, tuvieron que aceptar que siguiese con ellos en la búsqueda.

»Ellos siguieron su camino, sin saber adónde se dirigían, hasta que al anochecer llegaron a una pequeña choza donde una vieja y pobre mujer estaba sentada, reparando un cesto de juncos al lado de la puerta. El narrador de historias se detuvo; y todos se sentaron a hablar. Después de compartir la humilde cena de la mujer, el narrador de historias contó un cuento de tiempos antiguos, para entretener a los otros, y la mujer les preguntó qué asunto les llevaba a esos lugares.

—Somos tres miembros de la corte de nuestro rey, y vamos en busca de las tres hermosas hijas de Su Majestad, que desaparecieron hace muchos meses —le dijeron—. Pero hasta ahora no hemos visto, ni hemos oído una palabra acerca de ellas, aunque hemos pasado a través de muchas dificultades.

—Ah —dijo la mujer—, puede que sea capaz de ayudaros en eso, ya que me habéis mostrado que sois sabios

El Buscador de la Verdad

mediante el cuento que uno de vosotros ha recitado, y pienso que podéis tener una oportunidad, pero sólo una pequeña oportunidad, de éxito.

»Las tres princesas han sido capturadas por tres genios maléficos, y las han llevado al fondo de un lago que está cerca de aquí. Allí tienen un palacio mágico bajo el agua, y es casi imposible para los humanos penetrar en él.

»Después de pasar la noche durmiendo intermitentemente al lado de la cabaña, los tres se dirigieron al lago. Estaba rodeado de árboles cubiertos por enredaderas entrelazadas, y un halo de maldad reinaba en el lugar.

—Yo bajaré primero —dijo el jefe del ejército—, porque soy el más fuerte y puedo vérmelas con cualquier clase de enemigo. ¿Qué pueden hacer un ministro y un poeta en un caso como éste?

»Retorció sus bigotes con un gesto de vanagloria, y se quitó casi toda su ropa. Los tres hicieron cuerdas con las enredaderas y el guerrero, con la espada desenvainada y empuñándola en su mano derecha, comenzó a descender en el agua.

—Si doy un tirón, subidme —dijo.

»Descendiendo por el agua, el emir encontró que se volvía cada vez más fría, y de repente hubo un sonido como mil redobles de trueno que llegaba desde las oscuras profundidades. El temor aprisionó su corazón, y el una vez valeroso guerrero tiró agitadamente de la cuerda para que le subieran.

»Entonces el ministro insistió en bajar, porque él ansiaba, como muchos administradores, el poder que obtendría si pudiese casarse con una de las hijas del rey.

»Pero ocurrió lo mismo, y también hubo que subirlo a la superficie.

»Entonces, el narrador de historias descendió. El

agua estaba fría, pero él la soportó con voluntad de hierro. El ruido era tan fuerte como mil tormentas, pero se las arregló para cerrar sus oídos a ello. Finalmente, cuando pensó que tendría que abandonar, se encontró con que había atravesado los hechizos protectores de los genios y estaba en una enorme caverna bajo el agua.

»Abrió una puerta y llegó a una sala donde la primera cosa que vio fue a una de las princesas, sentada en el suelo, con un genio de aspecto atroz en forma de serpiente de dieciocho cabezas, enrollada, durmiendo en un rincón.

»El narrador de historias agarró una destellante espada que pendía de la pared, y de un golpe cortó las cabezas del genio maléfico. La princesa besó su mano, y alrededor de su cuello colocó una cadena de oficio real.

—¿Dónde están tus hermanas? —preguntó el joven.

»Ella abrió otra puerta, y dentro de la sala contigua yacía la segunda princesa, guardada por un genio dormido en forma de gigantesca calavera con pequeñas patas.

»El narrador de historias cogió una daga enj oyada de una repisa de la pared, y de un golpe separó la atroz cabeza de las piernas, y el genio expiró con un gemido. Entonces los tres fueron a la siguiente sala, donde encontraron a la más joven de las hermanas, guardada por un genio con cabeza de buitre y cuerpo de lagarto. Inmediatamente, al ver que el genio maléfico estaba dormido, el joven se apoderó de un garrote que colgaba en la pared, y estranguló al genio hasta morir. Las dos princesas pusieron una corona en su cabeza y una espada real en su mano.

»Entonces se apresuraron a regresar al lugar donde la sog a colgaba sobre la caverna, y el narrador de cuentos hizo que la primera princesa se sujetase a ella, mientras que él tiraba de la cuerda como señal de que fuese izada. La primera princesa alcanzó la orilla a salvo.

El Buscador de la Verdad

»Entonces la segunda princesa fue izada, y la soga volvió por la última joven.

—Sube —dijo el narrador de historias.

»Pero la princesa dijo:

—Deberías ir tú, porque temo una traición. Podrían dejarte aquí abajo si las tres somos izadas a salvo, porque tus compañeros podrían desprenderse de ti y entonces reclamar el premio.

»Pero el joven rehusó ir primero, y lo mismo hizo la princesa. Después de un rato, los dos hombres decidieron tomar a las dos princesas y retornar a la corte para reclamar el premio que por derecho correspondía a su camarada abandonado.

»Los villanos amenazaron a las dos jóvenes con que si no apoyaban su historia de que eran los verdaderos héroes, las matarían.

»Así fue que los cuatro regresaron a palacio y fueron recibidos como conquistadores. Le dijeron al rey que la más joven de las princesas había muerto en la caverna, y el rey ordenó que se observasen cuarenta días de luto, después de lo cual el emir y el ministro se casarían con las dos jóvenes a quienes supuestamente habían rescatado.

»Mientras tanto, en las profundidades de la caverna de los genios, el narrador de cuentos y la joven princesa se dieron cuenta de que habían sido abandonados cuando la soga no bajó por última vez.

»Buscaron por todas las salas, y en una de ellas encontraron una caja de latón, tachonada con joyas. Cuando la princesa abrió la tapa, una voz dijo:

—¿Cuáles son tus órdenes? Soy el espíritu de esta caja. ¡Pide y se te concederá!

»El narrador de historias pidió inmediatamente ser transportado, con la caja, a la orilla del lago: lo cual se

hizo en un abrir y cerrar de ojos. Entonces pidió un gran barco cargado con tesoros, y que la espada, la corona y la cadena fuesen bordados en las velas. Cuando él y la princesa estuvieron a bordo, el joven ordenó que volase al instante al puerto, justo al lado del palacio del padre de la princesa.

»Cuando vio el barco, el rey pensó: “Este es el navío de un poderoso monarca, y me presentaré a hacerle los honores, ya que tiene tres símbolos de realeza en sus velas, y por lo tanto debe ser tres veces más importante que yo”.

Entonces el rey subió a bordo del barco y comenzó a hablar con el narrador de historias con gran humildad, sin reconocerlo vestido con las túnicas y joyas que había obtenido de la caja mágica.

Pero la princesa fue incapaz de contener su alegría, saltó de su escondite y le contó a su padre la historia entera. Entonces, el malvado ministro y el guerrero fueron expulsados del reino, y el narrador de historias se casó con la princesa, para heredar el reino, junto con ella, en la plenitud del tiempo.

—Esto, nobles señores, os muestra —continuó el narrador de historias— cuán importante puede ser un narrador de historias.

Encontrando la enseñanza

P: Me encontré con sus libros por vez primera en 1975. Esto fue cuando leí el best seller de Paul Theroux *El gran bazar del ferrocarril*. ¿Puedo citarlo? Theroux se acababa de encontrar con un «Buscador de la Verdad» curiosamente vestido en un tren en Turquía, que se diri-

gía hacia Oriente. Tenía el aspecto de «un aspirante a profeta», su camisa había sido artísticamente cortada de un saco de harina y llevaba un par de desteñidos monos de faena «Washington Brand», un brazalete de pelo de elefante en una muñeca y una ajorca india en la otra. Lo había visto sentado en la posición del loto en segunda clase. Puso un gastado libro de Idries Shah en la mesa; tenía el mismo aspecto desastrado que tiene el *Corán* en las manos de los lánguidos fanáticos que más tarde vi en la ciudad santa de Meshed. Pero no lo leyó.

»Tan pronto como leí este párrafo recordé que similares libros, a los que había prestado muy poca atención, estaban en las manos o en los estantes de docenas de gentes de “mente espiritual”, que vagabundean por todo el mundo, y especialmente en posesión de gentes que imaginaban que podían instruirse, o enseñar, con ellos. Desde entonces he encontrado que hay como una industria de gente que usa sus libros de este modo. ¿Qué hay que hacer con ellos?

R: En primer lugar tiene que recordar que hay también otros lectores de los libros. Éstos son gentes doctas en toda clase de disciplinas, y también gentes que son Buscadores sinceros, no exhibicionistas como el que usted menciona. Por lo que respecta a los exhibicionistas y a los autodenominados «Maestros», un buen número de ellos llega a comprender, a su debido tiempo, que los libros tienen un uso especial, y que cuando los han leído tienen que continuar a lo largo del sendero especialmente organizado para el que sirven como preparación. En cualquier momento hay abundancia de gentes en las etapas primeras, tanto «alumnos» como «Maestros» que usan estos libros de ese modo estúpido y superficial. Al mismo tiempo, también hay mucha gente que se está librando de

La Habilidad que nadie posee

esa postura inadecuada. Puede que usted no los vea, pero nosotros los vemos cuando se dirigen a nosotros.

P: Bien, pero ¿cómo llegan a esta comprensión, y cómo se pueden poner en contacto con usted?

R: Si realmente quieren aprender, llegan a la comprensión. Si necesitan la orientación que no se puede obtener a través de los libros, sólo tienen que escribirnos. Cada copia de cada libro tiene la dirección del editor al principio: y la gente escribe a esas direcciones.

ÍNDICE

1. <i>Cuentos de los Maestros Clásicos</i>	7
Rezando para que llueva	7
El uno sin el otro	7
La desobediencia de Moisés	8
Picar para curar	9
Armas	11
Carne de elefante	12
Generosidad	15
Agrupando	16
Perfume y realidad	17
Los herejes	20
Vecino	21
Enseñanza	22
Los cuatro tipos	23
Los fuegos de hoy	24
La ley del efecto opuesto	25
Tesoro	26
Permiso para exponer	28
2. <i>Preguntas y respuestas</i>	30
No su modo...	30
Oraciones y rituales	31
El verdadero y el falso Sufí	32
Una artimaña	34
Instrumental	34
Vicisitudes de una enseñanza	35

El Buscador de la Verdad

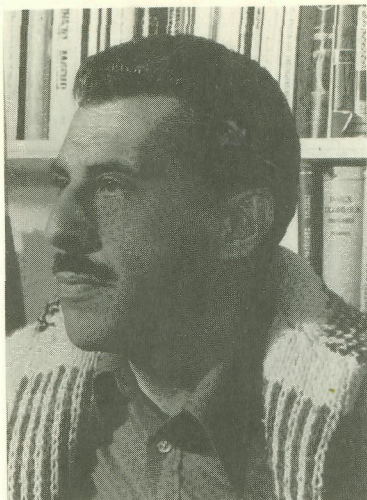
Presente y ausente	37
Antiguas tradiciones	38
La madre de la oposición	41
Ciencia y onmisciencia	42
Manteniendo alejada a la gente	44
El mendigo y la capa	46
Parábola del rey y el joven	46
Biógrafos y santos	47
Zorro y león	50
El efecto del conocimiento místico	51
Conservación de museo	52
Comportamiento subjetivo	53
Causa y efecto	54
Atracción e importancia	55
 3. <i>Historias Sufíes</i>	 57
Rico y pobre	57
Manipulado	58
El derviche y su deseo	60
Haz lo que tus amigos desean	62
Hipócrita	63
El monstruo	63
Dormido y despierto	66
El Gran Mundo	69
La joya perdida	71
El banquete del mago	74
Los astrólogos	75
En el desierto	76
 4. <i>Maestro y discípulo</i>	 78
Respuestas	78
Presente y ausente	79
Ten cuidado...	81
Midiendo la lealtad	82

Envenenando a los ignorantes	83
La promesa	85
Idolatría	85
Comprensión	86
Cómo el mundo ayuda al Sufí	89
La barra de pan	91
Inteligencia y obediencia	92
Cómo hacer que escuchen	95
Hipocresía	96
Susurrando	97
Autoobsesionado	99
Punto de vista alternativo	101
Disfraz	103
Seguidor	103
El ignorante	104
1001 días	105
Encuentro clásico	106
Los marcos de las puertas	108
Deseando ser sabio	110
Atado de pies y manos	111
Valor de las parábolas	112
Atendiendo y desatendiendo	113
Disputa	114
 5. <i>Anécdotas y narraciones</i>	 115
Relevante	115
Emoción y bebida	115
Ghalib y Qalib	116
Un principio de organización humana virtualmente desconocido	 118
Cómo aprender lo que ya es conocido	120
Pobre asno	122
¿Clavo o tornillo?	123

El Buscador de la Verdad

Viejas chismosas	124
Capacidad de conocimiento de la audiencia . . .	125
¿Cómo son ellos?	125
Muestras	126
El Camino al Khorasán	127
Servicio	128
Tan rico como tú...	129
Una palabra puede ser una de las tres cosas . . .	130
Croador	131
Abundancia de satisfacciones	132
Cuanto más mejor	133
¿De quién es la falta?	135
Agradable y desagradable	135
 6. <i>Bajo apariencia occidental...</i>	 137
Sufíes en Occidente	137
Razones	138
Memoria popular	140
Los hombres no son ratas	141
Ciencia	142
Realidad e imaginación	143
Confusión entre superficial y perceptivo	144
Real y falso	147
Descrédito	148
Lo que realmente significaba...	149
¿Quién puede aprender?	151
¿Qué es lo que Ud. sabe realmente?	153
Naturaleza humana	155
Conocimiento nuevo procedente del antiguo . .	157
Tapizado del suelo	159
Economía	160
Invención y desarrollo	161
Impedimento	163

Causa y efecto	165
Falsos Maestros	166
Trovadores	167
7. <i>Comentarios en los encuentros de sobremesa</i> . . .	169
Satisfacciones	169
Bases y factores esenciales del conocimiento Sufí .	170
¿Quién es más espiritual?	170
Reconociéndolo	171
El rey y su hijo	171
Definiciones	173
El gurú	173
Críticos del Sufismo	174
Efectos laterales	176
De acuerdo con el mejor consejo	176
Dulces para el sabio	177
Alarma	180
Un patrón básico	181
Impacto	182
8. <i>La Habilidad que nadie posee: Doce cuentos</i> . . .	185
La Habilidad que nadie posee	185
El hombre que salió en busca de su Destino . . .	196
La codiciosa obstinación	202
Leche de leona	207
El Espíritu del pozo	215
La Princesa del Agua de la Vida	218
Fáhima y el Príncipe	221
Salik y Kamala	225
Cuando el Diablo fue a Amman	231
El manto	239
El bolsillo mágico	245
El hijo de un narrador de historias	255
Encontrando la enseñanza	263



El sufismo enseña que es posible una actividad superior de la mente que conduce a percepciones que sólo están latentes en el hombre ordinario. El sufismo es una manera de trascender nuestras limitaciones. El sufismo no es tanto un sistema de creencias o un cuerpo de doctrina cuanto una *experiencia* que debe ser provocada. El sufismo actúa a través de muy diversos medios, y su influencia en el mundo occidental la encontramos en campos tan diversos como la psicología, la biología, la antropología o, incluso, la física.

Nadie como Idries Shah ha contribuido a dicha influencia, particularmente a través de sus libros de historias y leyendas, en los que encontramos tanto humor como imaginación, profundidad, erudición.

El buscador de la verdad es, precisamente, uno de esos libros encaminados a producir un *shock* en nuestra mente generalmente rígida. Se trata de un compendio de enseñanzas, paradojas, anécdotas, historias de la tradición sufí, alternando la exposición con capítulos de preguntas y respuestas.

Idries Shah, nacido en Simla en 1924, pertenece a la familia conocida como Sayeds del Hindu Kush, descendientes directos del Profeta y líderes tradicionales de la corriente interna sufí. Máximo exponente del sufismo para el mundo occidental, es autor de numerosos libros sobre la materia. Su estilo es brillante, ameno e iluminador.